ERASMO DE ROTTERDAM

ELOGIO DE LA LOCURA O ENCOMIO DE LA ESTULTICIA

Introducción
José Antonio Marina

Edición y traducción
Pedro Voltes

Humanidades

Desiderio Erasmo, más conocido como Erasmo de Rotterdam, uno de los personajes más influyentes en la Europa de su época, escribió *Elogio de la locura* en un contexto social y cultural convulsionado por la lucha entre la tradición medieval y las nuevas premisas que apuntaba el humanismo. A lo largo de esta obra que Erasmo dedica a su amigo Tomás Moro, parece querer convencer al mundo de que la Insensatez, la Estulticia o la Locura son el origen de todas las bondades, diversiones y deleites que el ser humano disfruta. Acompañadas de la ebriedad, la adulación, la pereza o la ignorancia, reclama sus méritos con desfachatez y gracia, en un discurso impregnado de ironía. Pero ¿qué pretende Erasmo con este elogio? ¿Qué esconde? ¿En qué consiste este juego de ingenio? ¿Es todo una burla? En *Elogio de la locura* Erasmo crea un espejismo seductor y contundente que, impregnado del humanismo cristiano que preconizaba, le sirve de excusa para describir la necedad del mundo y arremeter a dentelladas contra todo lo humano y lo divino.

Lectulandia

Erasmo de Rotterdam

Elogio de la locura o Encomio de la estulticia

ePub r1.0
Daruma 01.12.13

Título original: *Μωρίας Εγκώμιον (Morias Enkómion) / Stultitiae Laus*
Erasmo de Rotterdam, 1511
Introducción: José Antonio Marina
Edición y traducción: Pedro Voltes
Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.0

INTRODUCCIÓN

de José Antonio Marina

1

La colección Austral ocupa un cálido lugar en el paisaje de mi adolescencia. Aún me veo, en los lejanos años de un Toledo mío, melancólico e irreal, mirando los escaparates de las librerías, en una provinciana calle Ancha, lleno de deseos y vacío de dinero. La colección Austral, con sus variados colores, con su deslumbrante catálogo, que releía y subrayaba, era el paraíso casi al alcance de la mano, el primer cielo bibliográfico, los únicos libros que podía aspirar a comprar. Cuando me invitaron a escribir este prólogo pensé que al fin podría rendir un homenaje a la colección que me *desveló* en mi juventud —quitándome el sueño y descubriéndome el mundo—, y que tanto me forzó a ahorrar. Confieso que estar ahora dentro de ella, después de mirarla durante años a través del cristal del escaparate, me emociona y ensoberbece. Pero basta ya de confidencias.

La introducción a un libro debe servir para introducir en él a quien remolonea a su puerta sin acabar de decidirse. El lector, al que adivino crítico porque se acerca a un libro crítico, y desganado, pues necesita de introducción, pensará que si tal bobada es todo lo que se me ocurre, mejor es que continuara detrás del escaparate, mirando este libro codiciosamente, en vez de estar dentro de él

diciendo perogrulladas. No estoy de acuerdo. Lo que acabo de escribir no es tan tonto como suena. «Introducir» es conducir dentro, abrir el camino, aclarar, animar. Pertenece a una bella familia de palabras «in». Incitar, invitar, interesar. Con esto no he aclarado nada, por supuesto, ya que he eludido la pregunta esencial: ¿A cuento de qué viene ahora querer meter al lector dentro de un libro escrito hace casi quinientos años, fruto de las circunstancias, lejano y posiblemente envejecido? Podría decir que es una obra muy bien escrita, muy ingeniosa, que tuvo un colosal éxito, pero la verdad es que tengo dos razones de más peso para leer este libro y para recomendar su lectura: una histórica y otra genealógica. Advierto al lector, puesto que se ha mostrado tan quisquilloso, que no debe confundir ambas cosas. La historia cuenta los sucesos en el orden en que sucedieron. Desde el pasado más remoto llega hasta el presente. La genealogía va en dirección contraria. Desde el presente se adentra en el pasado buscando antecedentes, motivaciones, claves y significados.

Desde el punto de vista histórico me interesa hablarle de este libro como capítulo de una historia curiosa para la que recojo materiales desde hace tiempo, y que podría llamarse «Historia de la inteligencia lúdica». Estudiaría las formas de reír o de reírse de, las bromas, parodias, sátiras, ingeniosidades, burlas que los seres humanos han inventado a lo largo de los siglos para librarse del tedio, del miedo o de la opresión. No siempre nos hemos reído de lo mismo ni de la misma manera. Hay una carcajada medieval, una risa renacentista, una sarcástica burla barroca, una sonrisa ilustrada, una diabólica risotada romántica («La risa es satánica y por tanto profundamente humana», escribió Baudelaire), y algunas otras más. ELOGIO DE LA LOCURA es un documento importante para esta crónica de la hilaridad.

Desde el punto de vista genealógico, el libro me interesa porque al buscar las claves de nuestro presente, el terreno donde se

enclavan las raíces que nos alimentan, encuentro a Erasmo, el cauteloso, ambivalente, perspicaz, severísimo y burlón holandés.

Sospecho que el lector protestará si le presento al autor de este libro, como si yo le considerase un iletrado al que hay que ilustrar, y que protestará también si no se lo presento, como si yo fuera un perezoso engreído que piensa que todo el mundo debe saberlo todo. Colocado entre Scila y Caribdis, que diría un humanista clásico, o entre los cuernos del toro, que diría un taurómaco castizo, opto por lo que más me pide el cuerpo, que es explicar. Le diré quién es Erasmo, pero en forma enigmática, o sea, sin decir lo que puede encontrar en cualquier enciclopedia, a saber: «Erasmo, Desiderio (1467-1536). Humanista holandés, especialista en lenguas clásicas, tradujo numerosas obras griegas y latinas. Hizo una edición del Nuevo Testamento y de multitud de obras clásicas. Fue sospechoso de luteranismo. Defendió la "devotio moderna", que era un cristianismo más interior, despreciativo de las prácticas exteriores, y más libre. Criticó a la Iglesia romana, pero también polemizó contra Lutero. Su influencia en Europa fue extensa y profunda». Esto lo sabe todo el mundo y, por lo tanto, no es menester decirlo de nuevo.

Lo que me resulta más enigmático de Erasmo es su colosal influencia. Fue un hombre inquieto. Viajó sin parar, se consideraba ciudadano del mundo, escribió incesantemente, sus lectores esperaban con impaciencia sus obras, tuvo seguidores en toda Europa, en Alemania se popularizaron canciones en las que se le elogiaba desmesuradamente. De continuo recibe invitaciones de postín, entre ellas la del cardenal Cisneros, que le anima a venir a España, cosa que no hizo, tal vez porque temía encontrarse con demasiados judíos. En una carta escribe: «Los judíos abundan en Italia; en España, apenas hay cristianos. Tengo miedo de que la ocasión presente haga que vuelva a levantar su cabeza esa hidra que ya ha sido sofocada». Lortz, un historiador de la Reforma que

no siente ninguna simpatía por Erasmo, reconoce que «fue un poder público de primera magnitud».

¿Y sobre qué escribe Erasmo para obtener un éxito tan descomunal? Según Marcel Bataillon, un gran conocedor de su obra, «un mismo pensamiento da vida y actualidad a todo cuanto sale de su pluma. Se resume en dos palabras: *Philosophia Christi*». Ya sé, ya sé que Cristo no fue un filósofo, y que esa expresión resulta paradójica. Ahí está el enigma. ¿Qué significa tan rara expresión? ¿Por qué lo designado por ella resultaba tan interesante al público cuando lo contaba Erasmo?

La «filosofía de Cristo» era un modo nuevo de entender la religión cristiana, de forma más interior, menos ritualizada, más libre, menos eclesiástica. Erasmo fue un humanista cristiano, y la unión de estas dos palabras resultaba y resulta extraordinariamente conflictiva. El humanismo renacentista es amor y dedicación a la sabiduría clásica, cuyo acuerdo fundamental con la verdad cristiana aspiraba a demostrar, pero también es una firme voluntad de restaurar la forma auténtica y original de aquella sabiduría. Los humanistas son, ante todo, «filólogos», es decir, «amantes de las palabras». Y este amor no es accidental y externo, sino esencial e imprescindible. La necesidad de descubrir los textos y de restablecerlos en su forma auténtica, estudiando y coleccionando los códices, representa la necesidad de hallar en ellos el auténtico significado poético, filosófico o religioso que contienen. Quieren, ciertamente, volver a descubrir el valor de la sabiduría clásica, la perfección que da la instrucción y el conocimiento; confían en transformar al hombre y al mundo por el cultivo de las buenas letras, de las artes, del conocimiento. La palabra «Renacimiento» tenía un origen religioso: es el segundo nacimiento, el nacimiento del hombre nuevo o espiritual del que hablan el Evangelio de san Juan y las Epístolas de san Pablo. Es el resurgir del hombre que implica una renovación espiritual completa, religiosa, estética e intelectual. El hombre renacentista, optimista y altanero desea realizar al fin su

propia esencia. El humanismo italiano planteaba un ambicioso programa de *reformatio hominis*. Era más ético que estetizante. Como dice Vives: «artes humanitatis nominantur, reddant nos humanos». Lo importante de las humanidades es que nos vuelvan humanos.

El tiempo estaba preñado de esperanzas y miedos. Tiene razón Burdach al escribir: «El Humanismo y el Renacimiento nacieron de la espera y la aspiración apasionada e ilimitada de una época que *envejecía*, y cuyo espíritu, agitado en sus profundidades, ansiaba una *nueva juventud*». Esto es lo que hace a Erasmo contemporáneo nuestro. Su época vivió una crisis de certezas tan fuerte como está viviendo la nuestra. Él se encontró con un pie puesto en las certezas antiguas y otro en las entrevistas certezas nuevas, viendo como la sima se abría bajo él. Corrió, pues, el riesgo de desgarrarse y para evitarlo pasó su vida saltando de una orilla a la otra. De ahí la fama de componedor, de indeciso que tuvo. Creo, sin embargo, que hay una interpretación más imparcial: fue hombre de transición pacífica, no de ruptura. Para el viejo mundo resultó un traidor, para el nuevo mundo —Lutero, por ejemplo— resultó un reaccionario. Esta misma situación se dio con otros personajes de la época: fray Luis de León, Juan de Ávila, el obispo Carranza, por ejemplo.

Ésta es la clave para comprender a Erasmo. Es un hombre que ve desmoronarse el mundo medieval e intenta poner a salvo lo salvable. Es un hombre que ve amanecer el mundo moderno y que quiere apresurar su mediodía. Toda Europa está con dolores de parto. Él quiere ser un partero, pero sin mancharse las manos, sin salir de sus libros. La vieja cultura cruje como una techumbre antes de desplomarse. La torpe y endémica mezcla de religión y política resulta ya intolerable. Durante mucho tiempo, la Iglesia y el Imperio se habían repartido los poderes temporales y espirituales, sin distinguirlos bien, metidos en un batiburrillo que va desde la picaresca hasta el crimen. Los papas pusieron su poder espiritual al servicio de sus fines políticos, borraron los límites entre ambas

realidades, abusaron de los castigos espirituales, de la excomunión y del entredicho; durante cuarenta años, un papado dividido propinó a diestro y siniestro excomuniones enloquecidas, con lo que se vivió simultáneamente un miedo en lo que no se creía, y unas creencias que no aseguraban. Al mismo tiempo, los afanes nacionalistas emergen y la imprenta agranda todos los mensajes, todas las reivindicaciones y todos los malestares. Surgía una nueva cultura, ferozmente crítica de la Iglesia. El hombre europeo está cansado de muchas cosas. Erasmo va a exponer brillantemente la desilusión y el hastío. El miedo incubaba revueltas. Las esperanzas incubaban revueltas. Las ambiciones incubaban revueltas. Era difícil mantener la calma. Erasmo, como el resto de buenas gentes, desea la paz, pero sólo ve guerras. Escribe entonces la «Querella pacis».

> Tengo vergüenza cuando me acuerdo que por causas tan vergonzosas y frívolas los príncipes cristianos revuelven a todo el mundo. El uno halla un título viejo y podrido, o lo inventa y finge: como si fuera gran cosa quién administrara el reino, con tanto que aprovechase al provecho de la república. El otro da causas de no sé qué censo que no le han pagado. Otro es enemigo privadamente de aquél porque le tomó su esposa, o porque dijo algún donaire contra él. Y lo que es muy peor y más grave de todas las cosas es que hay algunos que con arte de tiranos, porque ven enflaquecer su poder a causa de estar los pueblos en concordia y que con discordia se ha de esforzar, sobornan a otros que busquen amistad, y con mayor licencia roben y pelen al pueblo desventurado.

Erasmo desea además la libertad religiosa, un cristianismo de adultos, interior, ligero de equipaje, de dogmas, de ceremonias y de reglas. Pero encuentra un cristianismo encastillado, enrocado en certezas, empantanado en argucias de curia y en disquisiciones escolásticas. El fiel empieza a sentirse un rucio abrumado bajo el peso de albarda sobre albarda. Quiere despojarse, liberarse, desatarse, desenmascararse a sí mismo, excavar bajo siglos de cansina historia de silogismos y condenaciones para hallar la

geología originaria. Aspira a encontrar el verdadero rostro de Dios bajo un terrible solapamiento de disfraces que ocultan otros disfraces que ocultan otros disfraces. Los humanistas, ingenuos y optimistas, creían que podían descubrir la realidad descubriendo el manuscrito. San Jerónimo entusiasmó a Erasmo y a tantos otros humanistas por su defensa del estudio y porque exaltaba la capacidad de aquellos que podían beber directamente en las fuentes mismas de la lengua griega (*Ad Paulam*, XXXIX, 1). Se busca la serena simplicidad de lo auténtico. Johann Faber, un humanista dominico, lo decía en 1520: «El mundo está cansado de las sofistas sutilezas de la teología y está sediento de las fuentes de la verdad evangélica. Si no se le abre la puerta, la echará abajo violentamente». Erasmo recoge también este cansancio y esta irritación. Sus críticas a la devoción antigua son ingeniosas y acervas.

> Quizá sería mejor pasar en silencio por los teólogos y no remover esta ciénaga pestilente, no sea que, como gente tan sumamente severa e iracunda, caigan sobre mí con mil conclusiones, forzándome a una retractación y, caso que no accediese, me declaren enseguida hereje.

La ambición de los monjes

> no es imitar a Cristo, sino no parecerse entre sí, razón por la cual constituyen una de sus mayores satisfacciones los apodos. Unos se pavonean llamándose franciscanos, y dentro de ellos los hay recoletos, menores y mínimos o bulistas; otros se llaman benedictinos, bernardos, brigidenses, agustinos, guillermitas y jacobitas, como si no bastase el nombre de cristianos.
> […]
> Cualquiera está de acuerdo con las tesis de Lutero; yo veo que la monarquía del Papa en Roma tal como es ahora, es la peste del cristianismo. Pero no sé si es conveniente tocar en público esta úlcera. Sería asunto de los príncipes. Sólo que me temo que se encubran junto con el Papa bajo una manta para tener parte en el botín.

Erasmo no se contenta con la crítica: desea unificar las esperanzas del Humanismo con la esperanza cristiana. No es fácil, porque el recelo hacia las letras clásicas va creciendo sin descanso. Años después de la muerte de Erasmo, en 1548, encontramos en la correspondencia del inquisidor de Zaragoza el siguiente aviso: «Vuestra Señoría Reverendísima crea que entre letrados que se precian de muy latinos o griegos y de grandes librerías hay libros sospechosos, y quien éstos tienen no están católicos». La Inquisición acabará persiguiendo al mismo tiempo el humanismo y el luteranismo.

La «filosofía de Cristo» que Erasmo divulgaba era un intento de aunar filología y fe. Era, pues, un humanismo cristiano. El argumento de esta empresa es muy claro. Para un verdadero humanista, la salvación está en la lectura. Para un cristiano está en la palabra de Dios. ¿Qué más lógico, entonces, que cifrar la salvación en la lectura de la palabra de Dios? Pero esta palabra estaba secuestrada por los clérigos y teólogos, y era preciso liberarla. Para saborear la palabra de Cristo, pensaba Erasmo, basta tener el corazón puro y lleno de fe. «Ahora bien, cosa maravillosa, esa misma palabra inspira la fe que exige. Por lo tanto, la tarea urgente es hacer resonar la palabra de Dios. Cualquier mujer debería leer los Evangelios y las Epístolas, y estos libros deberían traducirse a todas las lenguas de la tierra».

Es bien sabido que Lutero llevó este deseo de acercamiento personal a las Sagradas Escrituras hasta sus últimas consecuencias, y que ese dinamismo estaba presente también en la espiritualidad católica de la misma época. Pero eran opiniones peligrosas y arriesgadas. Melchor Cano acusa de herejía al obispo Carranza por oponer excesivamente la razón y la fe, y por no respetar el magisterio de los teólogos y de los filósofos en sus «Comentarios al catechismo christiano». Los enemigos jurados de esta vulgarización ilimitada del Evangelio eran los teólogos profesionales y los frailes, que se arrogaban una especie de

monopolio del cristianismo puro. Pero el teólogo digno de ese nombre, sostenía Erasmo, bien podía ser un tejedor o un jornalero. Tomar conciencia de que la dignidad del cristiano es una transformación de todo el ser, pero no una violencia hecha contra su naturaleza, puesto que el cristianismo es natural: es una liberación de la naturaleza oprimida por el pecado. Sería error creer que el cristianismo contradice a los grandes filósofos que aparecieron antes de Cristo. Así pensaba Erasmo, en medio de los huracanes. Ahora, cinco siglos después, resulta difícil comprender su revolucionaria novedad, el tenaz empeño de ser teológicamente adulto en un tiempo que exigía el infantilismo.

El éxito de Erasmo, que soñó con ser el verdadero y pacífico reformador de Europa, se debió a que supo expresar con gran talento literario y con amplísimo saber los cansancios, las esperanzas, las dudas, las contradicciones, las ambigüedades de una época turbada e incierta. A nuestro autor se le ha achacado una congénita indecisión. Incluso un admirador suyo, Huizinga, escribe: «La equivocidad cala hasta lo más profundo de su ser. Cree profunda y constantemente que ninguna de las opiniones en discordia puede expresar la verdad completa». La conclusión era predecible. Erasmo es un pensador adversativo. Afirma y añade inmediatamente un pero. Permaneció fiel a la Iglesia católica, pero criticándola salvajemente. Estuvo muy cerca de Lutero, pero le escandalizaba su secesión. Sigue a Pablo, pero no quiere abandonar a Luciano, el satírico griego. En sus escritos humanistas aparece una gran meta, la purificación del cristianismo y de la Iglesia con ayuda de las fuentes cristianas y paganas. Escribe a Juan Maldonado que «en discrepancia con el proceder de los italianos y, más aún, de romanos, no se trata de componer obras de paganidad, inspiradas en un mero prurito estético, sino de mirar hacia adentro y restablecer el nombre de Cristo». Quiere convertir la Biblia en compañera para todos. Pide con impresionante seriedad que el necesario renacimiento tenga su origen en Cristo. Fue

hombre de concordia que irritó a los celadores de ambos bandos, pero encantó a masas de hombres confusos y ansiosos de claridad.

Presentado el personaje, ya es hora de comentar históricamente la obra.

2

ELOGIO DE LA LOCURA o *Encomio de la estulticia* o *Elogio de la insensatez*, como a mí me gustaría traducirlo, es una obra de la inteligencia lúdica que se divierte jugando con sus propios poderes: la broma, la sátira, la ironía, el chiste. Erasmo, en el prefacio que dirige a su amigo Tomás Moro, advierte que «así como nada hay más tonto que tratar en broma las cosas serias, tampoco lo hay más divertido que disertar sobre necedades de tal modo que a nadie le parezca que lo sean». ¿Es éste el propósito de Erasmo? Tal vez lo fuera al comienzo de su invención, cuando camino de Inglaterra alivió las tediosas cabalgadas disfrutando con «este juego de mi ingenio». Sin duda, quería jugar y divertirse. «Pues es una injusticia que si se reconoce a todo estamento de la vida derecho a diversión, no se permita ningún recreo a los estudiosos, máxime si las chanzas miran a un fin serio y las bromas están compuestas de suerte que de ellas saque el lector que no sea romo del todo más provecho que de las disertaciones tétricas y aparatosas.» (Avive, pues, el lector el seso, si quiere pescar el donaire de la obra). Por mi parte, haré caso a Erasmo y consideraré que ELOGIO DE LA LOCURA es una broma. Pero añadiré que esta palabra castellana procede de *bibrosko*, que significa «morder o devorar». No es una burla inocua, como parece al principio, sino que arremete a dentelladas contra casi todo lo divino y lo humano. (Pero no te fíes, lector, de las apariencias).

La obra tiene todas las características del autor. Se presta a equivocaciones y a juicios contradictorios. Está dirigida a un santo —Tomás Moro—, y el mismo Erasmo alega contra sus críticos que

el papa León X lo leyó y no lo condenó, pero acabó poco después en el índice de libros prohibidos. San Ignacio de Loyola, a quien interesó primero la obra de Erasmo, prohibió después la lectura de sus obras. Eck le considera católico en 1528, pero en 1540 le acusa de que «él, junto con los luteranos, aniquiló la auténtica filosofía cristiana». «Puso el huevo que incubaron Lutero y Zwinglio». El papa Adriano VI fue su protector, León X aceptó la dedicatoria del Nuevo Testamento y le escribió con elogios. Ni siquiera un hombre como Stanislaus Hosius, más tarde obispo de Ermland y legado papal en el Concilio de Trento, manifestó ninguna reserva frente a Erasmo, y no sólo cuando en 1529, siendo joven, anhelaba visitar al prodigio del mundo, sino durante toda su vida. Incluso sustituyó en su diócesis el catecismo estrictamente ortodoxo de Filippo Archinto por el de Erasmo. Vives y el cardenal Cayetano alabaron a este «restaurador de la teología». Pero, en 1527, la Sorbona de París condenó varias proposiciones de Erasmo como heréticas, en 1529 fue quemado el pobre traductor francés De Berquin, en 1528 la Inquisición española se ocupó de él y de los erasmistas españoles. Parece que el pensamiento de Erasmo resulta «difícil de precisar». Sus contemporáneos no pudieron hacer una síntesis final de su pensamiento. Tenga presente el lector lo que acabo de decir, porque es importante para el argumento final de esta introducción.

Vuelvo a la historia. El Humanismo, y más aún el Humanismo cristiano que preconizaba Erasmo, pretende recoger los grandes legados de la humanidad, y este afán de síntesis mezcla en este libro tradiciones diversas, lo que produce un espejeo seductor y confundente.

Como supongo que el lector, aún displicentemente sentado en este pórtico, no conoce la obra, le haré una sinopsis para que pueda seguir mi argumentación. ¿De qué trata el libro que tiene en las manos? La *insensatez* se presenta para hacer su defensa y reclamar sus méritos. Y lo hace con gran desfachatez y gracia. Quiere convencer al auditorio —es decir, a usted— de que ella es el

origen de todas las bondades, diversiones y deleites que el ser humano disfruta. Lástima que no pudiera leer a Nietzsche y sus invectivas contra el espíritu de seriedad, porque habría podido aprovechar sus textos. La *insensatez* no comparece sola. Viene acompañada de su séquito familiar: la ebriedad, la ignorancia, el amor propio, la adulación, el olvido, la pereza, la voluptuosidad, la demencia, la molicie y la sublime modorra. «Con los fieles auxilios de esta familia, todas las cosas permanecen bajo mi potestad y ejerzo autoridad incluso sobre las autoridades». Esto debería hacernos sospechar. ¿Es posible que Erasmo haga el elogio de toda esta parentela de moralidad más que dudosa?

«Insensatez» —a partir de ahora considere el lector esta palabra como un nombre propio y, para que no lo olvide, pues le noto un poco distraído, la llamaré doña— se siente muy orgullosa de proporcionar a los hombres toda clase de bienes, empezando por la propia vida, ya que la procreación, dice, es un menester insensato e incluso ridículo en su mecánica, si bien se mira. Todo lo deleitoso procede también de la insensatez. Basta comprobar lo secas y desabridas y cenicientas y tristes que son la razón y la sabiduría. Sin insensatez tampoco existiría el matrimonio, y no se emprendería tampoco ninguna empresa ilustre como la guerra, ni placentera como las jocosas reuniones, ni consoladora como las supersticiones que llevan a las gentes a venerar el casco dorado del caballo de san Hipólito para conseguir su protección, y cosas semejantes. En fin, que la vida entera, en lo que tiene de valioso y digno de ser vivido depende de la insensatez. Entre los hijos de la insensatez se encuentra todo lo mejorcito de la casa: los príncipes, los cortesanos, los teólogos, los frailes, los Papas.

Hasta aquí parece que Erasmo se ha entretenido en un juego de ingenio —*defender la insensatez*—, que le permite de paso describir la necedad del mundo. «Si, como antaño Menipo, pudieseis contemplar desde la luna el tumulto inmenso del género humano, creería estar viendo un enjambre de moscas y mosquitos peleando

entre sí, luchando, tendiéndose acechanzas, robándose, burlándose unos de otros, y naciendo, enfermando y muriendo sin cesar. Nadie podría imaginar el bullicio y las tragedias de que es capaz un animalito de tan corta vida, pues en una batalla o en una peste se aniquilan y desaparecen en un instante millares de seres». El argumento, sin embargo, se complica, para escándalo de muchos comentaristas píos, porque en las últimas páginas doña Insensatez hace una afirmación chocante: la religión cristiana también es una necedad que no tiene la menor armonía con la sabiduría. ¿Cómo puede decir tal cosa el ardiente defensor de la filosofía de Cristo? Atienda el lector a sus argumentos:

> Si deseáis pruebas de ello, advertid que los niños, los viejos, las mujeres y los necios gozan de las cosas de la religión mucho más que los demás y que están siempre rondando los altares, guiados solamente de un impulso natural. Además, veréis que aquellos primeros fundadores de la religión fueron gente de extrema simplicidad y enemigos encarnizados de las letras.
>
> La felicidad de los cristianos, que buscan a costa de tanto esfuerzo, no es sino una especie de locura y de estulticia, y no se vea animadversión en mis palabras, sino búsquese su sentido.

No para aquí la cosa. Doña Insensatez quiere demostrar que la suprema felicidad a que aspiran los creyentes es una especie de locura, y por lo tanto, progenie suya. Recuerda que Platón habló del delirio de los amantes. Cuanto más ardiente sea el amor, mayor será el delirio. «Por tanto, ¿qué puede ser esa vida celestial a que las almas tan fervientemente aspiran?». Los que en esta vida han degustado ligeramente la futura felicidad andan trastabillando como beodos o enloquecidos. Comprendo que los lectores antiguos y modernos se quedaran confusos. No es fácil de comprender que lance estos venablos contra la religión que defiende, profesa y,

aparentemente al menos, vive. Dejemos por ahora la respuesta en el aire. Sólo quería resumir el libro.

Dije antes al lector que Erasmo unificaba varias tradiciones. Mencionaré tres y más tarde añadiré otra cuyo contenido me guardo por ahora en la manga como un as un poco fullero. Las tres tradiciones son: la clásica, personificada en Luciano; la carnavalesca, estudiada por Bajtin; el tema de la locura y de la nave de los locos, comentada por Foucault y Urs von Balthasar.

Empezaré por la primera. Erasmo, para justificar su burla, apela a los clásicos. Quiere integrarse en la tradición de los discursos extravagantes, una tradición con pedigrí deslumbrante para un humanista. Virgilio cantó al mosquito, Ovidio a la nuez, Glauco celebró la injusticia, Favorino las fiebres cuartanas, Sinesio la calvicie, Séneca escribió en broma la apoteosis de Claudio, y su amado Luciano compuso un *Elogio de la mosca*. Desde los tiempos de Gorgias, los sofistas demostraban su ingenio y habilidad asumiendo la defensa de «causas imposibles» o pavoneándose por ser capaces de «convertir en buena una causa mala». Se trataba de un *progymnasma*, de un ejercicio retórico, una destreza casi circense, como los juegos malabares. Hay, sin duda, en Erasmo un guiño sofístico, un alarde de ingenio ante su amigo Moro. Quiere demostrar que puede hilvanar un centón de argumentos para defender lo indefendible: que la insensatez es más sabia que la sabiduría.

3

La segunda tradición es la carnavalesca. El libro se titula en latín *Declamatio in laudem Stultitiae* y esta última palabra recuerda las *festa stultorum*, «las fiestas de los bobos o de los insensatos», que tanta popularidad tuvieron en la Edad Media. La risa acompañaba las ceremonias y los ritos civiles de la vida cotidiana: los bufones y

los «insensatos» asistían siempre a las funciones del ceremonial serio, parodiando sus actos. Una curiosa manifestación carnavalesca era la «fiesta del asno», que evocaba la huida de María con el niño Jesús a Egipto. El protagonista de esa fiesta no era ni María ni Jesús, sino el burro y su rebuzno. Al final del oficio, el sacerdote, a modo de bendición, rebuznaba tres veces y los feligreses, en lugar de contestar con un amén, rebuznaban a su vez tres veces. En la época de Erasmo todavía persistía la tradición de la «risa pascual», que permitía burlas licenciosas en el interior de la Iglesia durante las pascuas. Desde el alto del púlpito el cura desgranaba toda clase de relatos y chistes dudosos con el objeto de suscitar la risa de los feligreses después de un largo ayuno y penitencia. Esta risa era el símbolo de un renacimiento feliz.

Se mezclaban la injuria y el elogio, se disfrutaba con una lógica de la inversión. Todos estos ritos y espectáculos ofrecían —dice Bajtin— una visión del mundo, del hombre y de las relaciones humanas totalmente diferente, deliberadamente no-oficial, exterior a la Iglesia y al Estado; parecían haber construido, al lado del mundo oficial, un segundo mundo y una «segunda vida», y sin tomar en consideración esta dualidad no se podrían comprender la conciencia cultural de la Edad Media ni la civilización renacentista. La segunda vida, el segundo mundo de la cultura popular se construye en cierto modo como parodia de la vida ordinaria, como un «mundo al revés». Es justamente lo que parece hacer Erasmo. Nos hace ver lo negro blanco y lo blanco negro.

También era costumbre personificar conceptos —don carnal, doña cuaresma, la muerte—, artificio que utiliza Erasmo en su obra, en la que doña Insensatez habla en primera persona. Para explicarles cómo en estas representaciones se aprovechaba una lógica férrea y turulata a la vez, les contaré una de las páginas más curiosas de la literatura humorística de la Edad Media. Cierto Radolfo escribió una *Historia de Nemo* (palabra que en latín significa «nadie»). En su narración, Nemo es una criatura igual, por su

naturaleza, condición y fuerzas excepcionales, a la segunda persona de la Santísima Trinidad, es decir, al hijo de Dios. Radolfo dice que se enteró de la existencia de este gran Nemo por numerosos textos bíblicos. Por ejemplo, se dice en la Sagrada Escritura: *Nemo Deum vidit* («Nadie ve a Dios»). Radolfo lo traduce como: «Nemo ve a Dios». Se dice por ejemplo «Nadie es profeta en su tierra» lo que él entiende como «Nemo es profeta en su tierra»; «Nadie puede tener dos mujeres», se vuelve «Nemo puede tener dos mujeres». Según el reglamento de los benedictinos, nadie tiene derecho a hablar después de la comida. Radolfo lo interpreta como *Post completorium Nemo loquatur*. La negación, al convertirse en personaje, trasforma lo positivo en negativo, lo imposible en posible. Al hacerlo descubre una criatura casi igual a Dios, dotada de un saber excepcional (sabe lo que Nadie sabe), de una libertad excepcional (puede hacer lo que Nadie debe hacer), de un poder infinito (hace lo que Nadie puede hacer). Tanta magnificencia impresionó, al parecer, a muchos contemporáneos, dando nacimiento a una secta muy peculiar: la secta neminiana. Hasta tal punto fue numerosa que un cierto Stèphane, de la abadía de Saint-Georges, escribió una obra denunciando a los neminianistas y exigiendo al Concilio de París que fueran condenados y quemados, nada menos. Varios manuscritos de los siglos XIV y XV han recogido esta historia, lo que demuestra su asombrosa popularidad, y, de paso, el ambiente cultural del momento.

4

La tercera tradición que Erasmo asimila es la de la locura, idea que tiene mucha importancia en la cultura europea de fines de la Edad Media, y que pasa a la Moderna con tambores batientes. En esa época abundan los relatos que estigmatizan vicios y defectos como en el pasado, pero no los achacan a la concupiscencia o a la falta

de caridad, sino a una especie de gran sinrazón invasiva e irremediable. La insensatez es la responsable —en su irresponsabilidad— del híspido o risible cariz de la realidad. En la literatura de ese tiempo aparece también el personaje del Loco, del Necio, del Bobo. Se da entonces un curioso juego de duplicidades y de ambivalencias. La locura arrastra a los hombres a una ceguera que los pierde, pero, sin embargo, el loco posee la verdad y se la recuerda a cada uno. «En la comedia, donde cada personaje engaña a los otros —escribe Foucault— y se engaña a sí mismo, el loco representa la comedia de segundo grado, el engaño del engaño; dice, con su lenguaje de necio, sin aire de razón, las palabras razonables que dan un desenlace cómico a la obra. Explica el amor a los enamorados, la verdad de la vida a los jóvenes, la mediocre realidad de las cosas a los orgullosos, a los insolentes y a los mentirosos. Hasta las viejas fiestas de locos, tan apreciadas en Flandes y en el norte de Europa, ocupan su sitio en el teatro y transforman en crítica social y moral lo que hubo en ellas de parodia religiosa espontánea».

Las imágenes de la ebriedad y la locura tienen enorme éxito. En 1485 Guyot Marchand publica su *Danse macabre*, una imagen burlona de la muerte, a la que se desarma con la risa. Como la vida es un juego insensato, la muerte pierde su prestigio. Antes de que la muerte aparezca ya está vacía la cabeza que se convertirá en calavera. «Margot la Folle» vence a la severa muerte. En 1492 Sebastián Brant escribe *Narrenschiff*, su nave de los locos, que cinco años después se traduce al latín; en 1498 Josse Bade escribe *Stultiferae naviculae scaphae fatuarum mulierum*; El Bosco pinta su desolada «barca de los estultos». El ELOGIO DE LA LOCURA es de 1509. «El orden de sucesión —sentencia Foucault— es claro».

La demostración sofística y soberbia de la propia habilidad, la tradición de las burlas medievales y de su mundo al revés, la atracción ambivalente por la locura y el loco como origen y revelador de la confusión universal. Éstos son los tres hilos históricos que

trenzan el cañamazo sobre el que Erasmo va a bordar su obra, en la que resume gran parte de la historia de la inteligencia lúdica. Pero, ya le advertí al lector que faltaba un cuarto elemento, el as fullero y mortal que guardaba en mi manga. ¿Ha descubierto cuál es?

5

No lo creo, pues le presumo poco docto en sutilezas retóricas. Descubro mi juego. Voy a considerar ELOGIO DE LA LOCURA como una obra esencialmente irónica. No, no amague ese gesto displicente, porque el asunto tiene más calado del que parece. Antes de pasar adelante, aun a riesgo de incurrir de nuevo en las iras del lector, y dado que la palabra ironía se utiliza con tanta laxitud que llega a la equivocación, le explicaré lo que significa. O mejor, comenzaré explicándole lo que no significa. Ser irónico no es ser sutil, ni cínico, ni humorista, ni guasón. La ironía es un recurso retórico muy bien definido. Consiste en decir lo contrario de lo que parece decirse, expresar algo diciendo lo contrario. Es, pues, un discurso que obliga a traducir todas sus afirmaciones en negativo para comprenderlas. Decir ¡Fea! a una mujer hermosa es un piropo irónico. Que Sócrates dijera que sólo sabía que no sabía nada, es una paradoja irónica. Lo que parece claro en la expresión resulta falso, y su contrario, lo oculto, lo elidido, aparece como verdadero. Es, en cierto modo, poner el mundo al revés para verlo al derecho.

La etimología de la palabra es muy curiosa. En el teatro griego había una pareja tradicional, parecida al «augusto» y al payaso de nuestro circo. *Alazos* era el que alardeaba de listo y *eiron* el que parecía tonto. Lo que divertía a los espectadores griegos era que el *eiron* acababa desenmascarando al falso listo y poniendo en evidencia su estupidez. Esta apariencia engañosa —el tonto es el listo y el listo, el tonto— es la esencia de la ironía. En la ironía, las frases o las acciones o las realidades no son lo que parecen, y el

espectador sabe que no lo son. En esto se diferencia del engaño. El oyente ve cómo se despliega un mundo falso que se presenta como verdadero, y disfruta del equívoco sin caer en la trampa.

¿En qué consiste la ironía de Erasmo? Describe un mundo real, en gran manera el mundo en que vivía, que es sin duda hijo de la necedad. Doña Insensatez hace el censo de toda su progenie: violencias, falsas alegrías, supersticiones, aburridas disquisiciones de teólogos, vanidades de cortesanos, ambiciones papales, locura de los cristianos. Visto con sus ojos, la Sabiduría es severa, aburrida y cargante. Ésta es la opinión de la falsa lista, del *alazos*, del clown. Pero, hete aquí, amable lector, que el *eiron*, el aparente tonto que es el sabio, ve las cosas de otra manera. Cervantes repitió esa pareja en Don Quijote y Sancho. (De paso añadiré una cita de *Rinconete y Cortadillo*, muy en el espíritu de Erasmo. Rinconete, al ver el comportamiento de los truhanes a las órdenes de Monipodio, se admira de «la seguridadd que tenían y la confianza de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios, y de ofensas de Dios»). Prosigo. Observada desde la Sabiduría, doña Insensatez y su progenie aparecen como engreídas, falsas y mortíferas. Volveré a la obra de Cervantes. Como escribe R. O. Jones comentando *Rinconete y Cortadillo*, «posiblemente Cervantes quería que viéramos la hermandad de criminales como la imagen de la sociedad respetable en un espejo deformante: tiene sus leyes, una parodia de impuestos y diezmos, hasta una especie de gobierno, y los rateros se muestran celosos de su honor y se llaman entre ellos “vuesa merced”. Quizá la sátira se refiere a una sociedad en la que la sombra del honor, la devoción y el trabajo se confunde con la substancia» (R. O. Jones: *Siglo de Oro: prosa y poesía*, vol. I de *Historia de la literatura española*, Ariel, Barcelona, 1973, pág. 260).

Éste es el juego de Erasmo. Detiene la función sin explicar el desenlace. Doña Insensatez parece vencedora, pero en su discurso irónico Erasmo, que está aposentado en la sabiduría, describe el

gran dislate que es el mundo regido por la insensatez. Ciertamente, la locura ha de considerar cuerdo su comportamiento, porque si no no estaría loca. Esta es la paradoja de la locura. Pondré un ejemplo para explicarlo mejor. Ya le dije que al final del libro, doña Insensatez considera hijos suyos al cristianismo y a los cristianos. Se basaba en dos cosas: los niños, las mujeres, los viejos y los necios disfrutan más de la religión que los sabios; en segundo lugar, san Pablo habló de que el cristianismo es locura.

Leído en negativo, descodificando la ironía, lo que dice es que esa religión de niños y necios no es la verdadera religión. Erasmo, como todo el movimiento reformador, quiere una religión de adultos, capaces de pensar, aceptar o rechazar, examinar libremente los textos, librarse de tutelas asfixiantes, de ritos, devociones, miedos y supercherías. Tras esa labor de poda brotarían los retoños de un cristianismo hijo de la Sabiduría, un cristianismo humanista, ilustrado, que es el que estaba reclamando. «En el cristianismo —escribe— ha habido gran cantidad de mártires, pero pocos sabios», escribió. Era un anticipo del *sapere aude*, «atrévete a saber», de la Ilustración, que tenía forzosamente que enfrentarle a Lutero, que se alejaba hiperbólico y enardecido en el mar enigmático de la fe.

Es cierto que san Pablo habla de la locura cristiana. Pero lo que dice es que Cristo es «locura para los griegos», no intrínseca locura. Y, desde luego, para los griegos insensatos, no para los sabios, ya que, para Erasmo no podía haber contradicción entre la filosofía antigua y la revelación.

Al leer el libro en negativo aparece más como una utopía sugerida que como una realidad captada, un mundo que sería hijo de la Sabiduría. Nada dice acerca de su aspecto y condición. Ésa es tarea nuestra. Sólo podemos suponer, por el propio dinamismo de la ironía, que sería el despliegue de otro tipo de diversiones, de delicias, de amores, de creencias. Una nueva devoción.

Para aclarar el enigma de Erasmo aún tendría que responder a una pregunta. ¿Por qué escogió Erasmo un método irónico de

exposición? Quiso, sin duda, llegar a los lectores a través de la retórica. Y lo consiguió. Pero sospecho que hay algo más. Erasmo utilizó la ironía como protección. El irónico está siempre a salvo. Puede negar siempre lo dicho alegando que era un juego irónico. Tal vez Spinoza, perseguido por la Sinagoga, escribiera su *Ética* con un método geométrico, buscando un gigantesco camuflaje irónico. Confieso que como intelectual la ironía no me gusta, lo que seguramente me convertirá en un dinosaurio a los ojos del lector, al tanto sin duda de que desde el Romanticismo la ironía ha sido algo así como el tirabuzón más sofisticado en la cabellera de todo pensador que se precie. No me gusta porque es un modo confuso de exposición y yo estoy por la claridad. Me parece difícil asegurar cuándo un autor está siendo irónico. Erasmo naufragó en esos mares equívocos. De hecho, Menéndez y Pelayo leyó en serio ELOGIO DE LA LOCURA y le pareció, claro está, un libro blasfemo. Los tratadistas modernos de la ironía, como Booth o Paul de Man, hablan de la dificultad de precisar el significado irónico. El texto se convierte en «indecidible». No se puede decidir con precisión su significado, porque la ironía se convierte en infinita e ironiza sobre ella misma, segando la hierba que nace bajo sus pies, termiteando las vigas sobre las que construye su techumbre. Paul De Man, especialmente pesimista acerca de la capacidad del lenguaje para entendernos, describe la ironía de un modo sorprendentemente emparentado con el libro de Erasmo: «La absoluta ironía es *a consciousness of madness*, el fin de toda conciencia; “es una reflexión sobre la locura desde dentro de la locura misma”» (*Blindness and Insight*, pág. 216). Schlegel afirmaba que la ironía poseía una «agilidad infinita» y que era imposible hacer una síntesis final de su contenido. Éstas eran las dos características del estilo de Erasmo, que le pedí al lector, hace unas páginas, que mantuviera en su memoria.

El intento de Erasmo de aplicar a un asunto serio los poderes retóricos me parece actual e interesante. Pero este es otro —y el

último— cantar de esta introducción.

6

Les dije al principio —supongo que al lector se le antojará que hace años— que tenía dos razones para interesarme por este libro. Una histórica, que ya he expuesto. Otra, genealógica, que expondré brevemente. Me gusta caracterizar nuestro momento cultural como «el augurio de la ultramodernidad». Aún permanece abierto el debate entre modernidad y posmodernidad. La modernidad es severa, rigurosa, racional, universalista, científica, moralizante. La posmodernidad es frívola, plurirracional, particularista, estética, relativista, irónica. Aquélla es seria, ésta atractiva. La ultramodernidad aspira a una racionalidad poética, capaz de unir el rigor del pensamiento con la gracia de la exposición, la concreción de la poesía con la universalidad de la verdad, el fuego de los sentimientos con el cristal de la demostración.

Al buscar la genealogía de la ultramodernidad, los antecedentes, aparece la figura de Erasmo. Intentó superar el debate entre las contundentes certezas religiosas medievales y la mercurial subjetividad moderna. Quiso mantener agarrados de la cola dos caballos que galopaban en direcciones contrarias, y a punto estuvo de descuajaringarse o de ser descuajaringado. ¡Incomprendido Erasmo! Le contemplo ahora en el magnífico retrato de Hans Holbein *el Joven*. Está de perfil, con su vigorosa nariz equilátera, sobrio el gesto concentrado, los labios apretados no sé si por furia domeñada o por desdén, la faz severa y tallada. Escribe, tal vez, una divertida sátira. Me permito suponer que, desde la seriedad de su continente, se empeña en perfilar las islas floridas de su estilo. ¡Culpable Erasmo! Porque eligió entre todos los recursos de la elocuencia el más equívoco, confuso, vulnerable, posmoderno: la ironía.

Hace años estudié el fenómeno del ingenio —la inteligencia lúdica— y ahora encuentro que Erasmo es un interesantísimo ejemplo que entonces no utilicé. Escribí un elogio y una refutación del ingenio. Unos lectores se fijaron más en el elogio y creyeron que la refutación sobraba. Otros se fijaron en la refutación y despreciaron el valor del ingenio. Lo que yo reclamaba era la necesidad de integrar el ingenio, su vivacidad, su frescura, su risa, dentro de una «inteligencia creadora» que disfrutara con los juegos de la inteligencia lúdica pero no quedase encerrada en ellos, como, a mi parecer, ha hecho la cultura posmoderna. Reírse de lo risible y venerar lo venerable me parecía un buen programa. Las dos cosas nos son necesarias: despreciar y venerar. Ahora, al estudiar con más detenimiento la obra de Erasmo, teniendo en cuenta el ambiente en que vivió, tan parecido al nuestro por la fuga de las certezas, la espera de novedades y el sentimiento de crisis, lo veo como nuestro vecino. Su peripecia vital nos permite comprender mejor dónde estamos, nuestras debilidades y fortalezas y lo que debemos hacer. En el árbol genealógico de la ultramodernidad habrá que guardar un sitio para Desiderio Erasmo Roterodamo, que acertó en la intención pero se equivocó en el medio.

Estamos, como él, en época de transición. Quiso salvar lo salvable y apresurar lo necesario. Intentó escribir para el gran público. Pretendió conseguir una mayoría ilustrada —en su caso una mayoría de creyentes ilustrados—. Utilizó los medios literarios para llegar a sus lectores. En esto es ultramoderno. Pero por la técnica que utilizó se queda en la posmodernidad. La ironía expande confusión. Lanza un mensaje que permanece ambiguo. Citaré a algunos expertos. Wayne C. Booth escribe: «tanto para sus fervientes admiradores como para quienes la temen, la ironía se contempla normalmente como algo que socava claridades, abre vistas en las que reina el caos y, o bien libera mediante la destrucción de todo dogma o destruye por el procedimiento de hacer patente el ineludible cáncer de la negación que subyace en el fondo

de toda afirmación» (*Retórica de la ironía*, Taurus, 1986, pág. 13). «Es una modalidad de pensamiento y del arte —escribe Ballart— sobre todo en épocas de desazón espiritual, en las que dar explicación de la realidad se convierte en un propósito abocado al fracaso. Si algo caracteriza a nuestro tiempo es la pérdida del sentido unívoco de lo real» (*Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Sirmio, 1994, pág. 23).

Pero hay que distinguir dos tipos de ironía: la antigua y la posmoderna. La ironía antigua era un artificio sin dolo. Consistía en expresar una cosa diciendo la contraria. Nadie podía considerarse estafado. La ironía posmoderna es una concepción del mundo. La afirmación desenfadada de que nada tiene un significado preciso. Un elogio de lo equívoco, de la hermenéutica infinita, de la multivocidad. La realidad ha sido convertida en texto y todos los textos son irónicos. Erasmo no se enreda en esa maleza, aunque haya enredado a alguno de sus comentadores. Deslumbrado sin duda por la elocuencia clásica, condicionado por los tiempos arriesgados que vivía, en que era conveniente defenderse utilizando recursos retóricos, usa la ironía. Pero se trata de la ironía antigua, que no desemboca en un escepticismo diletante, sino que se pone al servicio de grandes empresas. Erasmo no pretende confundir, sino aclarar. No es posmoderno, sino un ilustrado ultramoderno. De sus triunfos y sus fracasos debemos aprender.

Dejo en libertad al lector para que entre en el libro o desista de hacerlo. Allá él. He hecho lo que he podido para animarle a leerlo. Adiós.

Este escrito, por supuesto, no es nada irónico.

JOSÉ ANTONIO MARINA

ERASMO Y SU OBRA

por Pedro Voltes

He aquí una nueva traducción española del *Morias Enkómion*, de Erasmo de Rotterdam. ¿Qué novedad trae a la dilatadísima estela que en la lengua castellana ha dejado la obra más conocida de Erasmo? En nuestra opinión, la fidelidad; una fidelidad ciega y tenaz al texto que no se ha permitido la menor amplificación, intensificación o glosa del pensamiento erasmiano. Otras traducciones hay de esta obra donde el intérprete se ha concedido el honor de colaborar con el autor, introduciendo por su cuenta exclamaciones, rodeos, desarrollos, incisos y, también, mutilaciones que, si en cualquier traducción hubieran sido delictuosas, más lo son en la de un texto de diáfana claridad y de vigor expresivo incontestables. Merced a estas aportaciones del traductor, el texto de Erasmo cobraba en ocasiones ligereza y colorido de panfleto. Nos tememos, pues, que el lector de nuestra nueva versión, si se habituó antes a otras existentes, encuentre menos vivaz el habla de Erasmo. Una ligera ojeada al original, si quiere tomarse la molestia de la comprobación, le advertirá de que Erasmo, a fuer de humanista solidísimo y de hombre de estudio de pies a cabeza, hizo gala en su escribir de una riqueza de matices, de una cautela en las afirmaciones, de una majestad en la construcción de los períodos, de una justeza en la adjudicación de los calificativos, que repugnan ser traducidas en tono de libelo contemporáneo.

Como una apoteosis del intelectual fue la carrera de Erasmo, una de las figuras de la historia literaria que han ganado más honra y provecho con la pluma. Merced a ella remontó la adversa corriente del nacimiento natural (1467) a la que le había lanzado su padre, el eclesiástico Geradio de Prael, y de la tutela hostil de un encargado que, cuando quedó huérfano, le obligó a ingresar contra su voluntad en el monasterio de Steyn. Debatiéndose penosamente contra estas adversidades, empezó a bracear en aguas más libres al entrar de secretario del obispo de Cambrai (1492).

Pasó luego a la Sorbona y a ganar con la pluma el primer dinero escribiendo elogios y poemas para la nobleza parisiense. La fama de su ingenio y de su monumental erudición clásica le empezaron a situar a partir de estos años en el brillante mundo supranacional del humanismo: Turín, Cambridge, Roma, Oxford, Lovaina y tantas otras metrópolis de la cultura europea le fueron conociendo y dándole gloria y anchura económica.

Los escritos de Erasmo, orientados en la triple dirección de estudios filológicos y gramaticales, traducciones y ediciones de los autores clásicos y análisis, glosas y ediciones de los textos sagrados, se fueron sucediendo rápida y copiosamente como fruto que eran de una mano infatigable y animosa. En el famoso retrato de Erasmo por Holbein *el Joven* (Louvre), el escritor moderno, sumergido en un mundo difícil, agitado y huraño, admira, sobre todo, dos cosas: lo recoleto y lo sosegado de este gabinete que se adivina aislado del exterior por una cortina suntuosa, y esta mano pequeña, fina, serena, posada sobre el papel con dulce firmeza, que va trazando menudos y pulcros rasgos con tanta seguridad y tantos arrestos, que parece incansable e incoercible, como libre de freno y de fatiga parece el rodar de la rueca en *Las hilanderas* de Velázquez. El silencio del gabinete y la animosa finura de la mano explican perfectamente lo extenso y abundante de la obra de Erasmo.

Pero también significa este sosiego, aislado de la vida por la cortina, que nuestro autor, intelectual puro, es una de aquellas figuras a las que la tipología médica moderna ha definido como más aficionada a pensar con imágenes literarias que con las percepciones de la realidad. Y de esta suerte, Erasmo, personificación del hombre de letras, se alinea en la hilera de intelectuales amargos, desencantados, propicios a mirar los tapices por el envés, añorosos de una edad heroica que inventaron ellos mismos, recelosos ante el hombre, despreciadores de la plebe, enemigos de la mujer, despectivos ante la naturaleza abierta, que han ido constituyendo una constante literaria encarnada en una época en Luciano, en Baltasar Gracián en otra y, en suma, en escritores innumerables que hacen muecas a la realidad de la calle desde su escritorio. Guillermo Díaz-Plaja habló, a este propósito, de la cobardía de Erasmo, la cual no sólo es timidez y turbación ante las consecuencias que desatan en el mundo los escritos compuestos con pluma suave, sino que es también reparo que impide asomarse al aire y pulsar lo que de veras pide el mundo al intelectual.

En su importante ensayo *Erasme et Luther* (PUF, París, 1962), Jean Boisset hace hincapié en el aislamiento del mundo real que su estancia de cinco años en el monasterio de Steyn indujo en Erasmo, desde que entró en él en 1487, cuando tenía veinte años. Allí compuso su *Contemptu mundi (Desprecio del mundo)*, donde, a la vez que denuesta las vanidades del siglo, da a entender la repulsión que le inspira la vida monacal. Boisset dice ingeniosamente que Erasmo parece por entonces más bien un estudiante que haga vida de monje que un monje que estudie, y Pierre Mesnard y otros ensayistas han subrayado el talante libresco, especulativo, de Erasmo y su rechazo del compromiso devoto propio de la vida conventual. Aun así, profesó en la orden agustina en 1493.

En este último punto, y en otros no menos decisivos, existe una llamativa simetría entre la biografía de Erasmo y la de Lutero,

también fraile agustino. Ambos personajes vivieron semejantes y enfrentados, tal como una mano es igual a la otra pero contrapuesta. Como es bien sabido, el aspecto más tenso y conflictivo de la vida de Erasmo consistió en plantearse qué actitud adoptar ante la reforma luterana y la reacción de la Iglesia. Está claro que Erasmo, a la par que Lutero, conocía y reprobaba los vicios de ésta y deseaba una revisión purificadora del catolicismo, y también que mientras Lutero aceptó a la postre romper con la Iglesia y acaudillar una revolución espiritual, Erasmo se abstuvo rotundamente de todo enfrentamiento con el Papa. «Si la Iglesia necesita actualmente un remedio, dentro de su corrompida moral —escribía en 1520 al arzobispo Campeggio, de Bolonia— no es a hombres como yo a quienes toca emprender semejante tarea», y, en los mismos días, le señalaba al reformador Capiton, de Estrasburgo: «Los teólogos consideran que Lutero no puede ser vencido más que con mi ayuda y la imploran. ¡Lejos de mí esta locura!».

Semejante anhelo de neutralidad fracasó dolorosamente: cuando Lutero comenzó a ser condenado por sucesivas instituciones, Erasmo lo fue a menudo junto con él. Más aún: a Erasmo se le censuró en repetidas ocasiones su ambigüedad, su inconsecuencia, su habilidad para escabullirse de toda postura concreta. Llevó esta huidiza apetencia de libertad hasta el punto de rechazar el capelo cardenalicio que le ofreció el Papa en los últimos años de su vida. Murió en Basilea en 1536.

Boisset, en su estudio citado, recapitula: «Erasmo, el humanista, y Lutero, el reformador, tienen inquietudes distintas. El primero profesa un concepto muy sereno de las cosas; el segundo, muy dramático. Esta oposición no proviene sólo de sus caracteres sino del mismo fondo de su idea de la enseñanza bíblica sobre la humanidad y sobre Dios…». Erasmo y Lutero vivieron y practicaron la misma religión cristiana. Los dos vieron sus desviaciones de hecho y quisieron liberarla de costumbres supersticiosas y restituirla al núcleo de la piedad. Los dos, en cierto sentido, operaron una

«reforma», pero Erasmo operó una reforma «de la religión» y Lutero una reforma de la «religión cristiana». Por lo demás, no podemos pasar más allá en semejante discurso: baste con la indicación del problema y de cuánto significó para la trayectoria de Erasmo.

Desde España, sería ahora tentador ahondar en la repercusión de la obra de Erasmo en nuestra cultura, si el tema no fuera de enorme extensión. Con todo, recordaremos que Marcel Bataillon lo dejó ya exhaustivamente expuesto en su memorable obra *Erasme et l'Espagne. Recherches sur la vie intellectuelle du* XVIe *siècle*, publicada en 1937, donde queda claro que son erasmianos buena parte de los rasgos característicos de la vida espiritual y de la literatura del Siglo de Oro. Ayudó a este influjo la estima en que le tenían Felipe el Hermoso, en cuyo honor compuso Erasmo un panegírico, y su hijo, el emperador Carlos, que le nombró consejero suyo y deseaba traerle consigo a España en 1518, cuando vino a reinar en esta monarquía. Erasmo inició las primeras etapas del viaje, pero luego optó por quedarse en Lovaina.

En la vasta obra de Erasmo pudieron encontrar refuerzos tanto diversos grupos iluministas españoles, que acabarían exterminados por la Inquisición; los latinistas de la estela de Nebrija; los biblistas deseosos de purificar las versiones defectuosas de las Sagradas Escrituras —como fray Luis de León—; los defensores de los derechos de la Corona, enfrentados a veces con Roma, como los hermanos Valdés; los místicos anhelosos de la unión directa con Cristo y, por tanto, adeptos a la exaltación cristológica de Erasmo y a su repudio de rutinas y formalidades devotas; y, en suma, los escritores en general que sacaron provecho de la revalorización que éste hizo de los refranes y las creencias populares con rechazo de las pompas intelectuales y cortesanas, la técnica del diálogo vivaz, el estilo coloquial de exposición y el uso frecuente de la ironía y de la exageración humorística. El *Lazarillo de Tormes* y la obra del propio Cervantes se cuentan entre los más altos ejemplos de utilización española de recursos y actitudes de Erasmo.

La prohibición de todas sus obras por la Inquisición española, exceptuando las de contenido gramatical, constituye un hito en nuestra historia cultural tanto o más relevante que la restricción de estudiar y profesar en el extranjero que dispuso Felipe II, y produjo un desgarramiento en la conciencia española que se vio obligada a escoger entre humanismo puro y ortodoxia, alternativa precursora y preparadora de otros muchos dilemas que irían agobiando a nuestros intelectuales en los siglos siguientes.

Maritain ha expresado que el problema básico de la cristiandad no consiste en acertar la verdad, sino en el amor caritativo. Por el contrario, Erasmo, obsesionado por el atinar, el ver claro, el ser sensato, desoyó las razones del corazón para reclinarse a escuchar el canto de la inteligencia pura. Era la suya una época de pasión, de ardor, de desenfreno de los impulsos cordiales, de desatamiento de entusiasmos, y nuestro intelectual se encontró espantado y desbordado por el remolino del siglo. El mundo, ávido de mensajes vivos y tangibles, se había apresurado a traducir a lo palpable el arabesco intelectual del *Encomio de la Estulticia* y muchas mentes hervorosas habían orientado esta versión hacia los caminos de la Reforma e incluso del tumulto.

Entremos ya en la traducción que ofrecemos con mano modesta. La hemos realizado sobre la edición de Kan (La Haya, 1898), a la que pertenecen algunas de las notas que aclaran el texto, y ha sido totalmente revisada en 1998, tras ampliar también este prólogo y las notas.

PEDRO VOLTES

ELOGIO DE LA LOCURA

ΜΩΡΙΑΣ ΕΓΚΩΜΙΟΝ

ES DECIR:

ENCOMIO DE LA ESTULTICIA[1]

DECLAMACIÓN DE ERASMO DE ROTTERDAM

PREFACIO

DE ERASMO DE ROTTERDAM A SU AMIGO TOMÁS MORO

Salve: Cuando hace poco me trasladé de Italia a Inglaterra, para no malgastar todo el tiempo que tuve que ir montado a caballo, en hablillas rudas y vulgares, preferí algunas veces pensar en nuestros comunes estudios o gozar en el recuerdo de amigos tan amables como doctos en extremo que había dejado y entre los cuales tú, mi querido Moro, ocupabas el primer lugar. En la ausencia, tu recuerdo como ausente me deleitaba tanto como tu presencia en el trato cotidiano contigo como presente, el cual, por mi vida, puedo asegurarte que es lo que me produce más satisfacción en el mundo. Pero como al cabo había de ocuparme en algo y la ocasión era poco propicia para meditaciones serias, se me ocurrió divertirme con un *Encomio de la Estulticia*. Me dirás: «¿Qué Minerva te metió esto en la cabeza?»[2]. En primer lugar, tu apellido. Moro, tan parecido a la palabra «Moria»[3] cuan apartado estás tú de su significado, o, mejor dicho, eres el hombre que está, según general opinión, más lejos de él. Luego supuse que este juego de mi ingenio te agradaría sobremanera, ya que sueles gustar de tal especie de donaires, es decir, de los que, a mi parecer, no carecen de ciencia ni de doctrina. Así, en la condición ordinaria de la vida mortal te comportas como Demócrito[4]. Aunque por la singular agudeza de tu ingenio estás apartadísimo del vulgo, gracias a la increíble dulzura y amabilidad

de tu carácter con todos compartes las horas, con todos te llevas bien y te diviertes.

Por tanto, no sólo has de recibir con gusto este discursillo, como recuerdo de tu amigo, sino que también debes tomarlo bajo tu protección, pues a fuer de dedicado a ti, es ya tuyo y no mío. En efecto, no faltarán quizá criticastros que lo censuren, diciendo unos que son bagatelas más frívolas de lo que conviene a un teólogo; otros, que son demasiado mordaces para acomodadas a la modestia cristiana, y vociferarán que nos inspiramos en la comedia antigua o en Luciano, y que rompemos a mordiscos contra todo.

Quienes se den por ofendidos por la ligereza y las bromas del asunto, piensen que éste no es de mi invención, sino cultivado de antiguo por grandes autores, pues hace muchos siglos que Homero se divirtió con la *Batracomiomaquia*; Virgilio con el mosquito y el almodrote, y Ovidio con una nuez[5]. Del mismo modo Polícrates ensalzó a Busiris, y ello le fue reprendido por Isócrates; Glauco celebró la injusticia; Favorino, a Tersites y a las fiebres cuartanas; Sinesio, a la calvicie, y Luciano, a la mosca y a los gorrones. Así también Séneca escribió en broma la apoteosis de Claudio; Plutarco el diálogo de Grilo con Ulises; Luciano y Apuleyo exaltaron al asno; y no sé quién escribió el testamento del lechoncillo de Grunnio Corocotta mencionado por san Jerónimo.

De modo que, si les parece, háganse el cargo esos ponefaltas de que me he distraído jugando a las damas o aun, si así lo quieren, cabalgando en una escoba[6]. Pues, ¿no será una injusticia que si se reconoce a todo estamento de la vida derecho a sus diversiones, no se permita ningún recreo a los estudiosos, máxime si las chanzas miran a un fin serio y las bromas están compuestas de suerte que de ellas el lector que no sea romo del todo saque más provecho que de las disertaciones tétricas y aparatosas de algunos? Como lo son estas declamaciones zurcidas de otros autores que ensalzan a la retórica y a la filosofía, o las que cantan alabanzas de un príncipe cualquiera, o las que exhortan a la guerra contra los turcos, predicen

lo futuro o promueven nuevas cuestiónenlas sobre naderías como la lana de las cabras.

Pues así como nada hay más tonto que tratar en broma las cosas serias, tampoco lo hay más divertido que disertar sobre necedades de modo tal que a nadie le parezca que lo sean.

El juicio sobre mí, cierto es, corresponde a los demás; sin embargo, a menos que me engañe el amor propio, creo que al alabar a la necedad no lo hemos hecho del todo neciamente.

En cuanto a la sofistería de que haya en ello mordacidad, responderé que siempre ha gozado el ingenio de la libertad de burlarse sin temor de las cosas humanas, en tanto que la licencia no se desmande hacia el furor. Por ello extraño mucho la delicadeza de los oídos de este siglo que casi ya no pueden sufrir sino halagos pomposos, y así te parecerá absurdo que algunos religiosos toleren mejor los ultrajes más horribles contra Cristo que la broma más ligera dirigida a un pontífice o a un monarca, sobre todo si algo hay en ella que les toque el pan. Así, pues, pregunto: cuando alguien critica las costumbres de los hombres sin zaherir a nadie por su nombre, ¿es mordacidad, o más bien enseñanza y consejo? Por lo demás, ¿no me critico yo mismo con pelos y señales? Añadiendo que quien no pasa por alto ninguna clase social, no puede ser tachado de hostil a los vicios de una persona, sino a todos los vicios. Por ello, si alguien hay que se dé por ofendido, será por efecto de su conciencia o de su miedo.

San Jerónimo escribió a gusto en este estilo con mucha más libertad y mordacidad, sin omitir nombres en ocasiones. En tanto, nosotros, aparte de que nos abstenemos enteramente de éstos, hemos templado la pluma de suerte que al discreto lector se le alcance con facilidad que nuestro propósito ha sido antes agradar que morder. Nunca hemos removido la oculta sentina de los vicios a la manera de Juvenal, y hemos tratado de relatar más bien cosas risibles que vituperables.

Y si alguien hubiere a quien estas razones no bastasen a aplacar, recuerde por lo menos que es honroso ser censurado por la Estulticia, a la cual, supuesto que la hacíamos hablar, importaba presentar con propiedad. Pero ¿por qué te vengo con estas cosas, si eres un abogado tan relevante que aun las causas reprochables podrías defender irreprochablemente? Adiós, disertísimo Moro y defiende ardorosamente esta «Moria» tuya.

En el campo, 9 de junio de 1508.

HABLA LA ESTULTICIA

CAPÍTULO I

Diga lo que quiera de mí el común de los mortales, pues no ignoro cuan mal hablan de la Estulticia incluso los más estultos, soy, empero, aquella, y precisamente la única, que tiene poder para divertir a los dioses y a los hombres cuando quiero. Y de ello es prueba poderosa, y lo representa bien, el que apenas he comparecido ante esta copiosa reunión para dirigiros la palabra, todos los semblantes han reflejado de súbito nueva e insólita alegría, los entrecejos se han desarrugado y habéis aplaudido con carcajadas alegres y cordiales, por modo que, en verdad, todos los presentes me parecéis ebrios de néctar no exento de nepente, como los dioses homéricos, mientras antes estabais sentados con cara triste y apurada, como recién salidos del antro de Trofonio[7].

Al modo que, cuando el bello sol naciente muestra a las tierras su áureo rostro, o después de un áspero invierno el céfiro blando trae nueva primavera, parece que todas las cosas adquieran renovada faz, color distinto y les retorne la juventud, así apenas he aparecido yo, habéis mudado el gesto. Mi sola presencia ha podido conseguir, pues, lo que apenas logran los grandes oradores con un discurso lato y meditado que, a pesar de ello, no alcanza a disipar el agobio de los ánimos.

CAPÍTULO II

En cuanto al motivo de que me presente hoy con tan raro atavío, vais a escucharlo si no os molesta prestarme oídos, pero no los oídos con que atendéis a los predicadores, sino los que acostumbráis a dar en el mercado a los charlatanes, juglares y bufones, o aquellas orejas que levantaba antaño nuestro insigne Midas para escuchar a Pan.

Me ha dado hoy por hacer un poco de sofista ante vosotros, pero no de esos de ahora que inculcan penosas tonterías en los niños y les enseñan a discutir con más terquedad que las mujeres. Imitaré, en cambio, a los antiguos, que para evitar el vergonzoso dictado de sabios prefirieron ser llamados sofistas. Se dedicaban éstos a celebrar las glorias de los dioses y los héroes. Por ello, vais a oír también un encomio, pero no el de Hércules ni el de Solón, sino el de mí misma, el de la Estulticia.

CAPÍTULO III

No tengo por sabios a esos que consideran que el alabarse a sí mismos sea la mayor de las tonterías y de las inconveniencias. Podrá ser necio si así lo quieren, pero habrán de confesar que es también oportuno. ¿Hay cosa que más cuadre sino que la misma Estulticia sea trompetera de sus alabanzas y cantora de sí misma? ¿,Quién podrá describirme mejor que yo? A no ser que por acaso me conozca alguien mejor que yo. Sin embargo, me creo mucho más modesta que esta tropa de magnates y sabios que, trastrocado el pudor, suelen sobornar a un retórico halagador o a un poeta vanílocuo y le ponen sueldo para escucharle recitar sus alabanzas, que no son sino mentiras. El elogiado, aun fingiendo rubor, hace la rueda y yergue la cresta, como el pavo real, mientras el desvergonzado adulador equipara con los dioses a aquel hombre de nada y le presenta como absoluto ejemplar de toda virtud, aun sabiendo que dista mucho de cualquiera de ellas, que está vistiendo a la corneja de ajenas plumas, blanqueando a un etíope o haciendo de una mosca elefante. En resumen, me atengo a aquel viejo proverbio del vulgo que dice que «hace bien en alabarse a sí mismo quien no encuentra a otro que lo haga».

Sin embargo, declaro que me asombra la ingratitud o la indiferencia de los mortales, pues aunque todos me festejen celosamente y reconozcan de buen grado mi bondad, jamás ha habido ninguno en tantos siglos que haya celebrado las glorias de la Estulticia en un agradable discurso, al paso que no han faltado

quienes, a expensas del aceite y del sueño, hayan abrumado con relamidos elogios a los Busiris, a los Falaris, las fiebres cuartanas, las moscas, la calvicie y otras pestes semejantes.

Vais, pues, a escuchar de mí un discurso que será tanto más sincero cuanto que es improvisado y repentino.

CAPÍTULO IV

No querría que creyeseis que lo he compuesto para exhibición del ingenio a la manera que lo hace la caterva de los oradores. Pues éstos, según ya sabéis, cuando pronuncian un discurso que les ha costado treinta años elaborar, y que más de una vez incluso es ajeno, juran que lo han escrito, y aun que lo han dictado, en tres días, como por juego.

A mí siempre me ha sido sobremanera grato decir lo que me venga a la boca. Que nadie espere de mí, pues, que comience con una definición de mí misma, según es costumbre de los retóricos vulgares, y mucho menos que formule divisiones, pues constituiría tan mal presagio el poner límites a mi poder, que tan vasto se manifiesta, como separar las partes de aquello en que confluye el culto de todo linaje de gentes. Y, en fin, ¿a qué conduciría el convertirme con una definición en imagen o fantasma, cuando me tenéis presente ante vosotros mirándome con los ojos? Según veis, yo soy verdaderamente aquella dispensadora de bienes llamada por los latinos *Stultitia*, y por los griegos, *Moria*.

CAPÍTULO V

Sin embargo, ¿qué necesidad había de decíroslo? ¡Como si no expresasen bastante quién soy el semblante y la frente; como si alguno que me tomase por Minerva o por la Sabiduría no pudiese desengañarse con una sola mirada aun sin mediar la palabra, pues la cara es sincero espejo del alma! En mí no hay lugar para el engaño, ni simulo con el rostro una cosa cuando abrigo otra en el pecho. Soy en todas partes absolutamente igual a mí misma, de suerte que no pueden encubrirme esos que reclaman título y apariencias de sabios y se pasean como monas revestidas de púrpura o asnos con piel de león. Por esmerado que sea su disfraz, les asoman por algún sitio las empinadas orejazas de Midas. ¡Ingratos son conmigo, por Hércules, esos hombres que, aun perteneciendo en cuerpo y alma a nuestra tropa, se avergüenzan tanto de nuestro nombre ante el vulgo que llegan a lanzarlo contra los demás como grave oprobio! Por ser estultísimos, aunque pretendan ser tenidos por sabios y por unos Tales, ¿no merecerían según mejor derecho que los calificásemos de sabios-tontos?[8].

CAPÍTULO VI

He querido de esta manera imitar a algunos de los retóricos de nuestro tiempo que se tienen por unos dioses apenas lucen dos lenguas, como la sanguijuela, y creen ejecutar una acción preclara al intercalar en sus discursos latinos, a modo de mosaico, algunas palabritas griegas, aunque no vengan a cuento. Si les faltan palabras de lenguas extranjeras, arrancan de podridos pergaminos cuatro o cinco palabras anticuadas con las cuales derramen tinieblas sobre el lector, de suerte que los que las entiendan se complazcan más con ellas, y los que no, se admiren tanto más cuanto menos se enteren. Efectivamente, mi gente refinada se complace más en una cosa cuando de más lejos viene. Y si en ella los hay que sean un poco más ambiciosos, ríanse, aplaudan y, según el ejemplo de los asnos, muevan las orejas a fin de que parezca a los demás que lo comprenden todo.

Y basta de este asunto. Vuelvo ahora a mi tema.

CAPÍTULO VII

Ya conocéis mi nombre, varones… ¿Qué adjetivo añadiré? ¿Habrá otro que el de estultísimos? Porque ¿puede llamar de modo más honroso a sus devotos la diosa Estulticia? Como mi genealogía no es conocida de muchos, voy a tratar de exponerla, con el favor de las musas. No fue mi padre ni el Caos, ni el Orco, ni Saturno, ni Japeto, ni otro alguno de esta anticuada y podrida familia de dioses, sino Pluto, aquel que a pesar de Hesíodo y Homero y hasta del mismo Júpiter, es el verdadero padre de los dioses y de los hombres. Según su mero antojo se agitaban y se agitan las cosas sacras y las profanas, y a tenor de su arbitrio se rigen guerras, paces, mandatos, consejos, juicios, comicios, matrimonios, pactos, alianzas, leyes, artes, lo cómico, lo serio y —me falta el aliento— las cosas públicas y privadas de los mortales. Sin su favor, toda esta turba de dioses de que hablan los poetas, y diré más, incluso los mismos dioses mayores, o no existirían en absoluto o no podrían comer caliente en sus propios altares. Si alguien tuviese a Pluto airado contra él, no le valdría ni el auxilio de Palas. Por el contrario, quien le tenga propicio, puede permitirse mandar a paseo al Sumo Júpiter y su rayo. Éste es el padre de quien me enorgullezco y éste fue quien me engendró, no sacándome de la cabeza, como lo hizo Júpiter con la aburrida y ceñuda Palas, sino en la ninfa Neotete[9], que es la más bella y la más alegre de todas. Tampoco soy fruto de un triste deber conyugal, como lo fue aquel herrero cojo, sino lo que es mucho más deleitoso, «de un amor furtivo», como dice nuestro

Homero. No caigáis en el error de creer que me engendró aquel Pluto aristofánico, que tenía un pie en el ataúd y la vista perdida, sino un Pluto vigoroso, embriagado por la juventud, y no sólo por la juventud, sino aún mucho más por el néctar que gustaba beber puro y largo en el banquete de los dioses.

CAPÍTULO VIII

Si me preguntáis también el lugar donde nací —puesto que en el día de hoy se juzga trascendental para la nobleza el sitio donde uno dio los primeros vagidos—, diré que no provengo de la errática Delos[10] ni del undoso mar, ni de las profundas cavernas, sino de las mismas islas Afortunadas, donde todo crece espontáneamente y sin labor. Allí no hay trabajos, ni vejez, ni enfermedad, ni se ve en el campo el asfódelo, ni la malva, la cebolla, el altramuz, el haba u otro estilo parecido de bagatelas, sino que por doquier los ojos y la nariz se deleitan con el moly, la panacea, la nepente, la mejorana, la ambrosía, el loto, la rosa, la violeta y el jacinto, cual otro huertecito de Adonis[11].

Nací en medio de estas delicias y no amanecí llorando a la vida, sino que sonreí amorosamente a mi madre. Así no envidio al altísimo Júpiter la cabra que le amamantó, puesto que a mí me criaron a sus pechos dos graciosísimas ninfas, la Ebriedad, hija de Baco, y la Ignorancia, hija de Pan, a las cuales podéis ver entre mis otras acompañantes y seguidoras. Si queréis conocer sus nombres, os los diré, pero, ¡por Hércules!, no será sino en griego.

CAPÍTULO IX

Ésta que veis con las cejas arrogantemente erguidas es Filautía, el Amor Propio. Allí está Kolakía, la Adulación, con ojos risueños y manos aplaudidoras. Ésta que veis en duermevela y que parece soñolienta es el Olvido, Léthe. Ésta, apoyada en los codos y cruzada de manos, se llama Misoponía, Pereza. Ésta, coronada de rosas y ungida de perfumes de pies a cabeza, es Hedoné, la Voluptuosidad. Ésta de ojos torpes y extraviados de un lado para otro, es Anoia, la Demencia. Esta otra, de nítido cutis y cuerpo bellamente modelado, es Tryfé, la Molicie. Veis también dos dioses, mezclados con esas doncellas, de los cuales a uno llaman Cornos, Festín, y al otro Negretos Hypnos, Sublime Modorra. Con los fíeles auxilios de esta familia, todas las cosas permanecen bajo mi potestad y ejerzo autoridad incluso sobre las autoridades.

CAPÍTULO X

Ya habéis oído mi origen, mi educación y séquito. Ahora, para que no parezca que uso sin razón el título de diosa, poned las orejas derechas para escuchar cuántos beneficios proporciono así a los dioses como a los hombres y cuan dilatadamente campea mi numen. Pues si alguien[12] escribió con acierto que un dios se caracteriza por ayudar a los mortales y si merecidamente entraron en el Senado divino quienes descubrieron a los mortales el vino, el trigo o cualquier otro beneficio, ¿por qué yo, por derecho, no me llamaré y seré tenida por *alfa*[13] de todos los dioses, cuando soy más generosa que todos en cualquier especie de bienes?

CAPÍTULO XI

Primeramente, ¿qué podrá ser más dulce o más precioso que la misma vida? Y en el principio de ésta, ¿quién tiene más intervención que yo? Pues ni la temida lanza de Palas ni el escudo del sublime Júpiter que mora en las nubes tienen parte en engendrar o propagar la especie humana.

El mismo padre de los dioses y rey de los hombres, que con un ademán estremece a todo el Olimpo, tiene que dejar el triple rayo y deponer el rostro de titán, con el que cuando quiere aterroriza a todos los dioses, para encarnarse miserablemente en persona ajena, al modo de los cómicos, si quiere hacer niños, cosa que no es rara en él.

Los estoicos se creen casi dioses; pues bien, dadme uno de ellos que sea tres, o cuatro y hasta seiscientas veces más estoico que los demás, e incluso a éste le haré abandonar si no la barba, signo de sabiduría, común por cierto con los machos cabríos, por lo menos el entrecejo fruncido; le haré desarrugar la frente, dejar a un lado sus dogmas diamantinos y hasta tontear y delirar un poquito. En suma, a mí, a mí sola, repito, tendrá que acudir el sabio en cuanto quiera ser padre. Mas ¿por qué no os hablaré con mayor franqueza, según es mi costumbre? Decid si son la cabeza, el pecho, la mano, la oreja, partes del cuerpo consideradas honestas, las que engendran a los dioses y a los hombres. Creo que no, antes bien es aquella otra parte tan estulta y ridícula, que no puede nombrarse sin suscitar la risa, la que propaga el género humano.

Éste es el manantial sagrado de donde todas las cosas reciben la vida, mucho más ciertamente que del «número cuaternario» de Pitágoras. Pues decidme, ¿qué hombre ofrecería la cabeza al yugo del matrimonio si, como suelen hacer esos sabios, meditase antes los inconvenientes que le traerá tal vida? O, ¿qué mujer permitiría el acceso de un varón si conociese o considerase los peligrosos trabajos del parto o la molestia de la educación de los hijos? Pues si debéis la vida a los matrimonios y el matrimonio a la Demencia, mi acompañante, comprended cuan obligados me estáis. Además, ¿qué mujer que haya sufrido estas incomodidades una vez querría repetirlas, si no interviniese el poder del Olvido? Ni la misma Venus, diga lo que diga Lucrecio[14], llegará a desmentir que sin el auxilio de nuestro poder sus facultades quedarían inválidas y nulas.

De esta suerte, de nuestro juego desatinado y ridículo proceden también los arrogantes filósofos, a quienes han sucedido en nuestro tiempo esos a los que el vulgo llama monjes, y los purpurados reyes, y los sacerdotes piadosos, y los pontífices tres veces santísimos, y, en fin, toda esa turba de dioses mencionados por los poetas, tan copiosa, que apenas cabe en el Olimpo, con ser éste espaciosísimo.

CAPÍTULO XII

Sin embargo, poco sería el que me debieseis el principio y fuente de la vida, si no os demostrase también que todo cuanto hay en ella de deleitoso procede asimismo de mi munificencia. ¿Qué sería, pues, esta vida, si vida pudiese entonces llamarse, cuando quitaseis de ella el placer? Veo que habéis aplaudido. Ya sabía yo que ninguno de vosotros era bastante sensato, quiero decir bastante insensato, mas vuelvo a decir bastante sensato[15], para no adherirse a mi parecer.

Ni siquiera los mismos estoicos desprecian el placer, aunque lo disimulan habilidosamente y lo censuran con mil injurias cuando están delante del vulgo para poder gozar de él más generosamente cuando hayan apartado a los demás. Decidme, si no, por Júpiter: ¿qué parte de la vida no vendrá a ser triste, aburrida, fea, insípida, molesta, si no le añadís el placer, es decir, el condimento de la Estulticia? De tal aserto puede valer de testigo idóneo aquel nunca bastante loado Sófocles, de quien se conserva un hermosísimo elogio nuestro: «La existencia más placentera consiste en no reflexionar nada»[16].

Pero prosigamos, para considerar detalladamente esta doctrina.

CAPÍTULO XIII

En principio, ¿quién ignora que la edad más alegre del hombre es con mucho la primera, y que es la más grata a todos? ¿Qué tienen los niños para que los besemos, los abracemos, los acariciemos y hasta de los enemigos merezcan cuidados, si no es el atractivo de la estulticia que la prudente naturaleza ha procurado proporcionarles al nacer para que con el halago de este deleite puedan aliviar los trabajos de los maestros y ganarse los beneficios de sus protectores? Luego, la juventud, que sucede a esta edad, ¡cuán placentera es para todos, con cuánta solicitud la ayudan, cuan afanosamente la miran y con cuánto desvelo se tiende una mano en su auxilio! Y, pregunto yo, ¿de dónde procede este encanto de la juventud sino de mí, a cuya virtud se debe que los que menos sensatez tienen sean, por lo mismo, los que menos se disgustan?

Quedaré por mentirosa si no es cierto que a medida que crecen y empiezan a cobrar prudencia por obra de la experiencia y del estudio descaece su hermosura, languidece su alegría, se hiela su donaire y les disminuye el vigor. Cuanto más se alejan de mí, menos y menos van viviendo, hasta que llegan a la vejez molesta que no sólo lo es para los demás, sino para sí mismos. Tanto es así que ningún mortal podría tolerarla si yo, compadecida nuevamente de tan grandes trabajos, no les echase una mano, y al modo como los dioses de que hablan los poetas suelen socorrer con alguna metamorfosis a los que están apurados, así yo, cuando les veo próximos al sepulcro, los devuelvo a la infancia dentro de la medida

de lo posible. De aquí viene que la gente suela considerar como nuevos niños a los viejos.

Si alguien se interesa en saber el medio de que me valgo para la transformación, no se lo ocultaré: los llevo a las fuentes de nuestro río Leteo, que nace en las islas Afortunadas (aunque por el infierno discurre como un tenue riachuelo) para que allí, al tiempo que van trasegando el agua del olvido[17], se aniñen y se le disuelvan las preocupaciones del alma. Se dirá que no todo queda en esto, sino que, además, pasan a chochear y bobear. Concedo que sea así, pero el infantilizarse no consiste en otra cosa. ¿No es propio de los niños el divagar y el tontear? ¿Y acaso no es lo más deleitable de tal edad el hecho de que carezcan de sensatez? ¿Quién no aborrecerá y execrará como cosa monstruosa a un niño dotado de viril sapiencia? De ello es fiador el proverbio conocido por el vulgo: «Odio al niño de precoz sabiduría».

¿Quién podría soportar la relación y el trato con un viejo que a su enorme experiencia de las cosas uniese parigual vigor mental y agudeza de juicio? Por esta razón he favorecido al viejo haciéndole delirar, y esta divagación le liberta, mientras tanto, de aquellas miserables preocupaciones que atormentan al sabio, y le hace ser un agradable compañero de bebida y librarse del tedio de la vida, el cual apenas puede sobrellevar la edad más vigorosa. No es raro aún que, al modo del anciano de Plauto, vuelva los ojos a aquellas tres letras[18]. Sería desgraciadísimo si conservase la noción de las cosas, pero mientras tanto, gracias a mi favor, el viejo es feliz, grato a los amigos y no tiene nada de inepto para las fiestas. Según el mismo Homero fluye de la boca de Néstor una «palabra más dulce que la miel», mientras la de Aquiles es amarga y los ancianos que él mismo nos describe sentados en las murallas dejan escuchar apacibles palabras[19].

Según este criterio, los viejos superan a la misma infancia, edad ciertamente placentera, pero infantil y desprovista del principal halago de la vida, es decir, la locuacidad. Observad, además, que

los ancianos disfrutan locamente de la compañía de los niños y éstos a su vez se deleitan con los viejos, «pues Dios se complace en reunir a cada cosa con su semejante»[20].

¿En qué difieren unos de otros, a no ser en que éstos están más arrugados y cuentan más años? Por lo demás, en el cabello incoloro, la boca desdentada, las pocas fuerzas corporales, la apetencia de la leche, el balbuceo, la garrulería, la falta de seso, el olvido, la irreflexión, y, en suma, en todas las demás cosas, se armonizan. Cuanto más se acerca el hombre a la senectud, tanto más se va asemejando a la infancia, hasta que, al modo de ésta, el viejo emigra de la vida sin tedio de ella ni sensación de morir.

CAPÍTULO XIV

Pase quien lo desee a comparar este beneficio que dispenso con las metamorfosis operadas por los demás dioses. Y no es del caso recordar las que efectúan cuando están airados, sino las ejecutadas en aquellos a quienes son más propicios: suelen transformarlos en árbol, en ave, en cigarra y hasta en serpiente[21], como si no fuese lo mismo transformarse que perecer. Yo, en cambio, devuelvo a la misma persona la parte mejor y más feliz de su vida; que si los mortales se contuviesen de toda relación con la sabiduría y orientasen la vida de acuerdo conmigo, no envejecerían y gozarían dichosos de perpetua juventud.

¿No veis acaso a esos hombres severos dedicados a estudios de filosofía, o a graves y arduos asuntos, que han envejecido antes de llegar a la plena juventud, por obra de las preocupaciones y la constante y agria agitación de las ideas, que agota el espíritu y la savia vital? Por el contrario, mis necios están regordetes, lucidos, con piel brillante[22], a modo, según dicen, «de cerdos acarnanienses»; en verdad que no sentirán nunca molestia alguna de la vejez, a menos que, según a veces acontece, no se envenenen con la compañía de los sabios. Hasta tal punto se conserva íntegra la existencia humana cuando se es feliz por todos conceptos.

Viene en apoyo de ello el valioso testimonio del adagio vulgar que dice: «La estulticia es la única cosa que frena el curso de la juventud fugacísima y mantiene alejada la molesta vejez». De esta

suerte ha dicho acertadamente la voz vulgar acerca de los de Brabante, que mientras a los demás hombres la edad suele redundarles en prudencia, ellos, cuanto más se acercan a la vejez, más y más se entontecen. Y no hay otra gente que, de modo general, tome la vida más en broma y que menos sienta la tristeza de la vejez. De éstos son vecinos, tanto por el lugar como por el modo de vivir, mis holandeses. Y no sólo los llamo míos, sino aun tan entusiastas devotos míos, que merecieron del vulgo un apodo que más que avergonzarlos los llena de orgullo[23].

Vayan, pues, los estultísimos mortales en busca de Medeas, de Circe, Venus, Auroras y no sé qué fuente, que les restituyan la juventud, la cual soy yo la única que puede y acostumbra proporcionar. En mi poder está aquel elixir mirífico con que la hija de Memnón prolongó la juventud de su abuelo Ti ton. Yo soy aquella Venus por cuya merced volvió Faón[24] a la mocedad y así fue amado por Safo con tanto extremo. Mías son las hierbas, si las hay; míos los conjuros; mía aquella fuente que no sólo hace volver la pasada juventud, sino lo que es mejor, la conserva perpetuamente. Así, si estáis de acuerdo en que nada hay mejor que la adolescencia y más detestable que la vejez, creo que os daréis cuenta de cuánto me debéis por prolongar tan gran bien y evitar mal tan grave.

CAPÍTULO XV

Pero ¿por qué hablo tanto de los mortales? Examinad el cielo todo e insúlteme quien quiera si encuentra en alguno de los dioses, fuera de lo que deben a mi poder, algo que no sea áspero y desdeñable. ¿Por qué Baco ha sido siempre efebo y le ha adornado poblada cabellera? Porque, insensato y borracho, se ha pasado la vida entera en banquetes, danzas, cantos y diversiones, sin tener nunca el menor trato con Palas. Por ello está tan lejos de querer ser tenido por sabio, que goza con que se le honre por medio de burlas y farsas. Tampoco se ofende por aquel dicho que le atribuye el dictado de necio cuando afirma que «tiene aún más de necio que de pintarrajeado». Precisamente le dieron este último título por la licencia que acostumbraban tomarse los vendimiadores de embadurnar con mosto e higos nuevos la estatua sedente del dios colocada en la puerta de su templo. Y la antigua comedia, ¿acaso dice algo de él que no suene a burla? «¡Oh estúpido dios —dicen— y digno de nacer del muslo de Júpiter!»[25].

Pero ¿quién no preferiría ser necio e insulso como éste y estar siempre de fiesta, siempre joven, siempre pródigo en diversiones y placeres para todo el mundo, a ser como ese taimado Júpiter, que infunde temor a todos, o como Pan, que con sus tumultos todo lo confunde, o como el tiznado Vulcano, siempre sucio del trabajo de su taller, o como la misma Palas, a la que hacen terrible su lanza y el escudo con la Gorgona, y cuya mirada siempre es hiriente?

¿Por qué es siempre niño Cupido? ¿Por qué, sino por ser un bromista y no hacer ni pensar nada a derechas? ¿Por qué la áurea Venus conserva constantemente la belleza? Sin duda porque tiene conmigo parentesco, de lo que viene que su rostro muestre color parecido al de mi padre y por tal razón Homero la llama «dorada Afrodita». Además está sonriendo de continuo, si hemos de creer sólo en esto a los poetas y a sus émulos los escultores. ¿A qué dios veneraron con mayor piedad los romanos que a Flora, madre de todas las voluptuosidades?

Sin embargo, si alguien consulta atentamente en Homero y los demás poetas la vida de los dioses severos, la encontrará llena de estulticia por entero. ¿Vale la pena recordar las hazañas de los restantes, cuando tan bien conocéis los amores y frivolidades del mismo Júpiter fulminador, o como la severa Diana[26], olvidada de su sexo, no iba a la caza de otra cosa que de Endimión, por quien se moría? Prefiero, empero, que los dioses oigan a Momo[27] reprochar sus bellaquerías, ya que de él es de quien antaño las oían con frecuencia.

De ahí viene que, indignados, le precipitasen a la Tierra, junto con Até[28], porque con su sabiduría resultaba importuno para la felicidad de los dioses. Ningún mortal ha querido desde entonces dar hospitalidad al desterrado, y nada le sería más difícil que encontrarla en los palacios de los príncipes. En éstos, precisamente, está en el candelero mi compañera la Adulación, la cual no convive mejor con Momo que el cordero con el lobo. Así los dioses, libres de él, se divirtieron con mayor licencia y placer, y, carentes de censor, hicieron realmente según dice Homero, «lo que les pareció mejor».

¿Qué entretenimientos no ofrece aquel Príapo de madera de higuera? ¿Qué diversión no producen los hurtos y mixtificaciones de Mercurio? Y el propio Vulcano acostumbra hacer de bufón en los convivios de los dioses, no sólo con su cojera, sino también con sus ocurrencias y sus ridículos dichos que desternillan de risa a la partida de bebedores. Y también Sileno, aquel viejo enamorado que

suele bailar el *córdax* con Polifemo al son de la lira, mientras las ninfas danzan la *gymnopaidía*; los sátiros semicaprinos representan las *atelanas*[29]; Pan, con alguna estúpida cancioncilla, hace reír a todo el mundo, puesto que la prefieren a escuchar el canto de las propias musas, sobre todo cuando el néctar ha empezado a empaparles. ¿Hará falta que recuerde las cosas que hacen los dioses cuando están bien bebidos? Son, por Hércules, tan estúpidas que yo misma a veces no puedo contener la risa. Pero mejor será acordarse de Harpócrates[30] a este propósito, no sea que nos escuche algún dios fisgón explicar las mismas cosas que no le fueron permitidas a Momo.

CAPÍTULO XVI

Pero ya es hora de que, a ejemplo de Homero, dejemos a las figuras celestiales y volvamos a la Tierra para ver en ella que nada hay alegre ni feliz que no se deba a mi favor. Observad primeramente con cuánta solicitud ha cuidado la naturaleza, madre y artífice del género humano, de que nunca falte en él el condimento de la estulticia.

En efecto, según la definición de los estoicos, la sabiduría no es sino guiarse por la razón y, por el contrario, la estulticia dejarse llevar por el arbitrio de las pasiones, pero Júpiter indujo en la vida humana más inclinación a las pasiones que a la razón para que ésta no fuese irremediablemente triste y severa. ¡En tanta medida difiere media onza de una libra! Además relegó a la razón a un angosto rincón de la cabeza, mientras dejaba al resto del cuerpo al imperio de los desórdenes. Así pues enfrentó a dos tiranos violentísimos: la ira que domina en el castillo de las entrañas y hasta en el corazón, fuente de la vida; y la concupiscencia, que ejerce dilatado imperio hasta lo más bajo del pubis.

La vida que llevan corrientemente los hombres ya evidencia bastante cuánto vale la razón contra estas dos fuerzas gemelas, pues cuando ella clama hasta enronquecer indicando el único camino lícito y dictando normas de honestidad, éstas mandan a paseo a su soberana y gritan más fuerte que ella, hasta que, cansada, cede y se rinde.

CAPÍTULO XVII

Por lo demás, dado que el varón está destinado a gobernar las cosas de la vida, tenía que otorgársele algo más del adarme de razón concedido, a fin de que tomase resoluciones dignas de él. Y así se me llamó a consejo junto con los demás y lo di al punto, y digno de mí: Que se le juntase con una mujer, animal ciertamente estulto y necio, pero gracioso y placentero, de modo que su compañía en el hogar sazone y endulce con su estupidez la tristeza del carácter varonil. Y así Platón, pareciendo dudar de en qué género colocar a la mujer, si entre los animales racionales o entre los brutos, no quiso otra cosa que significar la insigne estupidez de este sexo[31].

Si, por casualidad, alguna mujer quisiera ser tenida por sabia, no conseguiría sino ser doblemente necia, al modo de aquel que, pese al rechazo de Minerva, se empeñase en hacer entrar a un buey en la palestra, según dice el proverbio. Efectivamente, duplica su defecto aquel que en contra de la naturaleza desvía su inclinación y remeda el aspecto de la aptitud. Del mismo modo que, conforme al proverbio griego, «aunque la mona se vista de púrpura, mona se queda», así la mujer será siempre mujer; es decir, estúpida, sea cual fuere el disfraz que adopte.

Sin embargo, no creo que el género femenino llegue a ser tan estúpido que me censure por el hecho de que otra mujer, la Estulticia en persona, le reproche la estupidez. Pues si consideran

juiciosamente la cuestión, verán que deben a la Estulticia el tener más suerte que los hombres en muchos casos.

Tienen, primeramente, el encanto de la hermosura, que, justificadamente, anteponen a todas las cosas, puesto que, por su virtud, tiranizan hasta a los mismos tiranos. Por lo demás, ¿de dónde le viene al hombre lo horrible del aspecto, el cutis híspido y la espesura de la barba, que le dan aspecto de viejo, sino del vicio de la prudencia, mientras que la mujer conserva las mejillas tersas, la voz fina, el cutis delicado, remedando una perpetua juventud?

En segundo lugar, ¿qué otra cosa desean en esta vida más que complacer a los hombres en grado máximo? ¿A qué miran, si no, tantos adornos, tintes, baños, afeites, ungüentos, perfumes, tanto arte en componerse, pintarse y disfrazar el rostro, los ojos y el cutis? Así, pues, ¿qué las recomienda a los hombres más que la necedad? ¿Hay algo que éstos no les toleren? ¿Y a cambio de qué halago, sino de la voluptuosidad? Son deleitosas, por consiguiente, sólo por la estulticia. De ello son prueba, piense cada cual lo que quiera, las tonterías que le dice el hombre a la mujer y las ridiculeces que hace cada vez que se propone disfrutar de ella.

Ya sabéis, por tanto, el primero y principal placer de la vida y la fuente de que mana ésta.

CAPÍTULO XVIII

Pero algunos hay, y en primera fila los viejos, que son más bebedores que mujeriegos y sitúan la suma voluptuosidad en beber en una mesa. Juzguen otros de si habrá banquete completo sin mujeres; lo que sí consta es que ninguno resulta agradable sin el condimento de la estulticia. Tanto es así, que si falta uno que mueva a la risa con necedad verdadera o simulada, se pagará a algún bufón o se invitará a algún gorrón ridículo que con dicharachos risibles, es decir, estultos, ahuyente de la reunión el silencio y la tristeza. Porque, ¿a qué conduce cargar el vientre de toda clase de confituras, manjares y golosinas, si los ojos y los oídos, y aun todo el ánimo, han de apacentarse también con risas, bromas y chistes?

De esta manera, yo soy artífice insustituible de las sobremesas, porque aquellas ceremonias de los banquetes, como elegir rey a suertes, jugar a los dados, los brindis recíprocos, el establecer rondas, cantar coronados de mirto, bailar y hacer pantomimas[32], no fueron inventadas por los siete sabios de Grecia, sino por mí, para bien del género humano.

De este modo, se ve que la naturaleza de todas las cosas es tal, que cuanto más tienen de estúpidas, tanto más favorecen la vida de los mortales, la cual, cuando es triste, no parece digna de ser llamada vida. Y triste discurrirá la vida, por fuerza, si no os libráis con estos deleites del tedio, hermano de la tristeza.

CAPÍTULO XIX

Quizá habrá quienes desprecien este género de placeres y se complazcan en el afecto y trato de los amigos, repitiendo que la amistad es cosa que hay que anteponer a todas las demás y aun que es necesaria hasta el punto de que ni el aire, ni el fuego ni el agua lo son en mayor grado. Añaden, incluso, que es tan agradable, que quitarla sería como quitar el Sol, y que es tan honesta, si es que ello viene al caso, que ni los mismos filósofos vacilan en tenerla entre los bienes principales. Pero ¿qué, si demuestro que yo también soy la proa y la popa de tanto bien? Y lo probaré no con *crocodilites*, ni *sorites*, ni *ceratinos*, o cualquier otra especie de argucias dialécticas, sino de modo vulgar y mostrándolo como con el dedo.

Decid, el condescender, el dejarse llevar, cegarse, alucinarse con los defectos de los amigos y el sentir afición y admirarse por alguno de sus vicios manifiestos como si fuesen virtudes, ¿no es cosa parecida a la estulticia? Hay quien besa un lunar de su amante, quien se deleita con una verruga de su cordera, el padre que no encuentra sino ligera desviación de la vista en su hijo bizco, ¿qué es todo esto —pregunto— sino pura necedad? Proclámese una y mil veces que es necedad, pero también que ésta es la única que une y conserva unidos a los amigos.

Me refiero al común de los mortales, de los cuales nadie nace sin efecto y es el mejor el que está agobiado por los vicios más pequeños, pues entre esos sabios endiosados o no llega a cuajar la

amistad o viene a ser triste y desagradable, y aun la traban sólo con poquísimos, por no atreverme a decir que con ninguno. La mayoría de los hombres desbarra —es decir, que no hay quien no delire por muchos modos— y la amistad sólo cabe entre semejantes. Así, si por acaso entre esos severos tipos se engendra mutua benevolencia, no podrá nunca ser constante ni duradera, por ser gente gruñona y que vigila los defectos de los amigos con vista más fina que el águila, o la serpiente de Epidauro[33]. En cambio, ¡qué legañosos ojos tienen para los defectos propios y cuan poco ven el fardo que llevan a la espalda! Así pues, dado que es propio de la naturaleza humana que no haya ingenio alguno sin grandes defectos, y que además existe tanta desemejanza de edades y de estudios, tantas flaquezas, tantos errores, tantas caídas graves, ¿cómo podría subsistir entre estos Argos[34], ni siquiera durante una hora, la alegría de la amistad sin el auxilio de lo que los griegos llaman admirablemente εὐήθεια, la candidez, es decir, de la estulticia, o, si queréis, de la blandura de carácter?

¿Pues qué? Cupido, padre y autor de todo afecto, que, por obra de su ceguera, toma lo feo por hermoso, hace que entre vosotros cada cual encuentre hermoso lo que ama, de suerte que el viejo quiera a la vieja como el mozo a la moza. Estas cosas suceden y son reídas en todo el mundo, pero tales ridiculeces son las que aglutinan y unen la placentera relación en la vida.

CAPÍTULO XX

Cuanto queda dicho de la amistad debe aplicarse con mucho mayor motivo al matrimonio, ya que no es éste otra cosa que la conjunción indivisa de las vidas. Júpiter inmortal, ¡cuántos divorcios y aun accidentes peores que los divorcios ocurrirían si el trato doméstico del varón y la esposa no se viese afianzado y sostenido por la adulación, la broma, la indulgencia, el engaño y el disimulo, que forman como mi cortejo! ¡Ah, qué pocos matrimonios llegarían a cuajar si el novio investigase prudentemente a qué juegos se había dedicado aquella doncellita delicada, al parecer, y pudorosa, mucho antes de casarse! ¡Y cuántos menos permanecerían unidos si muchos de los actos de las esposas no quedasen ocultos gracias a la negligencia y estupidez de los maridos!

Todas estas cosas se atribuyen injustificadamente a la estulticia y a ella se debe mientras tanto que la esposa sea agradable al marido y éste a su mujer, que la casa permanezca tranquila y que en ella perviva la concordia. Inspira risa y se hace llamar cornudo, curruca y qué sé yo, el infeliz que enjuga con sus besos las lágrimas de la adúltera. Pero ¡cuánto mejor es equivocarse así que no consumirse con el afán de los celos y echarlo todo por lo trágico!

CAPÍTULO XXI

Añadiré, en fin, que sin mí no habría ni sociedad, ni relaciones agradables y sólidas, ni el pueblo soportaría largo tiempo al príncipe, ni el amo al criado, ni la doncella a su señora, ni el maestro al discípulo, ni el amigo al amigo, ni la esposa al marido, ni el arrendador al arrendatario, ni el camarada al camarada, ni los comensales entre ellos, de no estar entre sí engañándose unas veces, adulándose otras, condescendiendo sabiamente entre ellos, o untándose recíprocamente con la miel de la estulticia. Ya me doy cuenta de que esto os parecerá afirmación de mucho bulto, pero aún las oiréis mayores.

CAPÍTULO XXII

Decidme: ¿A quién amará aquel que se odie a sí mismo? ¿Con quien concordará aquel que discuerde consigo? ¿Podrá complacer a alguno aquel que sea pesado y molesto para sí? Creo que nadie lo afirmará, a menos que sea más estulto que la misma Estulticia.

Si prescindieseis de mí, además de no poder nadie soportar a nadie, todo el mundo sentiría hedor de sí, asco de sus propias cosas y repulsión de su misma persona. Tanto más cuanto que la naturaleza, en no pocas ocasiones más madrastra que madre, ha dispuesto el espíritu de los mortales, sobre todo de los pocos sensatos, de suerte que cada cual se duela de lo suyo y admire lo ajeno, de lo cual viene que todas las prendas, toda la elegancia y todo el atractivo de la vida se echan a perder y se desvanecen. ¿Para qué vale la hermosura, principal don de los dioses inmortales, cuando se corrompe con el morbo del ensimismamiento[35]? ¿Para qué la juventud, si la envenena el agror de una senil tristeza?

En fin, ¿qué podrías realizar tú con decoro en todos los cometidos de la vida, para tu beneficio o el de los demás (pues es principio de toda acción, y no sólo de las artes, que obres correctamente), si no te tendiese la mano el Amor Propio, con quien me une fraternal lazo? Y añadiré que se esfuerza en sustituirme en todas partes. ¿Y qué tan necio como satisfacerse y admirarse de uno mismo? Por el contrario, si se está descontento de uno mismo, ¿podrá hacerse algo gentil, gracioso y digno? Suprimid este condimento en la vida y en el acto se helará el orador en la defensa

de su causa, el músico no dará placer a nadie con sus ritmos, el histrión, a pesar de sus gestos todos, será silbado, el poeta y sus musas serán objeto de risas, el pintor y su arte serán desdeñados y el médico y sus fármacos caerán en la miseria. En fin, tendremos a Tersites en vez de Nireo, a Néstor en vez de Faón; en vez de Minerva a un cerdo, en lugar del locuaz al balbuciente y en el del urbano al rústico. Tan necesario es que cada cual se lisonjee a sí mismo y se procure una pequeña estimación propia antes de que se la otorguen los demás.

En suma, comoquiera que la principal parte de la felicidad radica en que uno quiera ser lo que es, contribuye a ello grandemente mi querido Amor Propio, haciendo que nadie se duela de su figura, de su talento, de la estirpe, del lugar en que se halla, de su posición ni de la patria, de suerte que ni el irlandés ansia cambiarse por el italiano, ni el tracio con el ateniense, ni el escita con los de las islas Afortunadas. ¡Oh singular solicitud de la naturaleza que en tan grande variedad de cosas todas las ha hecho iguales! Dondequiera que se retrae en algo de otorgar sus dones, allá acude a añadir un poco de Amor Propio. Aunque esto que acabo de decir ha resultado una necedad, porque este mismo don es el más copioso.

No necesito declarar, mientras tanto, que no podréis encontrar empresa ilustre alguna sin mi impulso, ni nobles artes que yo no haya inventado.

CAPÍTULO XXIII

¿Acaso no es la guerra germen y fuente de todos los actos plausibles? Y, sin embargo, ¿hay cosa más estulta que entablar lucha por no sé qué causas, de la cual ambas partes salen siempre más perjudicadas que beneficiadas? Y de los que sucumben, no hay ni que hablar, como se dijo de los megarenses[36].

Cuando se forman las acorazadas filas de ambos ejércitos y suenan los cuernos con ronco clamor[37], ¿de qué servirían esos sabios, exhaustos por el estudio, cuya sangre aguada y fría apenas puede sostenerles el alma? Hacen falta entonces hombres gruesos y vigorosos, en los que haya un máximo de audacia y un mínimo de reflexión, a menos que se prefiera como tipo de soldado a Demóstenes, quien siguiendo el consejo de Arquíloco, apenas divisó al enemigo arrojó el escudo y huyó, mostrándose tan cobarde soldado cuanto experto orador[38].

Pero el talento, se dirá, es de grande importancia en las guerras. Convengo en ello en lo referente al caudillo, y aun éste debe tenerlo militar y no filosófico. Por lo demás, son los bribones, los alcahuetes, los criminales, los villanos, los estúpidos y los insolventes y, en fin, la hez del género humano quienes ejecutan hazañas tan ilustres, y no las lumbreras de la filosofía.

CAPÍTULO XXIV

De cuan inútiles sean éstos en cualquier empleo de la vida puede ser testimonio el mismo Sócrates, calificado, y sin sabiduría alguna, por el oráculo de Apolo como único sabio, el cual trató de defender en público no sé qué asunto y tuvo que retirarse en medio de las mayores carcajadas de todo el mundo. Sin embargo, este hombre no desbarraba completamente, porque no quiso aceptar el título de sabio y lo reservó sólo para Dios, y porque consideró que el sabio debía abstenerse de tratar de los negocios públicos[39], aun cuando debiera haber aconsejado más bien que se abstenga de la sabiduría quien desee contarse en el número de los hombres. ¿Qué fue si no la sabiduría lo que le llevó a ser acusado y a tener que beber la cicuta? Pues mientras filosofaba sobre las nubes y las ideas, y medía las patas de una pulga e investigaba[40] el zumbido de un mosquito, no aprendía aquellas cosas que tocan a la vida normal. Acudió a defender al maestro en el juicio cuando le peligraba la cabeza, su discípulo Platón, abogado tan ilustre que, desconcertado por el estrépito de la plebe, apenas si pudo concluir el primer párrafo. ¿Qué diré ahora de Teofrasto? Al empezar una arenga, enmudeció repentinamente como si hubiese visto al lobo[41]. Aquel que animaba al soldado en la batalla, Isócrates, no se atrevió nunca, por lo tímido de genio, ni a despegar los labios. Marco Tulio Cicerón, padre de la elocuencia romana, comenzaba sus discursos con temblor poco gallardo, como niño balbuciente, lo cual interpreta Dabio Quintiliano ser propio de orador sensato y conocedor del

peligro. Al exponer esto, ¿puede dejar de reconocerse paladinamente que la sabiduría obsta a la brillante gestión de los asuntos? ¿Qué habrían hecho los sabios cuando una cosa se había de despachar con las armas si se desmayan de miedo al combatir sólo con meras palabras?

Después de todo esto se celebra aún, ¡alabado sea Dios!, aquella famosa frase de Platón: «Las repúblicas serían felices si gobernasen los filósofos o filosofasen los gobernantes»[42]. Sin embargo, si consultáis a los historiadores, veréis que no ha habido príncipes más pestíferos para el Estado que cuando el poder ha caído en manos de algún filosofastro o aficionado a las letras. Creo que de ello ofrecen bastante prueba los Catones, de quienes el uno alborotó la tranquilidad del Estado con sus insensatas denuncias, y el otro reivindicó con sabiduría tan desmesurada la libertad del pueblo romano, que la arruinó hasta los cimientos.

Añadidles los Brutos, los Casios, los Gracos y el mismo Cicerón, que no fue menos dañoso al Estado romano que Demóstenes para el ateniense. Marco Aurelio Antonino, aunque otorguemos que fue buen emperador, y cabría discutirlo, se hizo pesado y antipático a los ciudadanos por esta misma razón; es decir, por ser tan filósofo. Pero aunque fuese bueno, según concedemos, tuvo más de funesto para la cosa pública, por haber dejado tal hijo[43], de lo que pudo haber de saludable en su administración. Precisamente esta especie de hombres que se da al afán de la sabiduría, aun siendo desgraciadísimos en todo, lo son por modo especial en la procreación de los hijos, lo cual me parece obedecer a la providencia de la naturaleza para que el daño de la sabiduría no se extienda más entre los hombres.

Así consta que el hijo de Cicerón fue un degenerado y que aquel gran sabio Sócrates tuvo hijos más semejantes a la madre que al padre, según escribió acertadamente alguien; es decir, que fueron tontos.

CAPÍTULO XXV

Podría tolerarse que en los asuntos públicos sean como asnos tocando la lira, si no fuese que en todas las demás funciones de la vida acreditaran ser más diestros. Llevad un sabio a un banquete y lo perturbará o con lúgubre silencio o con preguntitas fastidiosas. Introducidle en un baile y os parecerá, danzando, un camello. Conducidle a un espectáculo y con su solo semblante disipará toda diversión del público y se le obligará a salir del teatro, como al sabio Catón, si no logra desarrugar el entrecejo. Si mete cucharada en una conversación parecerá de improviso el lobo de la fábula. Si algo hay que comprar o que convenir, en suma, cuando se trate de las cosas sin las cuales esta vida cotidiana no puede pasar, dirás que este sabio es un leño y no un hombre.

Añadiré que no puede ser útil en nada ni a sí mismo ni a la patria, ni a los suyos, porque es inexperto en las cosas corrientes y discrepa largamente de la opinión pública y de los estilos normales de vida. De esto viene por fuerza que siga el odio contra él, por ser tanta la disparidad de conducta y sentimientos. Pues, ¿qué se gestiona entre los hombres que no sea necio del todo y que no esté hecho por los necios y para los necios? Por ello, si alguien a solas quisiese contrariar la corriente general, yo le aconsejaría que, imitando a Timón[44], emigre a algún desierto y allí, a solas, disfrute de su sabiduría.

CAPÍTULO XXVI

Retornaré, empero, a lo que había dejado sentado antes: ¿qué fuerza ha podido reunir en ciudad a hombres berroqueños, acorchados[45] y salvajes sino la adulación? ¿No significa otra cosa la famosa cítara de Anfión y de Orfeo[46]? ¿Qué llamó a la concordia ciudadana a la plebe de Roma, cuando estaba en el extremo de la confusión? ¿Acaso algún discurso filosófico? En absoluto: fue el risible y pueril apólogo del vientre y las demás partes del cuerpo[47]. Igualmente útil fue para Temístocles el apólogo semejante de la zorra y el erizo. ¿Qué discurso de sabio habría tenido tanto poder como aquella superchería de la cierva de Sertorio, o aquello de los dos perros de Licurgo, o la risible fábula sobre la manera de arrancar los pelos de la cola del caballo? Y no diré nada de Minos y de Numa[48], cada uno de los cuales gobernó a la estulta muchedumbre con fabulosas invenciones. Con semejantes tonterías se mueve esa bestia enorme y vigorosa, el pueblo.

CAPÍTULO XXVII

Y, por el contrario, ¿qué Estado adoptó nunca las leyes de Platón o Aristóteles o las tesis de Sócrates? Por otra parte, ¿qué fue lo que persuadió a los Decios[49] a sacrificarse espontáneamente a los dioses manes? ¿Qué fue lo que arrastró al abismo a Quinto Curcio[50] sino la vanagloria, la más seductora de las sirenas, pero también la más condenada por estos sabios? Dicen ellos: «¿Habrá cosa más necia que el que un candidato servil halague al pueblo y compre su favor con propinas, soborne la adhesión de la masa, se deleite con sus aclamaciones, sea llevado en triunfo como una bandera venerable y se haga levantar una estatua de bronce en el foro? Agregad los nombres y sobrenombres que adoptan, los honores divinos otorgados a esos hombrecillos; añadid que tiranos criminales por demás sean equiparados a los dioses en el curso de ceremonias públicas. Todas estas cosas no pueden ser más estultas y para reírse de ellas no bastaría con un solo Demócrito». ¿Quién lo niega?

Pero de esta misma fuente nacieron las hazañas de los vigorosos héroes, exaltadas hasta las nubes en los escritos de los varones elocuentes. De tal estulticia nacieron los Estados, merced a ella subsisten autoridades, magistraturas, religión, consejos y tribunales, pues la vida humana no es sino una especie de juego de despropósitos.

CAPÍTULO XXVIII

Ahora hablaré de las ciencias. ¿Qué impulsa, sino la sed de gloria, al ingenio de los mortales a elaborar y cultivar para la posteridad disciplinas tenidas por tan excelsas?

Ciertos hombres estultísimos, sin duda, se creyeron pagados de tantas vigilias y tantos sudores con no sé qué fama, vana a más no poder. En contraste, vosotros debéis a la Estulticia ilustres deleites en la vida y, sobre todo, el supremo de disfrutar de la insensatez ajena.

CAPÍTULO XXIX

Así, tras haber reivindicado para mí el mérito del valor y el ingenio, ¿qué os parecería que pretendiese también el de la prudencia? Aunque alguno dirá que esto equivale a mezclar el agua y el fuego, yo espero triunfar en mi propósito si, como antes, me seguís favoreciendo con vuestra atención y vuestra aprobación.

En primer lugar, si la prudencia se acredita en el uso de las cosas, ¿a quién procede aplicar mejor tal dictado y tal honor, al sabio que, en parte por pudor y en parte por cortedad de ánimo, no se atreve a emprender cosa, o al estulto que no retrocede ante nada ni por vergüenza, de que carece, ni por temor al peligro, que no se para a considerar?

El sabio se refugia en los libros de los antiguos, de donde no extrae sino meros artificios de palabras, mientras que el estúpido, arrimándose a las cosas que hay que experimentar, adquiere la verdadera prudencia, si no me equivoco. Parece que esto lo vio con claridad Homero, a pesar de ser ciego, cuando dijo: «El necio sólo conoce los hechos»[51].

A la consecución del conocimiento de las cosas se oponen dos obstáculos principales: la vergüenza que ensombrece con sus nieblas al ánimo, y el miedo que, una vez evidenciado el peligro, disuade de emprender las hazañas. De ambos libera estupendamente la Estulticia. Pocos son los mortales que se dan cuenta de las ventajas múltiples que proporciona el no sentir nunca vergüenza y el atreverse a todo. Y si alguno prefiere adoptar la

prudencia que consiste en el examen de las cosas, os ruego que no oigáis cuan lejos están de ella los que se adjudican este título.

Es, ante todo, manifiesto que todas las cosas humanas, como los silenos de Alcibíades, tienen dos caras que difieren sobremanera entre sí, de modo que lo que exteriormente es la muerte, viene a ser la vida, según reza el dicho, si miras adentro; y, por el contrario, lo que parece vida es muerte; lo que hermoso, feo; lo opulento, paupérrimo; lo infame, glorioso; lo docto, indocto; lo robusto, flaco; lo gallardo, innoble; lo alegre, triste; lo próspero, adverso; lo amigable, enemigo; lo saludable, nocivo; y, en suma, veréis invertidas de súbito todas las cosas si abrís el sileno.

Si esto parece quizá dicho demasiado filosóficamente, me guiaré según una Minerva más vulgar, como suele decirse, y lo pondré más claro. ¿Quién no convendrá en que un rey sea hombre opulento y poderoso? Pero si no está propicio a ninguna cualidad espiritual y nada sacia su codicia, resultará paupérrimo, y si tiene el alma entregada a numerosos vicios, permanecerá torpemente esclavizado. Del mismo modo podría discurrirse también acerca de otras cosas, pero me basta con el anterior ejemplo. Alguno preguntará: «¿A qué viene esto?». Escuchadme para que extraigamos la moraleja.

Si alguien se propusiese despojar de las máscaras a los actores cuando están en escena representando alguna invención, y mostrase a los espectadores sus rostros verdaderos y naturales, ¿no desbarataría la acción y se haría merecedor de que todos le echasen del teatro a pedradas como a un loco? Repentinamente se habría presentado una nueva faz de las cosas, de suerte que quien era mujer antes, resultase hombre; el que era joven, viejo; quien poco antes era rey, se trocase en esclavo; y el dios apareciese de pronto como hombrecillo. El suprimir aquel error equivale a trastornar la acción entera, porque son precisamente el engaño y el afeite los que atraen la mirada de los espectadores.

Ahora bien: ¿Qué es toda la vida mortal sino una especie de comedia donde unos aparecen en escena con las máscaras de los otros y representan su papel hasta que el director les hace salir de la escena? Este ordena frecuentemente a la misma persona que dé vida a diversos papeles, de suerte que quien acababa de salir como rey con su púrpura, interpreta luego a un triste esclavo andrajoso. Todo el mecanismo permanece oculto en la sombra, pero esta comedia no se representa de otro modo.

Si un sabio caído del cielo apareciese de súbito y clamase que aquel a quien todos toman por dios y señor ni siquiera es hombre, porque se deja llevar como un cordero por las pasiones y es un esclavo despreciable, ya que sirve de grado a tantos y tan infames dueños; que ordenase a estotro que llora la muerte de su padre, que ría, porque por fin ha empezado la vida para aquél, ya que esta vida no es sino una especie de muerte; que llamase plebeyo y bastardo a aquel otro que se pavonea de su blasón, porque está apartado de la virtud, que es la única fuente de nobleza; y si del mismo modo fuese hablando de todos los demás, decidme: ¿qué conseguiría sino que todos le tomasen por loco furioso?

Porque nada hay más estulto que la sabiduría inoportuna ni nada más imprudente que la prudencia descaminada, y descaminado anda quien no se acomoda al estado presente de las cosas, quien va contra la corriente y no recuerda el precepto de aquel comensal de «O bebe, o vete», pretendiendo, en suma, que la comedia no sea comedia.

Por el contrario, será en verdad prudente quien, sabiéndose mortal, no quiere conocer más que lo que le ofrece su condición, se presta gustoso a contemporizar con la muchedumbre humana y no tiene asco a andar errado junto con ella. Pero en esto, dirán, radica precisamente la Estulticia. No negaré que así sea, a condición de que se convenga en que tal es el modo de representar la comedia de la vida.

CAPÍTULO XXX

Lo que resta, ¡oh dioses inmortales!, ¿lo diré o lo callaré? Por lo demás, ¿por qué he de callarlo si es de toda veracidad? Mas en cosa de tan gran importancia quizá convendría invocar a las Musas del Helicón, a las que suelen acudir los poetas con mucha frecuencia por verdaderas bagatelas. Acorredme, pues, un momento, hijas de Júpiter, para que demuestre que sin contar con la Estulticia como guía no habrá quien llegue a la excelsa sabiduría ni a la llamada fortaleza de la felicidad. Es manifiesto, primeramente, que todas las pasiones humanas corresponden a la Estulticia, puesto que el sabio se distingue precisamente del estulto en que aquél se gobierna por la razón y éste por las pasiones.

Por tal causa los estoicos apartan del sabio todos los desórdenes, como si fuesen enfermedades; sin embargo, las pasiones no sólo hacen las veces de orientadores de quienes se dirigen hacia el puerto de la sabiduría, sino que también en cualquier ejercicio de la virtud suelen ayudar como espuela y acicate en exhortación a obrar bien.

Aunque el estoicísimo Séneca protesta enérgicamente contra esto y libera, por el contrario, al sabio de toda pasión, al hacerlo no deja en él nada humano, sino más bien a un nuevo dios o a una especie de demiurgo, que ni ha existido hasta ahora, ni existe ni existirá; es más, para decirlo más claro, labra una estatua marmórea de hombre, impasible y ajeno a toda sensación humana. Por tanto, si les place, gocen los estoicos de este sabio suyo, ámenle por

encima de cualquier rival y convivan con él en la república de Platón o, si lo prefieren, en la región de las ideas, o en los jardines de Tántalo. ¿Habrá quien no huya o se horrorice de tal tipo de hombre, como de un monstruo o un espectro que se ha querido ensordecer a todas las sensaciones de la naturaleza, que carece de pasiones y no se conmueve por el amor ni por la misericordia más «que si de duro pedernal fuese o de mármol de Paros»[52]? De tal hombre nada escapa, nunca yerra, sino que como Linceo[53] todo lo descubre, nada deja de juzgar escrupulosamente y nada ignora; sólo está contento de sí mismo y se tiene por el único opulento, el único sano, el único rey, el único libre y, en suma, el único en todo, aunque ello no acontezca sino en su opinión; no se entretiene con amigo alguno, no es amigo de nadie; no vacilaría en echar a rodar a los dioses, y todo cuanto ve efectuarse en la vida lo condena o lo ríe como si fuese una locura. Tal es la especie de animal considerado sabio absoluto.

Decidme: Si la cuestión se resolviese por sufragio, ¿qué república querría a un magistrado de este género o qué ejército desearía semejante general? Más aún: ¿qué mujer desearía o soportaría tal especie de marido, o qué anfitrión a tal invitado, o qué criado a un amo de este genio? ¿Quién no preferiría a uno cualquiera de entre la cáfila de hombres más estultos que, a fuer de estulto, pudiera mandar u obedecer a los estultos; que agradara a sus semejantes, que son la mayoría; que fuera complaciente con la mujer, alegre con los amigos, atento con los invitados y grato comensal y, en suma, que no extrañara nada humano?

Pero este sabio me ha empezado a dar fastidio; por ello el discurso se dedicará ahora a los demás beneficios que dispenso.

CAPÍTULO XXXI

Veamos: si alguien volviese la vista a su alrededor desde lo alto de una excelsa atalaya, como los poetas le atribuyen hacer a Júpiter, vería cuántas calamidades afligen la vida humana, cuan mísero y cuan sórdido es su nacimiento, cuan trabajosa la crianza, a cuántos sinsabores está expuesta la infancia, a cuántos sudores sujeta la juventud, cuan molesta es la vejez, cuan dura la inexorabilidad de la muerte, cuan perniciosas son las legiones de enfermedades, cuántos peligros están inminentes, cuánto desplacer se infiltra en la vida, cuan teñido de hiel está todo, para no recordar los males que los hombres se infieren entre sí, como, por ejemplo, la miseria, la cárcel, la deshonra, la vergüenza, los tormentos, las insidias, la traición, los insultos, los pleitos y los fraudes. Pero estoy pretendiendo contar las arenas del mar…

No me es propio explicar ahora por qué razón los hombres han merecido tales cosas o cuál fue el dios encolerizado que les hizo nacer en el seno de estas miserias, pero el que las considere para su capote, ¿acaso no aprobará el caso de las doncellas de Mileto[54], aunque se compadezca de ellas? ¿Y quiénes fueron, sobre todo, los que apresuraron por tedioso el sino de su vida? ¿No fueron los más familiares de la sabiduría? Entre ellos, pasando por alto a los Diógenes, Jenócrates, Catones, Casios y Brutos, citaré a aquel ilustre Quirón[55] que, pudiendo ser inmortal, optó por la muerte.

Creo que ya os dais cuenta de lo que ocurriría si de modo general los hombres fuesen sensatos, es decir, que haría falta otra arcilla y otro Prometeo alfarero[56]. Pero yo, en parte por ignorancia, en parte por irreflexión, algunas veces por olvido de los males, ora por la esperanza de bienes, ora derramando un poco de la miel del placer, voy acorriendo a tan grandes males, de suerte que nadie se complace en dejar la vida aunque se le haya acabado el hilo de las Parcas y espera que sea la misma vida la que le deje a él; lo que menos causa debía ser de que le correspondiese vivir, es lo que más ansias le da de ello. ¡Tan lejos están de que les afecte ningún tedio de la vida!

Es beneficio especial mío que podáis ver por doquier a viejos de nestórea senectud en los que ya no sobrevive ni la figura humana, balbucientes, chochos, desdentados, canosos, calvos, o, para describirlos mejor, con palabras aristofánicas, «sucios, encorvados, miserables, calvos, llenos de arrugas, sin dientes e inválidos»[57], pero que se deleitan con la vida y aun aspiran a hacer vida de jóvenes, de suerte que uno se tiñe las canas, el otro disimula la calva con una cabellera postiza, el de más allá se vale de los dientes que acaso adquirió de un cerdo y aquél se perece por alguna muchacha y supera en tonterías amatorias a cualquier adolescente, pues es frecuente, y casi se aplaude como cosa meritoria, que cuando están ya con un pie en la tumba y no viven sino para dar motivo a un ágape funerario, se casen con alguna jovencita, sin dote, que tendrá que ser disfrutada por otros.

Pero mucho más divertido, si se pone atención en ello, es ver a ancianas que hace mucho que tienen edad de haberse muerto y aun ponen cara de estarlo y de haber retornado de los infiernos, que tienen siempre en la boca aquella frase de que «es bueno ver la luz del día»; llegan a entrar en celo, según suelen decir los griegos, como cabras, y compran a buen precio a algún Faón; se embadurnan asiduamente el rostro con afeites; no se separan del espejo; se depilan el bosque del bajo pubis; exhiben los pechos

blandos y marchitos; solicitan la voluptuosidad con trémulo gañido, y acostumbran beber, mezclarse en los grupos de las muchachas y escribir billetes amorosos. Todos se ríen de estas cosas teniéndolas por estultísimas, como lo son, pero ellas están contentas de sí mismas y entretenidas, mientras, con vivos placeres; se sienten cubiertas de una pura miel y son felices gracias a mi favor.

Querría yo que quienes consideren ridículas estas cosas mediten si no es mejor conseguir una vida dulce gracias a tal estulticia que ir buscando, como dicen, una viga de donde ahorcarse, pues aunque por el vulgo estas cosas sean tenidas por deshonrosas infamias, ello no importa a mis estultos, puesto que dicho mal, o no lo sienten o, si lo sienten, lo desprecian con facilidad. Si les cayera una piedra en la cabeza, esto sí que sería un verdadero mal. En cambio la vergüenza, la deshonra, el oprobio y las injurias no hacen otro daño que el caso que se les hace, dejan de ser males si falta el sentido de ellas. ¿Qué te importará que todo el pueblo te silbe, con tal de que tú mismo te aplaudas? Y solamente la Estulticia puede ayudar a que ello sea posible.

CAPÍTULO XXXII

Pero me parece oír protestar a los filósofos. «Es deplorable esto de vivir dominado por la Estulticia —dicen— y, por ende, errar, engañarse, ignorar». Pero esto es propio del hombre, y no veo por qué se le ha de llamar deplorable, cuando así nacisteis, así os criasteis, así os educasteis y tal es la común suerte de todos. No tiene nada de deplorable lo que pertenece a la propia naturaleza, a no ser, quizá, que se considere que hay que compadecer al hombre porque no puede volar como las aves, ni andar a cuatro patas como los demás animales, ni está armado de cuernos como el toro. Del mismo modo se podría calificar de desdichado a un hermosísimo caballo porque no ha aprendido gramática ni come tortas; o de infeliz a un toro porque no es apto para el gimnasio. Así, pues, tal como el caballo imperito en gramática no es desgraciado, así no es infeliz tampoco el estulto, porque el serlo es coherente con su naturaleza.

Pero contra esto apremian los sofistas: «El conocimiento de las ciencias es cualidad peculiar del hombre, quien, con el auxilio de ellas, compensa con el talento aquellas cosas en que la naturaleza le ha desfavorecido». Como si tuviese algún asomo de verdad el que la naturaleza que veló tan solícitamente en favor de los mosquitos, y aun de las hierbas y las florecillas, hubiese sólo dormitado en el caso del hombre, haciendo que le fuesen necesarias las ciencias, inventadas por el pernicioso genio de aquel Teuto[58] para sumo perjuicio del género humano, ya que no sirven

para alcanzar la felicidad y estorban a aquello mismo para lo que fueron descubiertas, como un rey muy sabio dijo gallardamente, según Platón, a propósito del invento de la escritura.

Por tanto, las ciencias irrumpieron en la vida humana junto con tantas otras calamidades, y por ello a los autores de todos los males se les llama «demonios», equivalente a δαἠμονες, que significa «los que saben».

¡Qué sencilla era aquella gente de la Edad de Oro, desprovista de toda ciencia, que vivía sólo con la guía e inspiración de la naturaleza! ¿Para qué, pues, les hacía falta la gramática, cuando el idioma era el mismo para todos y no se pedía otra cosa al lenguaje sino que las gentes se entendiesen unas con otras[59]? ¿De qué habría servido la dialéctica, donde no había conflicto alguno entre opiniones encontradas? ¿Qué lugar podía ocupar entre ellos la retórica, si nadie se proponía crear dificultades a otro? ¿Para qué se necesitaba la jurisprudencia, si estaban apartados de las malas costumbres, de las cuales, sin duda, han nacido las buenas leyes? Además, eran demasiado religiosos para escrutar con impía curiosidad los secretos de la naturaleza, las dimensiones de los astros, sus movimientos y efectos y las causas ocultas de las cosas. Consideraban pecaminoso que el hombre mortal tratase de saber más de lo que compete a su condición, y la locura de averiguar lo que había más allá del cielo ni siquiera les venía a la imaginación.

Mas, perdiéndose poco a poco la pureza de la Edad de Oro, fueron primeramente inventadas las ciencias por los malos genios, según dije, pero éstas eran aún pocas y pocos quienes tenían acceso a ellas. Después añadieron otras mil la superstición de los caldeos y la ociosa frivolidad griega, que no son sino tormentos de la inteligencia, hasta el punto de que con sólo una, la gramática, basta para dar suplicio perpetuo a una vida.

CAPÍTULO XXXIII

Sin embargo, entre estas mismas ciencias son especialmente apreciadas aquellas que se aproximan más al sentido común, es decir, a la Estulticia. Los teólogos se mueren de hambre, se hielan los físicos, los astrólogos son objeto de risa y los dialécticos, de menosprecio. El médico es el único que «vale tanto como muchos hombres»[60], y en esta misma profesión el más indocto, temerario e irreflexivo prospera más, incluso entre los magnates. Así, la medicina, sobre todo ahora que la ejercen tantos, no es sino cuestión de adulación, igual, por cierto, que la retórica.

Después de éstos ocupan el siguiente lugar los leguleyos y no sé decir si hasta ocupan el primero, de cuya profesión los filósofos —y no quiero dar opinión sobre ella— suelen reírse unánimemente llamándola asnal. Sin embargo, el arbitrio de estos asnos regula todos los negocios grandes y pequeños. Éstos aumentan sus latifundios, mientras los teólogos, después de haber extraído de sus escritorios[61] la divinidad entera, han de comer altramuces y librar constante guerra contra chinches y piojos.

De esta suerte, así como son más dichosas las ciencias que tienen mayor afinidad con la estulticia, también es con mucho más feliz la gente que ha podido abstenerse del trato con ciencia alguna y no ha seguido a otro guía que a la naturaleza, que no muestra deficiencia sino cuando los mortales, por acaso, queremos franquear sus límites. La naturaleza odia lo artificioso y hace crecer

mucho más felizmente lo que no ha sido violado por ninguna ciencia.

CAPÍTULO XXXIV

¿Acaso no veis que en cualquier género de los demás animales viven más felices aquellos que están más apartados de las ciencias y no les guía otro magisterio que el de la naturaleza? ¿Cuál más feliz y más admirable que las abejas? Y aun éstas no poseen todos los sentidos corporales. ¿Se encontrará nada semejante a la arquitectura con que se construyen los edificios? ¿Qué filósofo ha fundado nunca parecido estado?

En cambio, el caballo, por ser afín al talento humano y haberse trasladado a convivir con el hombre, participa de las calamidades de éste, y así no es raro verle reventar en las carreras porque le avergüenza ser vencido, y en las batallas, mientras está anhelando el triunfo, le hieren y muerde el polvo junto con el jinete. Y no hablo de las serretas, ni de los acicates, de la prisión de la cuadra, de los látigos, los palos, de las bridas, del jinete y, en fin, de todo el aparato de la servidumbre a la que se sometió espontáneamente cuando, queriendo imitar a los héroes, anheló ardientemente vengarse de los enemigos.

¡Cuánto más deseable es la vida de las moscas y de los pájaros que viven libres de cuidado y a tenor sólo del instinto natural, con tal que se lo toleren las asechanzas del hombre! Si cuando se encierra a los pájaros en una jaula se les enseña a imitar la voz humana, es admirable cuánto pierden de aquella gracia natural suya. Lo que creó la naturaleza es siempre en todos sus aspectos más agradable que lo mixtificado por el arte.

De este modo, nunca alabaría bastante a aquel gallo pitagórico[62] que, habiendo sucesivamente sido con la misma entidad filósofo, varón, mujer, rey, particular, pez, caballo, rana, y aun creo que esponja, dictaminó que no había animal más desgraciado que el hombre, porque todos los demás se reducían a los confines de su naturaleza y sólo el hombre trataba de salirse de los que le imponía su condición.

CAPÍTULO XXXV

Volviendo a tratar de los hombres, Pitágoras antepone por muchos conceptos los ignorantes a los doctos y famosos. El célebre Grilo fue bastante más avisado que el prudente Ulises porque prefirió continuar gruñendo en la pocilga en vez de lanzarse con él a tantas aventuras lamentables. No me parece que Homero, padre de las fábulas, disienta de esta opinión, puesto que llama a todos los mortales frecuentísimamente desdichados y desgraciados, y al mismo Ulises, que es su ejemplar de sabio, le califica a menudo de infeliz, lo que nunca hace con Paris, Ayax ni Aquiles. ¿A qué obedece tal cosa sino a que aquel farsante y embaucador no hacía nada sin el consejo de Palas y, siendo demasiado sabio, se apartaba a más no poder de la pauta de la naturaleza?

Así pues, como entre los mortales aquellos que se afanan por la sabiduría se alejan de la felicidad —mostrándose en ello mismo doblemente estultos, ya que, a pesar de haber nacido hombres, afectan el género de la vida de los dioses inmortales, olvidándose de su condición y, a ejemplo de los gigantes, con las máquinas de las ciencias declaran la guerra a la naturaleza—, de la misma manera están más libres de desdichas aquellos que se acercan cuanto pueden al genio y a la estulticia de los brutos y no se fatigan con nada que supere a la condición humana.

Vamos a tratar de mostrarlo, pero no con entimemas[63] de los estoicos, sino con un ejemplo vulgar. Y, por los dioses inmortales, ¿hay algo más feliz que esta especie de personas a las que el vulgo

llama estúpidos, estultos, fatuos e insípidos, títulos estos que, en mi opinión, son hermosísimos? Confesaré que a primera vista la cosa parece quizá estúpida y absurda, pero, sin embargo, no puede ser más verdadera. En principio, carecen de miedo a la muerte, mal nada despreciable, ¡por Júpiter!, y de remordimientos de conciencia; no les desazona la hostilidad de los espíritus, no les asustan fantasmas ni duendes y ni les turba el miedo de los males que amenazan ni les desasosiega la esperanza de bienes futuros. En suma, no se dejan atormentar por millares de preocupaciones que atosigan a esta vida. No padecen vergüenza, ni temor; no ambicionan, no envidian ni aman. Por último, si llegan a acercarse más a la insensatez de los animales brutos, no pecan, según los teólogos.

Quisiera que meditases, estultísimo sabio, cuántas preocupaciones torturan por doquier tu ánimo de noche y de día; que reunieses en un montón todos los sinsabores de tu vida y así comprenderías de cuánto mal he preservado a mis amados necios. Añade a esto que ellos no sólo se regalan sin cesar, juegan, cantan y ríen, sino que también a dondequiera que van llevan consigo el placer, la broma, el juego y la risa como si la misericordia de los dioses se los hubiese otorgado para alegrar la tristeza de la vida humana.

De donde resulta que mientras los demás hombres están unidos por afectos varios, éstos, por aquella razón, son aceptados por todos como de los suyos, en pie de igualdad, y se les busca, se les regala, festeja, abraza, socorre si lo necesitan y se les tolera sin sanción todo cuanto dicen o hacen. Hasta tal punto nadie desea hacerles daño, que las mismas fieras se contienen de herirles, como por cierta intuición de su natural inocencia. Están, pues, en el sagrado de los dioses y, sobre todo, en el mío, y por ello nadie considera injusto tal privilegio de ellos.

CAPÍTULO XXXVI

¿Y qué diréis si afirmo que incluso gozan de la gracia de los máximos reyes, de suerte que algunos no saben comer, ni andar, ni pasar una hora sin ellos? Muy a menudo anteponen estos tontilocos a sus aburridos sabios, a los cuales algunas veces mantienen por pura vanidad. El porqué de esta preferencia no me parece oscuro ni cosa de admiración, pues tales sabios no suelen acudir a los príncipes con nada que no sea triste y, engreídos con su doctrina, no se recatan de herir los oídos delicados con verdades mordaces; en cambio, los bufones proporcionan lo único que los príncipes buscan por doquier de mil maneras: bromas, risas, carcajadas y placeres.

Fijaos de modo especial en una cualidad, nada despreciable, de los estultos, que es el ser los únicos francos y veraces. ¿Hay cosa más digna de aplauso que la verdad? Aun cuando Alcibíades, en aquel proverbio platónico, sitúe la verdad únicamente en el vino y en la infancia[64], ello no obsta a que se me deba toda alabanza de modo peculiar, y, si no, acudamos al testimonio de Eurípides, de quien se conserva aquel célebre dicho acerca de mí, según el cual «el necio no dice más que necedades»[65]. Todo cuanto lleva el necio en el pecho, lo traduce a la cara y lo expresa de palabra. En cambio, los sabios tienen dos lenguas, como recuerda el mismo Eurípides diciendo que una de ellas es la que usan para decir la verdad y con la otra las cosas que consideran convenientes según el momento[66]. Es propio de ellos transformar lo negro en blanco, y,

con la misma boca, soplan simultáneamente a lo frío y a lo caliente[67], porque media gran distancia entre lo que esconden en el pecho y lo que fingen de palabra.

Los príncipes, empero, aun viviendo en el seno de tanta dicha, o de lo que pretende serlo, me parecen desgraciadísimos, porque carecen de ocasión de escuchar la verdad y porque están obligados a tener a su lado aduladores en vez de amigos. Dirá alguien: «Pero es que los oídos de los príncipes aborrecen la verdad y por la misma causa rehuyen a los sabios, puesto que temen que no salga alguien demasiado liberal que se atreva a decir cosas ciertas en vez de cosas placenteras». Cierto es, la verdad es desagradable a los reyes, pero ello viene por modo admirable en auxilio de mis necios, puesto que de ellos escuchan con placer no sólo verdades, sino hasta francos insultos, cuando las mismas palabras, proferidas por un sabio, serían materia de condena a muerte; en cambio, dichas por un necio resultan en increíble contento.

Tiene, pues, la verdad cierta esencial facultad de agradar si en ella no va implícita ofensa, pero esta virtud no se la han concedido los dioses más que a los necios. Por esta misma razón, de tal especie de hombres suelen gozarse locamente las mujeres, pues son de natural más propensas al placer y a la jocosidad. Por lo tanto, cualquier cosa que hagan en tal sentido, aunque a las veces se trate de lo más extremadamente serio, lo interpretan como broma y juego, pues tal es la tendencia natural de este sexo, sobre todo en lo que mira a encubrir sus defectos.

CAPÍTULO XXXVII

Volviendo a la felicidad propia de los necios, diré que tras haber pasado la vida con suma alegría, sin miedo ni sensación de la muerte se van derechamente a los Campos Elíseos para deleitar allí con sus bromas a las almas pías y ociosas. Vamos, pues, a confrontar la suerte de cualquier sabio con la de este necio. Imagínate que pones delante de él a un ejemplo de sabiduría, a un hombre que ha gastado toda la infancia y toda la adolescencia en aprender ciencias y que la parte más deliciosa de la vida la ha perdido en incesantes vigilias, cuidados y sudores y que en lo que le restaba de vida tampoco ha degustado ni un tantico de placer, viviendo siempre sobrio, pobre, triste, severo, malévolo y duro para consigo mismo y pesado y desagradable para los demás, pálido, macilento, enfermizo, legañoso, canoso y viejo antes de hora y prematuramente huido de esta vida… Pero ¿qué le importa morir, si nunca ha vivido? ¡Ahí tenéis el bonito retrato de un sabio!

CAPÍTULO XXXVIII

Ya vuelvo a oír croar contra mí a «las ranas del Pórtico»[68]. «Nada más lamentable —dicen— que la locura, y la estulticia manifiesta o es pariente de la locura o, mejor dicho, es ya la locura misma. ¿Qué es la locura sino un extravío de la razón?». Pero éstos yerran absolutamente el camino. Vamos, pues, a desvanecer este silogismo, con el favor de las Musas.

No razonan torpemente, pero así como Sócrates enseña, según Platón[69], que había dos Venus, dividiendo el concepto de Venus, y, partiendo un Cupido, hacía de él dos, así estos dialécticos también debían haber distinguido entre una y otra locura, si es que querían pasar por cuerdos. Porque no toda locura es calamitosa. No decía otra cosa Horacio al hablar de que «soy juguete de una amable locura»[70], ni Platón hubiera colocado[71] entre las delicias más preeminentes de la vida el arrebato de los poetas, los adivinos y los amantes, ni aquella sibila hubiese calificado de loca la empresa de Eneas[72]. Hay, pues, dos especies de locura: una es la que las crueles furias lanzan desde los infiernos, como serpientes, para encender en los pechos de los mortales el ardor de la guerra, o la insaciable sed de oro, o un amor indigno y funesto, o el parricidio, el incesto, el sacrilegio o cualquier otra calamidad, y también cuando hacen sentirse al alma culpable y contrita enviando contra ella furias y fantasmas.

Pero hay otra locura muy diferente de ésta, que mana directamente de mí y que es digna de ser deseada en grado sumo

por todos. Se manifiesta por cierto alegre extravío de la razón, que libera al alma de cuidados angustiosos y la perfuma con múltiples voluptuosidades. Tal extravío de la razón es el que deseaba Cicerón como magno beneficio de los dioses, según carta escrita a Ático[73], para perder la conciencia de tantos males. Tampoco lo lamentaba aquel ciudadano de Argos que había estado loco y se había pasado los días sentado solo en el teatro riendo, aplaudiendo, divirtiéndose, porque creía contemplar admirables tragedias, aunque de hecho no se representaba nada. Todo ello, al tiempo que se conducía correctamente en los deberes de la vida y era «agradable a los amigos, complaciente con la mujer, indulgente con los siervos y no se encolerizaba porque le destapasen una botella». Comoquiera que le librase la familia de la enfermedad a fuerza de medicamentos, dijo así a los amigos, cuando hubo vuelto del todo a sus cabales: «Por Pólux, que me habéis matado, amigos. Nada me habéis favorecido arrebatándome así aquel placer y extirpando a viva fuerza aquel gratísimo error de mi mente»[74].

Y harta razón tenía, puesto que eran los demás los equivocados y quienes más necesitaban del eléboro[75] por haber creído necesario disipar con drogas, como si fuese enfermedad, una locura tan feliz y agradable.

Sin embargo, no he querido con esto afirmar que se deba calificar de locura a cualquier extravío de la razón o de los sentidos, ni que esté loco el legañoso que confunda a un mulo con un asno, o aquel que admire una poesía pedestre como si fuese magistral. Pero si yerra no sólo el sentido, sino también el juicio de la razón de modo constante y más allá de lo normal, será lícito considerar a éste próximo a la locura, como lo estaría aquel que escuchase rebuznar a algún asno y creyese estar oyendo una música prodigiosa, o aquel pobrecillo, nacido en ínfima cuna, que se figurase ser el rey Creso de Lidia.

Tal género de locura, empero, si se inclina hacia lo deleitable, según ocurre con frecuencia, reporta no mediano placer tanto a los

que están poseídos por él como a aquellos que lo presencian, sin que éstos tengan que estar locos por ello. Pues tal especie de locura está mucho más extendida de lo que cree el vulgo: el loco se ríe del loco y se proporcionan mutuo placer, y no será raro que veáis que el más loco se burle con mayores ganas del que lo está menos.

CAPÍTULO XXXIX

A juicio de la Estulticia, cuanto más estulta es una persona tanto más feliz es, con tal que se contenga en esta especie de locura que nos es peculiar y que, además, está tan extendida que no sé si en el conjunto de todos los mortales podría encontrarse a alguien que se mantuviese cuerdo a todas horas y no estuviese poseído de alguna especie de locura. La diferencia entre una y otra locura radica en que la gente llama loco a aquel que imagina que una calabaza es una mujer, puesto que ello les sucede a poquísimas personas. En cambio, aquel que ensalza a su mujer, a la que tiene en común con muchos otros, como si fuese Penélope y la encomia en tono mayor, se engaña dulcemente y no habrá nadie que le llame loco, puesto que ésta es cosa que les ocurre en general a los maridos.

También pertenecen a este grupo aquellos que lo desprecian todo ante la caza mayor y afirman recibir un placer espiritual increíble cuando oyen el grosero sonido del cuerno y el aullido de los perros. Hasta llego a creer que cuando huelen los excrementos de los perros, les parece que se trata de cinamomo[76]. Además, ¿qué placer puede haber en despedazar una fiera? El descuartizar toros y carneros es cosa de la plebe, pero la fiera no puede ser hecha cuartos sino por mano de un noble. Éste, con la cabeza al aire, hincado de rodillas y provisto del cuchillo destinado a esto, porque hacerlo con uno cualquiera no se consiente, procede a cortar con exactos gestos ciertos miembros del animal observando determinado orden ritual. Se asombra, mientras tanto, como de cosa

nueva la silenciosa tropa de circunstantes, a pesar de que aquel espectáculo lo ha contemplado más de mil veces. Además, aquel a quien haya tocado degustar un pedazo de la bestia lo considera como prenda de no poca nobleza. Así, pues, como esta gente no entiende de otra cosa que de perseguir y devorar afanosamente a las fieras, van degenerando hasta ser casi otras fieras, aunque entretanto crean darse vida de reyes. También es muy semejante a éstos aquel género de personas que arden en insaciable afán de edificar, y cambian tan pronto las cosas redondas en cuadradas como las cuadradas en redondas. Y lo hacen sin término ni método hasta verse reducidos a la pobreza más extrema y no quedarles donde vivir ni que comer. Pero ¿qué les importa, si entretanto han pasado unos cuantos años con sumo placer?

Me parece que les son muy próximos aquellos que, por medio de las nuevas ciencias ocultas, se esfuerzan en transformar las especies de las cosas y van por tierra y mar a la caza de cierta quintaesencia. Les sustenta la dulce esperanza hasta el punto de que nunca les duelen los trabajos ni los dispendios y con admirable ingenio siempre están ideando algo en que, aunque tengan que engañarse de nuevo, les sea grato el error, hasta que, después de haberlo gastado todo, ya no les queda nada que poner en el hornillo. Sin embargo, no renuncian a soñar placenteras ilusiones y animan a los demás a gozar de la misma felicidad. Cuando se ven ya abandonados de toda esperanza, les queda aún una frase de la que extraen gran consuelo: «Las grandes cosas, con quererlas basta»[77]. Luego echan la culpa a la brevedad de la vida que no alcanza a la magnitud del asunto.

Dudo un poco de si se deberá admitir a los jugadores en nuestro colegio. Sin embargo, es un espectáculo absolutamente necio y ridículo que veamos algunos de ellos tan devotos del juego, que tan pronto oyen el cubileteo de los dados, al punto les salta y les palpita el corazón. Después, seducidos por la esperanza de ganar, hacen que la nave de sus riquezas naufrague y se estrelle en el escollo del

juego, mucho más temible que el cabo Malea[78]. Pero apenas han salido desnudos a flote, engañan a todo el mundo, menos a quien les ganó, con ánimo de que no se les tenga por hombres de poca formalidad. ¿Qué os parecen cuando están viejos y casi ciegos y siguen jugando con los anteojos puestos? Por último, cuando la merecida gota les paraliza los dedos, ¿no pagan sueldo a un ayudante para que les eche los dados en el cubilete?

Lo cual sería agradable si no ocurriese, como suele, que este juego en frenesí degenera y por ello corresponde a las Furias y no a mí.

CAPÍTULO XL

Queda otro estilo de hombres el cual, sin duda alguna, pertenece por entero a nuestra grey. Se complace en escuchar o explicar falsos milagros y prodigios y nunca se cansa, por maravillosas que sean, de recordar fábulas de espectros, duendes, larvas, seres infernales y otros mil portentos semejantes, los cuales cuanto más se apartan de la verdad, con tanto mayor placer son creídos y hacen titilar los oídos con afán más deleitoso. Y ello no lo emprenden solamente para matar el tedio de las horas, sino también a fin de ganar lucro, singularmente para los sacerdotes y los predicadores.

Parientes suyos son quienes profesan la necia, pero agradable persuasión de que si ven una talla o una pintura de san Cristóbal, esa especie de Polifemo, ya no se morirán aquel día, o que si saludan con determinadas palabras a una imagen de santa Bárbara, volverán ilesos de la guerra, o que si visitan a san Erasmo en ciertos días, con ciertos cirios y ciertas oracioncillas, se verán ricos en breve.

De la misma manera que en san Jorge han encontrado a otro Hércules, lo propio han hecho con san Hipólito, cuyo caballo casi llegan a adorar, teniéndolo devotamente adornado con jaeces y gualdrapas. A menudo procuran los favores del santo con alguna ofrendilla y tienen por digno de reyes el jurar por su casco de bronce.

¿Y qué diré de estos que se ilusionan halagadoramente con fingidas compensaciones de los pecados y, por encima de todo

error, miden, como con una clepsidra, los tiempos del Purgatorio, los siglos, los años, los meses, los días y las horas, como con una tabla matemática? O de aquellos que, valiéndose de ciertos signos y ensalmos que algún piadoso inventor ideó para bien de las almas o para su propio lucro, se lo prometen confiadamente todo, riquezas, honores, placeres, harturas, salud y perpetuamente próspera vida longeva, lozana vejez y, en fin, la estrecha vecindad con Cristo en los cielos, cosa la última que no quieren que ocurra sino lo más tarde posible, es decir, cuando emigren a su pesar de los placeres de esta vida, a los que se aferran con los dientes: entonces es cuando quieren sustituirlos por las delicias celestiales.

A este lugar corresponde la especie de negociantes, de militares o de jueces que, por haber apartado una vez de tantas rapiñas una menuda ofrenda, creen ya purificada la hidra de su conducta y redimidos como por contrato tanto perjurio, tanta libidinosidad, tanta embriaguez, tanta riña, tanto crimen, impostura, perfidia y traición, y redimidos de suerte que les es lícito reanudar de arriba abajo todo un mundo de delitos.

¿Quiénes, empero, más necios ni más felices que estos que, por recitar diariamente aquellos siete versículos de los Sagrados Salmos, se prometen aún más que la suprema felicidad? Se cree, por cierto, que estos versículos mágicos le fueron indicados a san Bernardo por cierto demonio bromista, pero más frívolo que astuto, como que el pobre salió mañosamente trasquilado[79].

Estas cosas tan estultas, que casi a mí misma me avergüenzan, son, sin embargo, aprobadas no sólo por el vulgo, sino también por los que declaran la religión. ¿Pues qué? A lo mismo corresponde el que cada región reivindique algún santo peculiar y que cada uno posea cierta singularidad y se le tribute culto especial, de suerte que éste auxilia en el dolor de muelas, aquél asiste diestro a las parturientas, el otro restituye las cosas robadas, el otro resplandece benigno en los naufragios, estotro preserva a los ganados, y así sucesivamente, pues detallarlos todos sería latísimo. Los hay que

valen para varias cosas, sobre todo la Virgen Madre de Dios, a la que el vulgo casi tiene más veneración que a su Hijo.

CAPÍTULO XLI

Y a estos santos, ¿qué les piden los hombres sino cosas que tocan a la necedad? Entre tantos exvotos que veis por todas las paredes de ciertos templos y aun cubren la bóveda, ¿habéis encontrado alguna vez el de alguien que se haya curado de la necedad o que haya adquirido siquiera un adarme de sabiduría? Uno ha salido ileso a fuerza de nadar; otro, aun atravesado por el hierro enemigo, conserva la vida; otro huyó valerosa y felizmente de la batalla mientras los demás peleaban; el de más allá, estando ya colgado de la horca, por obra del favor de cierto santo amigo de los ladrones, se desprendió de ella y pudo seguir descargando a los hombres abrumados por riquezas mal adquiridas; aquél violentó su cárcel y logró huir; otro curó de la fiebre, con indignación del médico; unos, tras haber ingerido un veneno, no sintieron sino que les soltó el vientre y les sirvió, pues, de cura, no de muerte, y no con satisfacción de la esposa que perdió el dinero y el trabajo; otro, a pesar de habérsele volcado el carro, volvió a casa con los caballos ilesos; al otro se le derrumbó encima una obra y sobrevivió; uno logró escapar de un marido que le había aprehendido. Pero ninguno da gracias por haberse librado de la necedad, pues el no atinar en nada es cosa tan placentera que los mortales rezan para librarse de todo menos de la estulticia.

Mas ¿por qué me meto en este piélago de supersticiones? «Aunque tuviese cien lenguas y cien bocas, férrea voz, no podría glosar todas las especies de necios y recorrer los nombres todos de

la estulticia»[80]. La vida entera de los cristianos está tan llena de esta especie de delirios, que los sacerdotes los admiten y fomentan no de mal grado, puesto que no ignoran cuánto suelen crecer sus gajes con ello.

Si en medio de estas gentes surgiese uno de esos sabios odiosos y proclamase, como es verdad: «No morirás mal si has vivido bien; redimirás los pecados si añades a la limosna odiar las malas acciones así como lágrimas, vigilias, oraciones, ayunos y cambias todo el estilo del vivir; tal santo te protegerá si emulas su vida». Si tal sabio, repito, se desgañitase con estas y parecidas razones, ¡mira de cuánta felicidad privaría súbitamente a las almas y en qué confusión las pondría!

Al mismo colegio pertenecen los que en vida establecen tan celosamente las pompas que desean en los funerales, que llegan a prescribir por menor cuántas hachas, cuántos mantos de luto, cuántos cantores y cuántas plañideras ha de haber en ellos, como si pudiese ocurrir que les alcanzase alguna sensación del espectáculo, o como si los difuntos sintiesen vergüenza de que su cadáver no sea enterrado con magnificencia; animados, en suma, de tanto afán como si les hubiesen nombrado ediles encargados de espectáculos y banquetes.

CAPÍTULO XLII

Aunque tenga un poco de prisa, no puedo, empero, pasar en silencio ante aquellos que no se diferencian en nada de un ínfimo remendón, pero que se lisonjean increíblemente con la posesión de un título de nobleza vano. Uno vincula su linaje con Eneas, otro con Bruto, el de más allá con el rey Arturo; por todas partes muestran los retratos esculpidos y pintados de sus mayores; enumeran los bisabuelos y tatarabuelos y sus antiguos apellidos, pero en realidad no difieren mucho de estas mudas estatuas, excepto en ser de peor aspecto que los retratos que muestran. A pesar de ello, viven felizmente merced al dulcísimo Amor Propio. Tampoco faltan necios que miran a esta colección de bestias como a dioses.

Pero ¿por qué hablo de uno u otro género de necedad, como si el Amor Propio no dispusiese por doquier de prodigiosos medios para hacer felices a muchos, como en el caso de este que, más feo que un mico, se cree un Nireo[81]? Otro se cree un Euclides por saber trazar líneas con el compás; aquel «asno tañedor de lira» y cuya voz es más desagradable que la de la gallina cuando la acosa su marido, se figura ser otro Hermógenes[82]. Sin embargo, existe una especie de locura que es con mucho la más placentera, por obra de la cual muchos se envanecen de lo suyo, sea cual fuere su valor, y se glorían de ello precisamente por ser suyo.

Tal era la de aquel rico doblemente feliz de que habla Séneca[83] que, cuando tenía que contar algún cuentecillo, tenía siervos a mano para que le apuntaran las palabras y a los cuales no hubiera

dudado de hacer bajar a la palestra a luchar por él, pues era hombre de tanta poquedad, que vivía con el único consuelo de tener en casa muchos y notablemente robustos siervos. ¿Y qué se podrá decir de los cultivadores de las artes? A todos ellos les es tan peculiar el Amor Propio, que sería más fácil de encontrar quien renunciase a la herencia paterna que a la fama de talento, sobre todo entre los actores, cantores, oradores y poetas, entre los cuales cuanto más ignorante es cada cual, tanto más se complace arrogantemente en sí mismo y se pavonea y se exalta más. Y encuentran tipos de su calaña hasta el extremo de que aquél más inepto es el que se granjea más admiradores, puesto que lo peor siempre es celebrado por la mayoría, dado que la máxima parte de los mortales, según hemos dicho, es esclava de la Estulticia. Por ende, si el más torpe es aquel más satisfecho de sí y el rodeado de mayor admiración, ¿quién preferirá la verdadera sabiduría, que cuesta tanto trabajo adquirir, que vuelve luego más vergonzoso y más tímido y que, en suma, complace a mucha menos gente?

CAPÍTULO XLIII

Pues tengo por cierto incluso que la naturaleza, al modo que a cada uno de los mortales, proporcionó a las naciones y casi a las ciudades un cierto amor propio común. De aquí viene que los británicos recaben para sí, por encima de cualquier otra prenda, la hermosura, el arte de la música y la buena mesa. Los escoceses blasonan de nobleza y de entronque con la realeza, y de sus argucias dialécticas. Los franceses se atribuyen la cortesía en el trato. Los parisienses se arrogan de modo particular la gloria de la ciencia teológica por encima de todos los demás. Los italianos se reservan las letras y la elocuencia, y con tal fundamento se lisonjean satisfechos de ser los únicos mortales que no son bárbaros. Los romanos tienen la primacía en este estilo de complacencia y sueñan aún con delicia en la antigua Roma. Los vénetos son felices con la fama de nobleza. Los griegos, a fuer de inventores de las ciencias, se enorgullecen con los títulos antiguos de sus famosos héroes. Los turcos y toda la carnada de los bárbaros, se atribuyen mérito por la religión y se ríen de los cristianos como supersticiosos. Los judíos, con mucha mayor complacencia, esperan incesantemente a su Mesías y se aferran con uñas y dientes a su Moisés aún hoy. Los españoles no ceden a nadie la gloria militar y los alemanes se envanecen de la prestancia de sus cuerpos y de su conocimiento de la magia.

CAPÍTULO XLIV

Y para no seguir por menor cada caso particular, considero que ya advertís cuánta satisfacción proporciona por doquier el Amor Propio a todos y cada uno de los mortales. De él es casi igual su hermana la Adulación, pues el Amor Propio no consiste sino en que uno se lisonjee a sí mismo; si esto lo hace con otro, se tratará de la Adulación.

En el día ésta tiene bastante de infame, aunque ello ocurra sólo ante los ojos de quienes se pagan más de las palabras que de las cosas en sí. Consideran éstos que la Adulación no cuadra con la fidelidad, pero se aproximarían más a la verdad si se dieran cuenta del ejemplo de los animales. ¿Hay algo más adulador que un perro? Y, sin embargo, ¿quién más fiel? ¿Hay algo más simpático que una ardilla? ¿Y quién es más amiga del hombre que ella? No en verdad, a menos que se entienda que los crueles leones, los feroces tigres y los iracundos leopardos se avienen mejor con la condición humana.

Sin embargo, existe cierta especie de adulación que es absolutamente perniciosa; de ella se valen los pérfidos y los burlones para llevar a la ruina a los incautos. Sin embargo, mi estilo de adulación nace de la bondad y del candor del carácter y está mucho más cerca de la virtud que aquella su contraria, la cual es de grosera y torpe aspereza e inoportunidad, según dice Horacio[84].

Ésta levanta los ánimos abatidos, consuela a los tristes, estimula a quienes languidecen, despabila a los torpes, alivia a los enfermos, aplaca a los feroces, concilia afectos y, una vez formados, los

mantiene. Presta aliciente a los niños para que estudien letras; alegra a los viejos; aconseja y enseña a los príncipes, sin ofensa, bajo la imagen de la alabanza. En suma, logra que cada uno se tenga a sí mismo en mayor aprecio y cariño, lo cual es, en verdad, parte fundamental de la felicidad.

¿Habrá cosa más complaciente que el rascarse mutuamente dos mulos? No hará, pues, falta que afirme que la adulación constituye gran parte de la elocuencia más celebrada; la mayor del arte médico y la máxima del poético; es, en fin, el almíbar y la sazón de todo trato humano.

CAPÍTULO XLV

Dirán algunos, sin embargo, que el equivocarse es lamentable; más lo es el no equivocarse. Yerran a más no poder quienes creen que la felicidad del hombre radica en las cosas mismas. En realidad, depende de la opinión que nos formamos de ellas, pues es tan grande la oscuridad y la variedad de las cosas humanas, que nadie las puede conocer de modo diáfano, según dijeron acertadamente los platónicos, los menos presuntuosos entre los filósofos.

Pero aunque se llegue a saber algo, ello suele redundar en detrimento de la alegría de la vida, pues el espíritu humano está moldeado de tal manera, que aprehende mucho mejor lo ficticio que lo verdadero. Si alguien solicita una prueba manifiesta y obvia de tal cosa, acuda a la hora del sermón en una iglesia y verá que si se está hablando de algo serio, todos dormitan, bostezan y se asquean; en cambio, si el vociferador (me he equivocado, quise decir el orador), comienza, según hacen con frecuencia, a explicar alguna historieta asnal, se despabilan todos, prestan atención y escuchan con la boca abierta. Del mismo modo, si se celebra algún santo orlado de fábulas y poesías —como, si me pedís ejemplos, lo son Jorge, Cristóbal o Bárbara—, veréis que se les venera con mucha más devoción que a san Pedro, san Pablo o al mismo Jesucristo. Pero tales cosas no son propias de este lugar.

¡Cuán poco cuesta esta consecución de la felicidad! Al paso que el conocimiento de las cosas en sí significa muchas veces voluminosa labor, aunque sean de tan poca monta como la

gramática, las opiniones son de muy fácil adoptar y conducen igual, si no con mayor holgura, a la felicidad. Decid, pues: Si alguien come una salazón podrida de la que los demás no podrían soportar ni siquiera el olor y a él le sabe a ambrosía, ¿qué le impide sentirse feliz? Por el contrario, si a uno le produce náuseas el esturión, ¿de qué le sirve para la felicidad? Si alguien tiene una mujer de egregia fealdad, pero que en opinión del marido puede rivalizar hasta con la misma Venus, ¿acaso no será lo mismo para él que si fuese realmente hermosa? Si alguien contempla una tabla pintarrajeada de rojo y amarillo y se admira persuadido de que la ha pintado Apeles o Zeuxis[85], ¿no será acaso más feliz que aquel que ha comprado por alto precio un cuadro de esos pintores y que quizá siente menos placer al contemplarlo?

Conozco a cierto sujeto que se llama como yo[86], el cual regaló a la novia al casarse ciertas piedras falsas, convenciéndola, con lo bromista y alegre que era, de que no sólo eran verdaderas y auténticas, sino también de precio singular e inestimable. Pregunto yo, ¿qué podía importarle a la joven la burla, si deleitaba igual los ojos y el espíritu y las guardaba junto a sí como eximio tesoro? En tanto, el marido no sólo se había ahorrado el gasto, sino que se divertía con el engaño de su mujer, a la que no tenía menos obligada que si la hubiese obsequiado con grande costa.

¿Qué diferencia veis entre aquellos que se admiran en la caverna de Platón[87] de las sombras y figuras de diversas cosas, sin ansiar nada ni pavonearse, y el sabio que, salido de la caverna, contempla las cosas en su realidad? Porque si aquel Micilo de Luciano hubiese podido soñar perpetuamente que era rico y continuar su áureo ensueño, no tenía por qué desear otro bien.

Por tanto, no hay diferencia entre estultos y sabios o, si la hay, es favorable a los primeros, primeramente porque su felicidad les cuesta muy poco, ya que consiste en una modesta persuasioncilla, y luego, porque la comparten con la mayoría de las personas.

CAPÍTULO XLVI

No hay goce de las cosas buenas como no sea en compañía, ¿y quién ignora cuan grande es la escasez de sabios, si es que alguno hay? Los griegos en tantos siglos llegaron a contar sólo siete y aun, ¡por Hércules!, si se les escudriña con más rigor, me juego la cabeza a que no se encontraría medio sabio en total, ni siquiera la tercera parte. Por lo cual, entre las muchas alabanzas que se ofrecen a Baco, es la principal la de que posee la cualidad de ahuyentar los pesares, pero solamente por exiguo tiempo, pues en cuanto se duerme la papalina, vuelven al galope las penas del ánimo. Mis beneficios son más completos y mucho más duraderos, pues yo proporciono al alma embriaguez constante, alegría, delicia y placer sin egoísmo. Distribuyo mis favores sin exceptuar a nadie, mientras que las mercedes de los demás dioses solamente se conceden a algunos. No nace en todas las tierras ese vino generoso y dulce que espanta las penas y atrae la fecunda esperanza; Venus prodiga a pocos la gracia de su hermosura y Mercurio aun a menos sus dones de elocuencia. Pocos son los que logran la riqueza que reparte Hércules, y el poder que concede el Júpiter homérico no se da a cualquiera. Con frecuencia Marte deja las batallas indecisas y muchos se apartan desconsolados del trípode de Apolo[88]. El hijo de Saturno hiende la tierra a menudo con el rayo; Febo a veces lanza sus flechas, que extienden la peste a lo lejos, y Neptuno aniquila más de los que salva. Y no quiero hablaros de los Vejoves maléficos[89], Plutones, Atés, penas, fiebres, y otros de la misma

especie, que más que dioses parecen verdugos. Yo, la Estulticia, soy la única que reparto indistintamente entre todos con magnífica liberalidad tan preciosos beneficios.

CAPÍTULO XLVII

No exijo voto alguno ni me encolerizo solicitando la expiación de haber sido omitida alguna ceremonia de mi culto, ni trastorno cielos y tierra cuando alguno, tras haber invitado a los dioses todos, me deja a mí en casa, sin admitirme a oler el humo de los sacrificios. Pues los otros dioses son tan quisquillosos, que casi es preferible, y más seguro, no hacerles caso que venerarles. Con ellos ocurre como con esas personas tan iracundas y propensas a ofender, que sería preferible tenerlas muy lejos que en la intimidad. Se dirá que nadie hace sacrificios a la Estulticia ni le levanta templos. En verdad que extraño tanta ingratitud, pero según mi bondad de ánimo, la considero como un bien, y ni siquiera deseo aquellas cosas. ¿Para qué voy a exigir el incienso, una torta, el macho cabrío o el cerdo, cuando por todas partes los hombres me rinden el culto que los teólogos proclaman como más plausible? No puedo tener envidia de Diana porque se le sacrifique sangre humana. Mucho más fervorosamente adorada me juzgo al ver que todos me llevan en el corazón, me confiesan con la conducta y me imitan en la vida. Por cierto, que no es éste el género de culto más frecuente, ni aun entre los cristianos. ¡Cuántos de éstos ofrecen a la Virgen Madre de Dios una vela encendida en pleno mediodía, que es cuando no le hace falta alguna! Y, sin embargo, ¡cuán pocos se esfuerzan en imitarla en su castidad, su modestia y su amor divino! Éste sería, sin embargo, el culto verdadero y, con mucho, el más agradable al cielo.

¿Y para qué quiero yo templos, si el mundo entero es templo mío y el más esplendido, si no me equivoco? En él no han de faltar nunca fieles dondequiera que haya hombres. No soy tan necia que desee que me erijan estatuas de piedra pintarrajeada; acaso ello perjudicaría mi culto, pues la gente es tan grosera y torpe, que adora las representaciones en lugar de los dioses mismos. Pudiera ser entonces que me sucediera a mí lo que a aquellos a quienes los sustitutos expulsan de sus cargos. Bien puedo creer que hay tantas estatuas erigidas en mi honor como hombres existen, porque éstos llevan ante sí mi viva imagen, aunque sea a pesar suyo.

De modo que nada tengo que envidiar a los otros dioses porque en tal o cual rincón del mundo les rindan culto en determinados días, como le sucede a Febo, en Rodas; a Venus, en Chipre; a Juno, en Argos; a Minerva, en Atenas; a Júpiter, en el Olimpo; a Neptuno, en Tarento, y a Príapo, en Lámpsaco, con tal que a mí me ofrezcan por todo el mundo sacrificios más valiosos.

CAPÍTULO XLVIII

Si a alguien le parece que lo que digo es más temerario que veraz, quiero que examinemos un poco la vida de los hombres, y entonces se manifestará claramente cuánto me deben y el aprecio que grandes y pequeños hacen de mí. No vamos a pasar revista, una por una, a todas las vidas, porque esto sería interminable; sino solamente a las de relieve, y por ellas podremos juzgar con facilidad de las demás. ¿De qué aprovecha que os recuerde la plebecilla y el vulgo cuando sin disputa alguna me pertenecen por completo? Abundan en ellos tantas clases de estulticia y todos los días inventan tantas nuevas, que aun no bastarían mil Demócritos para reírse de todas y sería necesario otro para que se burlara de los demás Demócritos.

Son increíbles las risas, la alegría y los regocijos que los míseros humanos procuran diariamente a los inmortales. Éstos dedican las sobrias horas de la mañana a celebrar asambleas escandalosas y luego, escuchando los votos, deliberan. Cuando ya están embriagados por el néctar y no tienen gana de ningún asunto serio, se van a sentar a la parte más alta del cielo y, bajando la frente, miran lo que hacen los hombres. No hay espectáculo que les sea más grato. ¡Dioses inmortales, qué teatro, qué variedad en esa turbamulta de necios!… Yo también de vez en cuando acudo a sentarme entre las filas de los dioses de los poetas. Uno se muere por cierta mujercilla, a la que ama con mayor pasión a medida que menos caso le hace ella; el otro se casa con una dote y no con una

esposa; el otro prostituye a su misma mujer; el de más allá, celoso, vigila como un Argos; aquél, de luto, ¡oh, cuántas necedades dice y hace! Parece un actor que represente un papel de duelo. Aquel otro llora ante la tumba de la madrastra[90]; éste le da al vientre todo lo que logra ganar, a costa de morirse de hambre poco después; el otro considera que no hay cosas más agradables que el sueño y la holganza. Los hay que se agitan afanosamente en el desempeño de los asuntos ajenos y olvidan los propios; que derrochan velozmente el dinero prestado y se creen ricos mientras tienen caudales ajenos. Otro no ve dicha comparable a la de vivir pobremente a fin de enriquecer a un heredero; aquél, para ganar un lucro exiguo e incierto, revolotea por todos los mares, confiando a las olas y a los vientos la vida, que ninguna riqueza podría reparar[91]. Uno prefiere buscar riquezas en la guerra a disfrutar de seguro sosiego en el hogar. Hay quien cree que no hay medio más cómodo de enriquecerse que captar la voluntad de los viejos, ni faltan tampoco quienes prefieren conseguir lo mismo haciendo la corte a las viejecitas ricas. Los dioses, empero, se complacen magníficamente cuando ven, en ambos géneros, que éstos acaban siendo burlados astutamente por aquellos a quienes sedujeron.

La clase de los comerciantes es la más estulta y sórdida de todas, porque tratan los asuntos más mezquinos y lo hacen, además, del modo más miserable que cabe imaginar, pues a pesar de que van mintiendo a todas horas, perjurando, robando, defraudando, engañando, se creen a la cabeza de la humanidad por el mero hecho de llevar los dedos llenos de sortijas de oro. No les faltan frailecillos aduladores que les miran con admiración y les llaman en público «venerables» sólo con el fin de que les alcance alguna porcioncilla de sus bienes mal adquiridos. En otras partes podrás ver a ciertos pitagóricos a quienes todas las cosas les parecen ser comunes, de suerte que apenas encuentran alguna mal guardada se la apropian con la misma tranquilidad que si les viniese por herencia. Los hay que son tan ricos en deseos y se forjan unos

ensueños tan agradables, que con ellos se dan por contentos. Algunos gozan al hacerse pasar por potentados fuera de casa y se mueren de hambre en ella. Otro se apresura a derrochar lo que posee, mientras hay quien se procura bienes por todos los medios. Este ególatra busca la popularidad y los honores, en tanto que aquél se solaza junto al hogar. Una buena parte promueve procesos que se hacen eternos y donde se contiende a porfía, mientras se enriquecen el juez aficionado a dilatar los asuntos y el abogado felón. Uno trata afanosamente de renovarlo todo y otro mueve un proyecto magno, y, en fin, los hay que emprenden una peregrinación a Jerusalén, a Roma o a Santiago, donde no tienen nada que hacer, y, en cambio, dejan abandonados a la mujer, la casa y los hijos.

En suma, si, como antaño Menipo, pudieseis contemplar desde la Luna el tumulto inmenso del género humano, creeríais estar viendo un enjambre de moscas y mosquitos peleando entre sí, luchando, tendiéndose asechanzas, robándose, burlándose unos de otros, y naciendo, enfermando y muriendo sin cesar. Nadie podría imaginar el bullicio y las tragedias de que es capaz un animalito de tan corta vida, pues en una batalla o en una peste se aniquilan y desaparecen en un instante millares de tales seres.

CAPÍTULO XLIX

Pero yo misma sería necia a más no poder y merecería las carcajadas de Demócrito si pretendiese enumerar todas las formas de necedad y de locura del vulgo. Me limitaré, pues, a tratar de aquellos mortales que gozan reputación de sabios y, según los que les rodean, han alcanzado los laureles, entre los cuales descuellan los gramáticos, casta que sería sin disputa la más mísera, afligida, y dejada de la mano de los dioses si yo no acudiese a mitigar las desdichas de tan sórdida profesión con la ayuda de una dulce locura. No sólo han caído sobre ellos las cinco furias, es decir, las cinco ásperas calamidades de que habla el epigrama griego[92], sino mil, pues siempre se les ve famélicos y harapientos en sus escuelas, o pensaderos[93] o, mejor dicho aún, obradores, y rodeados de verdugos en figura de un montón de chicos que les hacen envejecer a fuerza de cansancio, les aturden con sus gritos y les consumen con su hedor y suciedad; pero a pesar de esto, gracias a mí, se estiman por los primeros entre los hombres. Se pavonean así ante la aterrada turba y se dirigen a ella con voz y cara tenebrosas; luego con la palmeta, las disciplinas, o la varilla abren las carnes a los desdichados y, con razón o sin ella, les hacen víctimas de su arbitrariedad, imitando al asno de Cumas. Pero, mientras tanto, la suciedad les parece pulcritud; los hedores, aromas de ámbar, y su esclavitud miserable, un trono, de suerte que no cambiarían su tiranía por la de Fálaris o Dionisio.

Pero cuando su dicha llega al colmo es cuando creen haber descubierto alguna doctrina nueva, porque, aunque no hagan sino atiborrar a los niños de extravagancias, ¡oh dioses propicios!, desprecian a su lado a cualquier Palemón o Donato. No sé con qué argucias logran que las madres tontas y los ignorantes padres les crean tales como ellos se presentan. Únase a esto la satisfacción que reciben cuando en algún carcomido pergamino encuentran el nombre de la madre de Anquises o hallan una palabreja desconocida del vulgo, como *bubsequa* (boyero), *bovinator* (tergiversador) o *manticulator* (ladrón de monederos). Si logran desenterrar un cascote de piedra antigua con alguna mutilada inscripción, ¡oh Júpiter, qué alegría, qué triunfo, qué encomios, como si hubiesen conquistado el África o tomado Babilonia! Y cuando recitan sus versos, insulsos y absurdos por demás, y nunca falta quien se los celebre, creen de buena fe que el espíritu de Virgilio se ha instalado en su pecho. Pero nada hay más divertido que ver a estos desdichados cuando se prodigan mutuas alabanzas y admiraciones y se rascan recíprocamente; pero si uno de ellos por descuido se equivoca en alguna palabreja y el otro, más listo, tiene la suerte de cazársela, ¡por Hércules, qué drama, qué pelea, qué de injurias y denuestos!… Y si falto a la verdad, que caiga sobre mí la cólera de todos los gramáticos.

Conozco a un omnisciente helenista, latinista, matemático, filósofo, médico y otras cosas más, que cuando ya era sexagenario, lo arrumbó todo para dedicarse sólo al conocimiento de la gramática, con la que se atosiga y tortura desde hace más de veinte años. Y sería feliz, dice, si pudiera vivir hasta haber claramente establecido cómo se han de distinguir las ocho partes de la oración, cosa que nadie entre los griegos y los latinos ha logrado hacer de manera definitiva hasta ahora. Como si fuera caso de guerra el que se confunda una conjunción con un adverbio. Y como hay tantas gramáticas como gramáticos, o, por mejor decir, más, pues sólo mi querido Aldo[94] ha editado más de cinco diferentes, no pueden dejar

de exprimir y recorrer ninguna, aunque sea oscura y bárbara, para no tener que envidiar a cualquiera que se tome, siquiera sea torpemente, tales trabajos, puesto que temen que les arrebaten su gloria y les inutilicen tantos años de labor.

¿Cómo preferís que se llame a esto, estulticia o locura? Poco importa, con tal que se reconozca que gracias a mis beneficios el animal más infeliz de todos goza de tal dicha que no trocaría su suerte por la de los reyes de Persia.

CAPÍTULO L

Menos me deben los poetas, a pesar de pertenecer también a mi facción de modo categórico, pues como dice el proverbio, son espíritus libres cuya ocupación única consiste en regalar los oídos de los estultos con frivolidades y fábulas ridículas. Es admirable, empero, cómo con sus composiciones no solamente quieren hacerse inmortales y semejantes a los dioses, sino conseguirlo también para los demás. De todos mis deudos son éstos los más estrechamente emparentados con el Amor Propio y la Adulación y los que me rinden culto más sincero y constante.

En cuanto a los retóricos, aunque algunos prevariquen y pacten con los filósofos, forman también parte de los nuestros, y la mejor prueba, entre otras muchas, de lo que digo está en que, aparte de otras tonterías, han redactado con cuidado tantas reglas del género festivo. Hasta el que escribió acerca del arte de hablar, dedicándolo a Herenio, sea quien fuere, no olvidó incluir a la Estulticia entre los medios de echar las cosas a broma. Quintiliano, que es con mucho el príncipe de este grupo, compuso sobre la risa un capítulo más largo que la *Ilíada*. Tanta es la importancia que conceden a la Estulticia, porque con frecuencia lo que ningún argumento oratorio puede deshacer, la risa lo desbarata. Y nadie ha de negarme que el arte de reír con dichos graciosos me pertenece a mí.

De idéntica calaña son los que corren tras la fama imperecedera publicando libros; todos ellos me deben mucho, y especialmente aquellos que emborronan papel con meras majaderías. Los que

escriben doctamente para agradar a un corto número de eruditos, y que luego rechazarían para críticos suyos a Persio y Lelio[95], me parecen más dignos de lástima que felices, puesto que viven en continua tortura: añaden, modifican, quitan, vuelven a poner, rehacen, aclaran, aguardan nueve años, nunca se dan por satisfechos. Todo ello para la fútil recompensa de las alabanzas; alabanzas, además, de unos cuantos, pagadas a costa de tantas vigilias, del sueño, la más agradable de todas las cosas, y de fatigas, sudores y trabajos infinitos. Añádanse la pérdida de la salud, la ruina del cuerpo, la debilidad de la vista y hasta la ceguera, la pobreza, la envidia, la privación de placeres, la vejez anticipada, la muerte prematura y otros innumerables sufrimientos. Males todos de gran magnitud, que el sabio cree recompensar con la aprobación de unos pocos legañosos como él. Por el contrario, el escritor que me pertenece es tanto más dichoso cuanto más disparata, porque sin lucubración alguna escribe todo lo que se le ocurre, todo lo que le viene a los puntos de la pluma, o lo que sueña, sin más gasto que un poco de papel, y no ignora que cuan mayores tonterías escriba, más aplaudido será de la mayoría, es decir, por los ignorantes y por los necios. ¿Qué le importa que tres sabios le desprecien si aciertan a leerle? ¿Y qué representa el parecer de tan pocos ante tan inmensa muchedumbre que le aclama?

Pero quienes verdaderamente saben lo que hacen son los que dan a la luz obras ajenas como propias y copiando hacen suya la gloria ganada por los demás con gran trabajo. Aunque saben que se les acusará de plagio algún día, mientras no llega se aprovechan. Vale la pena ver los aires que se dan cuando se sienten ensalzados por el vulgo; cuando la multitud les señala con el dedo diciendo: «Éste es aquel hombre tremendo»[96]; cuando ven sus obras en las librerías y cuando en la portada de sus libros ponen títulos solemnes, muy a menudo extravagantes, que parecen de magia, y que, dioses inmortales, no son sino palabrería. Pocas personas saben descifrarlos en todo el vasto mundo y menos aún habrá que

los aprueben, pues también hay diversidad de gustos entre los indoctos. ¿Qué decir cuando aquellos títulos se inventan o proceden de los libros antiguos? Así, uno gusta de llamar a su libro Telémaco; otro, Esténelo o Laertes; aquél, Polícrates, y el de más allá, Trasímaco, y como no tienen nada que ver con estos hombres, daría lo mismo que se llamasen Camaleón o Calabaza, o bien, como suelen decir los filósofos. Alfa o Beta.

Resulta chistoso sobremanera verlos alabarse unos a otros con epístolas, poesías y encomios, donde un tonto adula a otro tonto y un indocto replica a otro indocto. Éste es superior a Alceo, dice aquél; y aquél es más que Calímaco, dice éste. Aquél, según el parecer de éste, es mejor que Cicerón, y éste para aquél, más sabio que Platón. Otras veces se buscan un adversario con objeto de aumentar la reputación rivalizando con él. Así, «incierto el vulgo opina contradictoriamente», hasta que uno y otro dan por bien reñida la batalla, y se retiran ambos victoriosos y en triunfo. Los sabios se ríen, juzgando todo esto, según lo es, el colmo de la sandez. ¿Quién podrá negarlo? Pero entretanto, gracias a mí, estas gentes están satisfechas y no cambiarían sus glorias por las de los Escipiones. Aunque los sabios, que se ríen de esto a mandíbula batiente y que tanto gozan con la insensatez ajena, me deben también grandes favores y no podrán por menos de reconocerlo, sí no son ingratos más que nadie.

CAPÍTULO LI

Los jurisconsultos pretenden el primer lugar entre los doctos y no hay quien esté tan satisfecho de sí como ellos, cuando, a la manera de Sísifo, ruedan su piedra sin descanso, acumulando leyes sobre leyes, con el mismo espíritu, aunque se refieran a cosas distintas, amontonando glosas sobre glosas y opiniones sobre opiniones y haciendo que parezca que su ciencia es la más difícil de todas, pues entienden que cuanto más trabajosa es una cosa más mérito tiene. Añadámosle a los dialécticos y los sofistas, gente más escandalosa que los bronces de Dodona[97] y capaz cualquiera de ellos de competir en charlatanería con veinte comadres escogidas. Más felices serían si además de habladores no fueran pendencieros, pues lo son hasta el punto de que por un quítame allá esas pajas[98] vienen empeñadísimamente a las manos, y, mientras están enredados en la porfía, la verdad se les escapa. Sin embargo, su amor propio les hace felices; pertrechados con tres silogismos, arremeten atropelladamente contra cualquiera y es tanta su pertinacia, que los hace invictos aunque los enfrentéis con el mismo Estentor[99].

CAPÍTULO LII

Después de éstos vienen los filósofos, cuya barba y capa los hace venerables, los cuales se tienen por los únicos sabios y al resto de los mortales consideran sombras errantes. Con qué manso delirio construyen infinitos mundos, se entretienen en medir como a pulgadas y con un hilo el Sol, la Luna, las estrellas y los planetas; explican las causas del rayo, del viento, de los eclipses y de todos los demás fenómenos inexplicables, sin ninguna vacilación, como si fuesen secretarios del artífice del mundo y hubiesen acabado de llegar del consejo de los dioses. En tanto, la naturaleza se ríe en grande de ellos y de sus conjeturas, pues nada absolutamente saben con certeza, y buena prueba de ello son esas disputas inenarrables que sostienen acerca de cada uno de los asuntos. Aunque nada sepan, creen saberlo todo y no se conocen a sí mismos, ni ven la fosa abierta a sus pies, ni la roca notoria, sea a las veces porque son cegatos y otras porque tienen la cabeza a pájaros. Ello no les impide afirmar que ven claras las ideas, los universales, las formas abstractas, las quididades (esencias), los primeros principios, las ecceidades (presencias), y conceptos tan sutiles, que el mismo Linceo no llegaría a percibir, según creo.

Desprecian al vulgo profano, porque ellos se sienten capaces de trazar triángulos, rectángulos, círculos y semejantes figuras geométricas superpuestas las unas a las otras y en forma laberíntica o rodeadas de letras puestas como en formación y repetidas en diversas filas, con cuyas tinieblas oscurecen a los indoctos. Entre

estos filósofos se cuentan también los que anuncian lo por venir tras consultar los astros y prometen prodigios más que mágicos, y todavía tienen la suerte de encontrar a quienes lo creen.

CAPÍTULO LIII

Quizá sería mejor pasar en silencio por los teólogos y no remover esta ciénaga ni tocar esta hierba pestilente, no sea que, como gente tan sumamente severa e iracunda, caigan en turba sobre mí con mil conclusiones forzándome a una palinodia y, caso de que no accediese, me declaren enseguida hereje. Con este rayo suelen atemorizar a todo el que no se les somete. No hay, ciertamente, otros protegidos míos que de peor gana reconozcan mis favores, a pesar de serme deudores de grandes beneficios, pues se lisonjean con su amor propio como si habitaran en el tercer cielo, desde cuya altura consideran a los demás mortales como ganado despreciable y digno de lástima que se arrastra sobre la tierra. Se hallan tan fortificados con definiciones magistrales, conclusiones, corolarios, proposiciones explícitas e implícitas y tan bien surtidos de subterfugios, que no serían capaces de prenderlos ni las mismas redes de Vulcano, pues lograrían escurrirse a fuerza de estos distingos que cortan los nudos con la misma facilidad que el hacha de dos filos de Ténedos[100]; hasta tal punto están provistos de palabras recién acuñadas y de vocablos prodigiosos. Además son capaces de explicar a su capricho los misterios más profundos: cómo y por qué fue creado el mundo; por qué conducto se ha transmitido la mancha del pecado a la posteridad; cómo concibió la Virgen a Cristo, en qué medida y cuánto tiempo lo llevó en su seno; y de qué manera en la Eucaristía subsisten los accidentes sin alojamiento.

Pero esto ya es harto manido. Hay otras cuestiones más dignas de los grandes teólogos, los iluminados, como ellos dicen, las cuales, cuando las plantean, los llenan de agitación: «¿Existe el verdadero instante de la generación divina?»; «¿Existen varias filiaciones de Cristo?»; «¿Es admisible la proposición que dice: "Pater Deus odit Filium"?»; «¿Habría podido tomar Dios la forma de mujer, de diablo, de asno, de calabaza o de guijarro?»; «Y, una calabaza, ¿cómo hubiera podido predicar, hacer milagros y ser crucificada?»; «Si Pedro hubiese consagrado durante el tiempo que Cristo permaneció en la cruz, ¿qué habría consagrado?»; «Y, en este mismo tiempo, ¿se habría podido llamar hombre a Cristo?»; «¿Se comerá y se beberá después de la resurrección de la carne?». ¡Como si se precaviesen ya contra la sed y el hambre!

Hay innumerables sutilezas aún más tenues acerca de las nociones, las relaciones, las formalidades, las quididades, las ecceidades, que se escapan de la vista y que sólo podrían distinguir ojos como los de Linceo, cuya mirada veía entre densas tinieblas las cosas que no existen siquiera. Añadamos aún unas sentencias tan paradójicas, que comparadas con ellas, los oráculos de los estoicos llamados «paradojas» parecen cosa grosera y propia de charlatanes callejeros. Por ejemplo: «Es un delito menos grave matar mil hombres que coser en domingo el zapato de un pobre»; «Es preferible dejar que perezca el mundo con todos sus atalajes, como suele decirse, a decir una sola mentirijilla».

Estas sutilezas sutilísimas se convierten en doblemente sutiles con tantos sistemas escolásticos, de suerte que es más fácil salir del Laberinto que de la confusión de realistas, nominalistas, tomistas, albertistas, occamistas, escotistas[101], y aún no he dicho sino unas cuantas sectas, sólo las principales. En todas ellas es tan profunda la doctrina y tanta la dificultad, que tengo para mí que los Apóstoles mismos precisarían una nueva venida del Espíritu Santo si tuvieran que habérselas con estos teólogos de hoy.

San Pablo pudo ser un admirable defensor de la Fe, pero mostrose poco magistral al definirla diciendo solamente que «La Fe es el fundamento de las cosas que se esperan y la convicción de las que no se ven»[102]. Así como practicó la caridad de modo admirable, acreditó ser poco dialéctico en la división y en la definición que hace de ella en el capítulo XIII de su primera *Epístola a los corintios*. En la definición y explicación de todo lo que he dicho, no es posible que alcanzasen a la agudeza de los escotistas las respuestas de los Apóstoles, que sin duda consagraban con devoción, si se les hubiera interrogado acerca de los términos «a quo» y «ad quem», o sobre la transustanciación, o de cómo el mismo cuerpo puede a la vez ocupar dos lugares distintos, o de las diferencias que pueden hallarse en el cuerpo de Cristo, cuando está en el cielo, ora en la cruz, ora en el sacramento de la Eucaristía, o en qué momento preciso se verifica la transustanciación, ya que las palabras en cuya virtud se realiza, como cantidad discreta, se pronuncian sucesivamente. Conocieron a la Madre de Cristo, pero ¿cuál de ellos hubiera demostrado tan filosóficamente como nuestros teólogos de qué modo la Virgen fue preservada del pecado original? Pedro recibió las llaves y las recibió de Aquel que no las hubiera confiado a indigno, pero no sé si entendió y, desde luego, no llegó a la sutileza de saber cómo un hombre puede llevar las llaves de la ciencia careciendo en absoluto de ciencia. Estos Apóstoles bautizaban por todas partes y, sin embargo, jamás explicaron la causa formal, material, eficiente y final del bautismo, ni hay mención alguna en ellos de su carácter deleble e indeleble. Adoraban a Dios en espíritu, sin atender más que a las palabras del Evangelio: «Dios es espíritu y en espíritu y en verdad se le debe adorar»[103], pero no consta que les fuese revelado entonces que se deba adorar del mismo modo una mala imagen de Cristo pintada con carbón en una pared, a condición de que tenga dos dedos extendidos, larga cabellera y una aureola con tres señales sobre el occipucio. ¿Quién podrá darse cuenta de ello sin haber pasado por lo menos treinta y

seis años estudiando la física y la metafísica de Aristóteles y Escoto?

Del mismo modo los Apóstoles enseñaron lo que es la gracia, pero nunca establecen distinción entre la gracia «gratis data» y la gracia gratificante. Exhortaron a hacer buenas obras, pero no discernieron la obra operante y la obra operada. No cesaron de inculcar la caridad, pero no separaron la infusa de la adquirida, ni explicaron si era accidente o sustancia, cosa creada o increada. Aborrecieron el pecado, pero me apuesto la cabeza a que no supieron definir científicamente qué cosa sea lo que llamamos pecado, a menos que supongamos quizá que les ilustró el espíritu de los escotistas.

No puedo inclinarme a creer que san Pablo, según cuya erudición puede estimarse la de todos los demás, hubiera condenado las cuestiones, controversias, genealogías y, como él mismo las llama, logomaquias[104], si hubiese estado versado en tales argucias, sobre todo si se mira que las disputas y luchas de aquel tiempo eran rústicas y groseras en comparación con las sutilezas más que crisípeas[105] de nuestros maestros.

Aunque fuesen gente modestísima y quizá algo de lo que escribieron los Apóstoles sea tosco y poco académico, los teólogos no lo condenan, sino que lo interpretan con benevolencia, tanto para tributar honor a la Antigüedad como por deferencia al nombre apostólico. Por Hércules, hubiera sido poco equitativo pedir a los Apóstoles cosas tan sublimes de las cuales no oyeron nunca a su Maestro decirles una sola palabra. Pero si encuentran semejantes expresiones en san Crisóstomo, san Basilio, o san Jerónimo, entonces se limitan a anotar al margen: «Esto no se admite».

Los Apóstoles impugnaron a los paganos, a los filósofos y a los judíos, gente esta última de naturaleza obstinadísima, pero lo hicieron por medio de la vida y de los milagros más que con silogismos, pues entre aquellos a quienes se dirigían no había nadie capaz de meterse en la cabeza un solo «quodlibet» de Escoto. En

cambio, hoy, ¿qué hereje o qué pagano no cedería enseguida ante tan delicadas sutilezas, a no ser que fuese tan torpe que no pudiera entenderlas, tan irreverente que las silbase o tan acostumbrado a las mismas añagazas, que en esta lucha batallaran iguales contra iguales, como mago contra mago? El diestro en las armas pelearía con otro diestro, de suerte que no se haría otra cosa que tejer y destejer la tela de Penélope.

En mi opinión, obrarían cuerdamente los cristianos si en lugar de estas copiosas cohortes de soldados que, con resultado indeciso de mucho tiempo a esta parte, mandan contra los turcos y los sarracenos, enviasen allá a los vociferadores escotistas, a los tozudísimos occamistas y a los invictos albertistas, junto con toda la turba de sofistas, pues creo que se ofrecería el más cómico de los combates y una victoria nunca vista. Pues ¿quién sería tan frío que no le inflamasen sus aguijonazos? ¿Quién tan estúpido que no le excitasen sus agudezas? ¿Quién tan clarividente como que no le sumergiesen en profundísimas tinieblas?

Pero parecerá que os digo estas cosas por modo de burla. No lo extraño, puesto que entre los mismos teólogos los hay más doctos que se asquean de las que llaman frívolas sutilezas teológicas. Los hay que execran como una especie de sacrilegio y lo toman a suprema impiedad, que de cosas tan secretas, propias para ser adoradas antes que explicadas, se hable con lengua tan sucia, se dispute con argumentos tan profanos, propios de los paganos, se defina con tanta arrogancia y se mancille la majestad de la divina teología con tan necias y miserables palabras y opiniones.

Mientras tanto, empero, ellos están satisfechísimos de sí mismos y aun se aplauden; es más, ocupados de día y de noche con estos lisonjeros romances, no les queda el menor ocio para hojear siquiera una vez los Evangelios o las Epístolas de san Pablo. Al tiempo que se entretienen con estas bromas en sus escuelas, se figuran que la Iglesia universal se vendría abajo si no le proporcionasen ellos los puntales de sus silogismos, de la misma

manera que, según los poetas, Atlas sostiene el cielo sobre los hombros.

Ya podéis imaginaros la felicidad que les produce el moldear y remoldear a capricho, como si fuesen de cera, los pasajes más arcanos de las Escrituras, el pretender que sus conclusiones, suscritas por algunos de los de su escuela, sean tenidas por superiores a las leyes de Solón y dignas de pasar delante de los decretos pontificios; y, como si fuesen censores del mundo, el obligar a retractarse a quienquiera que no se conforme ciegamente con sus conclusiones explícitas e implícitas y decretar como un oráculo que «Esta proposición es escandalosa», «Esta poco reverente», «Esta huele a herética», «Estotra es malsonante», de suerte que ni el bautismo, ni el Evangelio, ni san Pedro y san Pablo, ni los santos Jerónimo o Agustín, ni siquiera santo Tomás, el más aristotélico, bastan al cristiano, que ha de ganarse también la aprobación de los bachilleres, pues tan grande es la sutileza de sus juicios.

¿Quién había de pensar, si esos sabios no lo hubiesen enseñado, que dejaba de ser cristiano quien supusiese equivaler estas dos frases: «Bacín, apestas» o «El bacín apesta», o también «Hacer hervir la olla» o «Hacer hervir a la olla»[106]? ¿Quién hubiera librado a la Iglesia de tan grande tiniebla de errores, que sin duda, nadie habría advertido, de no salir éstos con grandes sellos de la Universidad a denunciarlos? Y ¿no son harto felices al hacerlo?

Además, describen con tanto detalle las cosas del infierno como si hubiesen pasado muchos años en aquella república. Incluso fabrican a capricho nuevos mundos, añadiendo uno vastísimo y lleno de hermosura para que las almas de los bienaventurados no echen en falta donde pasear cómodamente, celebrar banquetes o jugar a la pelota[107].

Y de tal manera estas y otras mil estupideces atiborran e hinchan sus cabezas que imagino no había de estarlo tanto la de Júpiter cuando para dar a luz a Minerva pidió su hacha a Vulcano. No os

asombréis, pues, cuando en las reuniones públicas veáis sus venerables cráneos tan cuidadosamente cubiertos con el birrete, porque de no hacerlo así, tal vez estallaran.

Con frecuencia yo misma suelo reírme de ellos, cuando considero que pasan por más teólogos cuanto más bárbara y suciamente hablan; balbucean con tal oscuridad, que nadie sino los tartamudos mismos pueden comprenderlos, y reputan por conceptos ingeniosos todo lo que el vulgo no entiende. Dicen que es indigno de las Sagradas Escrituras someterse a las normas de la gramática. Singular privilegio el de los teólogos si sólo a ellos estuviera concedido hablar incorrectamente, pero lo tienen que compartir con muchos míseros remendones.

En fin, se creen semidioses cuando son saludados casi devotamente con las palabras de *Magister noster*. que representa para ellos algo esotérico, como el *tetragrámmaton* de los judíos. Creen así que aquella frase debe escribirse con mayúsculas, y si alguno invierte las palabras y dice: «Noster magister», esto sólo basta para arruinar de un golpe la majestad del prestigio teológico.

CAPÍTULO LIV

Parecidos en felicidad a éstos son los que se hacen llamar vulgarmente religiosos y monjes, nombres impropios a más no poder, pues buena parte de ellos está muy apartada de la religión, y no hay a quien se encuentre más notoriamente por todas partes[108].

No sé quién sería más desdichado que esta gente si no acudiese yo en su auxilio de mil maneras. Tan aborrecido de todos es este gremio, que el encontrárselos casualmente por la calle se tiene por cosa de mal agüero, lo cual no les impide tenerse a sí mismos en alto concepto.

En primer lugar, estiman como suprema perfección estar limpios de toda clase de conocimientos, tanto, que no saben ni leer. Cuando en la iglesia cantan con voz asnal los salmos, con ritmo pero sin sentido, creen de veras halagar placenteramente los oídos de Dios. Algunos de ellos explotan ventajosamente los harapos y la suciedad berreando por las puertas para que les den un trozo de pan, sin dejar posada, carruaje y barco que no incomoden con grave perjuicio de los demás mendigos. Estos hombres lisonjeros, con su suciedad, su ignorancia, su rusticidad, pretenden desvergonzadamente representarnos a los Apóstoles.

¿Habrá algo más chusco sino que todas las cosas las hagan según preceptos, como si se sujetasen a reglas matemáticas, cuya omisión significase sacrilegio? Se ha determinado el número de nudos de la sandalia, el color del cinturón, la forma de los vestidos, de qué género, forma y clase ha de ser el cíngulo, el corte y tamaño

de la cogulla, cuántos dedos ha de tener de grande la tonsura y las horas que han de dormir. Pero ¿quién no comprende la desigualdad de esta igualdad, en tan gran variedad de cuerpos y temperamentos? Pues a causa de estas nimiedades no sólo tienen en poca estima a los demás, sino que se desprecian entre sí y aunque han hecho profesión de caridad apostólica, se lanzan a enormes tremolinas contra los que llevan cinturón distinto del suyo o hábito de color un poco más oscuro.

Verás también algunos que son tan rígidos observantes, que llevan el cilicio exteriormente y debajo ropa finísima milesia; otros, al contrario, llevan debajo lana y encima lino. Algunos evitan el contacto del dinero, como si se tratase de veneno; pero no, en cambio, el del vino y el de las mujeres. En resumen, que todo su afán es no hacer nada que esté acorde con la vida. Su ambición no es imitar a Cristo, sino no parecerse entre ellos, razón por la cual constituye una de sus mayores satisfacciones los apodos. Unos se pavonean llamándose franciscanos, y dentro de ellos los hay recoletos, menores y mínimos o bulistas; otros se llaman benedictinos, bernardinos, brigidenses, agustinos, guillermitas y jacobinos, como si no les bastase el nombre de cristianos. La mayor parte de ellos conceden tanta importancia a sus ceremonias y tradicioncillas, que piensan que el Paraíso no es bastante recompensa para tanto merecimiento, sin tener en cuenta que Cristo, despreciando todo esto, solamente les exigirá su precepto de la caridad.

El uno hará ostentación de su vientrecito que padece la hinchazón de toda clase de pescado; el otro volcará cien azumbres de salmos; el de más allá enumerará sus mil ayunos, correspondientes a otros tantos días en que no ha hecho más que una comida, pero con esta sola habría cargado el estómago casi hasta reventar; aquél exhibirá un montón de ceremonias que siete barcos no serían suficientes para transportar; quién se gloriará de que en sesenta años no rozaron sus manos una moneda, sin

llevarlas doblemente enguantadas; otro presentará su cogulla tan sucia y grasienta, que no se atrevería a ponérsela ni un marinero. Otro recordará que durante más de once lustros vivió como una esponja sin moverse del sitio; otro mostrará su ronquera a causa de cantar; otro dirá que, a consecuencia de la soledad, se ha embrutecido; otro achacará la torpeza de su lengua al silencio.

Pero Cristo, cuando vea que no lleva traza de acabar esta lista de méritos, los interrumpirá exclamando: «¿De dónde ha salido esta nueva casta de judíos? En verdad os digo que yo no conozco más que mi ley, y es la única cosa de que no he oído ni una palabra. En aquel tiempo, prometí de modo manifiesto y sin cobertura de parábola alguna, el reino de mi Padre, no a las cogullas, ni a los votos, ni a los ayunos, sino a las obras de caridad. No reconozco a los que estiman tanto sus propios méritos y quieren pasar todavía por mejores que Yo. Vayan, si quieren, al paraíso de los abraxistas[109], o que les concedan uno de estos nuevos cielos que han inventado, ya que antepusieron sus despreciables tradiciones a mis mandamientos». Cuando escuchen todo esto y contemplen que los marineros y los cocheros son preferidos a ellos, ¡con qué cara se mirarán unos a otros!… Pero mientras tanto, los hago dichosos gracias a la esperanza que reciben de mí.

Aunque estén apartados del siglo, nadie se atreve a despreciar a esta gente, sobre todo si se trata de los mendicantes, porque gracias a la confesión están al tanto de todos los secretos. Tienen por ilícito descubrirlos, fuera de cuando beben y quieren deleitarse con historietas ligeras; entonces los cuentan dando indicios de la realidad, pero callando los nombres. Si alguien molesta a alguno de estos zánganos, se dan por agraviados en el púlpito, aludiéndole en el sermón con ciertas indirectas que sólo dejaría de comprender quien fuese rematadamente tonto. No dejan de ladrar hasta que les echan a las fauces su torta de miel.

Ved si hay comediante o sacamuelas que pueda compararse con estos retoricastros que imitan risible pero taimadamente en sus

sermones las reglas del arte de la elocuencia que fijaron los maestros. ¡Oh dioses inmortales, cómo gesticulan, cómo cambian mañosamente la voz, qué tonillo, cómo se pavonean, cómo se vuelven ahora a una parte y luego a otra del auditorio, qué gritos! Esta manera de predicar se la enseña directamente un frailecico a otro con tanto misterio, que yo no he podido desentrañarla, pero por indicios diré algo de ella.

En primer lugar, hacen una invocación, lo cual han tomado de los poetas; luego, como exordio, si van a hablar de la caridad, comienzan con el Nilo de Egipto; si de los misterios de la Cruz, dan feliz comienzo a la peroración con Bel, el dragón de Babilonia; si se refieren al ayuno, empiezan por los doce signos del Zodíaco, y si de la Fe, principian con interminable introducción acerca de la cuadratura del círculo.

Yo misma oí una vez a un eminente sandio, he querido decir sabio, que en un sermón muy señalado tenía que explicar el misterio de la Santísima Trinidad, y, queriendo dar prueba de que su erudición era notable y halagar las orejas de los teólogos, embocó un camino nuevo: discurrir sobre las letras, las sílabas y las partes de la oración y después sobre la concordancia del sujeto con el verbo más la del adjetivo con el sustantivo. Muchos de los oyentes estaban asombrados y algunos musitaban aquel dicho de Horacio: «¿A qué viene tanta monserga?»[110]. De allí vino a deducir que la imagen entera de la Trinidad se halla manifiestamente significada por los rudimentos de la gramática, de suerte que matemático alguno no daría más exacta representación de ella con sus figuras. Durante ocho meses estuvo este gran teólogo sudando para componer un sermón y hoy está más ciego que un topo, porque toda la sutileza del ingenio se le subió a la cúspide del talento y a pesar de todo, no le entristece mucho la ceguera y supone que la gloria le ha salido barata.

También oí a un octogenario tan profundo teólogo, que en él habrías dicho que estaba Escoto redivivo. Para explicar el misterio

de la palabra Jesús, demostró con sutileza admirable que en las letras de este nombre se encierra todo cuanto pueda decirse de Él. En efecto, como únicamente tiene tres casos de declinación, es evidente símbolo de la Santísima Trinidad. Además, como la primera terminación es Jesús en «s»; la segunda Jesum en «m», y la tercera Jesu, «u», dedúcese de esto el inefable misterio que se encierra en ello, porque cada una de estas letras nos dice que Jesús es lo sumo, lo medio y lo último.

Pero aún quedaba un misterio más recóndito en todo esto: dividió matemáticamente la palabra Jesús en dos partes iguales, quitando la «s» que está en su centro; dijo luego que a esta letra los hebreos la llamaban *syn*, que *syn* significa en escocés, según creo, «pecado» y que, por tanto, bien claramente quedaba probado que Jesús quitaba los pecados del mundo. Esta demostración tan nueva los dejó a todos con la boca abierta de admiración, pero muy especialmente a los teólogos, que a poco quedan convertidos en piedra, como le sucedió a Niobe, y en cuanto a mí, me dio tal risa, que por poco me ocurre lo que a aquel Príapo de madera de higuera, que tuvo la desdicha de ser testigo de los nocturnos sortilegios de Canidia y Sagana[111]. Y en verdad que habría habido motivo, porque, ¿cuándo se ha visto proposición semejante en Demóstenes el griego o en el latino Cicerón? Tenían éstos por inadecuado todo exordio extraño al asunto, advertencia que guardan, sin otra maestra que la naturaleza, hasta los porqueros. Pero los doctos creen que sus preámbulos, que así los llaman, han de ser más sublimemente retóricos y que no tengan relación alguna con el resto de la peroración, de modo que el oyente, maravillado, murmure para sí: «¿Adónde irá a parar con todo esto?»[112].

El tercer aspecto es que si citan del Evangelio, lo comenten aprisa y corriendo, cuando en realidad debiera tratarse sólo de ello. El cuarto aspecto, cambiando de máscara, es que aborden una cuestión teológica, que a veces nada tiene que ver con el cielo ni con la tierra, cosa que ellos, sin embargo, consideran artística. Aquí

ponen un teológico entrecejo y llenan los oídos repitiendo los nombres magníficos de doctores solemnes, doctores sutiles, doctores sutilísimos, doctores seráficos, doctores santos y doctores irrefragables. Entonces viene el arrojar al vulgo ignaro silogismos mayores, menores, conclusiones, corolarios, suposiciones tontas y otras necedades superescolásticas. Queda aún el quinto aspecto, que es aquel en que al orador le conviene mostrarse consumado maestro. Para ello refieren alguna fábula estúpida y vulgar extraída del *Speculum historiale* o de las *Gesta romanorum*[113] y la interpretan alegórica, tropológica y anagógicamente. Y de este modo rematan su monstruo, al cual no se acercó ni Horacio cuando escribió aquello de «Humano capiti», etcétera[114].

Oyeron decir a no sé quién que convenía que el comienzo de la oración fuese tranquilo y nada estrepitoso y, de esta suerte, comienzan los exordios sin oírse ni a sí mismos, como si se propusieran que nadie entienda lo que dicen. Oyeron también que había que usar exclamaciones para atraerse los ánimos, y por ello de repente levantan la voz a un furioso clamor, aunque ninguna falta haga. Lo que sí la haría sería el eléboro, pero no conseguirás nada por mucho que clames aconsejándoselo. Oyeron asimismo que es preciso que el sermón vaya caldeándose progresivamente, y por ello, después de haber recitado normalmente el principio de cada parte, de repente se valen de un prodigioso chorro de voz, aunque el asunto sea de lo más trivial, y así acaban como si hubiesen perdido el aliento. Por último, aprendieron de los retóricos a acudir a la risa, y por ello tratan de desparramar algunos chistes que, ¡oh amada Afrodita!, están tan llenos de gracia y tan en su sitio como el asno tocando la lira.

A veces son mordaces, pero de tal modo, que en vez de herir hacen cosquillas y nunca son más aduladores que cuando quieren que parezca que hablan con el corazón en la mano.

En suma, que toda su actuación es tal, que se juraría que han aprendido de los charlatanes de mercado, que les son muy

superiores, aunque son ambos tan afines que nadie podría aclarar si éstos han enseñado su retórica a aquéllos, o aquéllos a éstos.

Y, sin embargo, se encuentra gente, gracias a mí, que, al oírlos, cree escuchar a verdaderos Demóstenes y Cicerones. Entre ellos sobresalen los mercaderes y las mujercillas, a quienes se esfuerzan más en agradar, porque si la adulación es oportuna, suelen compartir con ellos algunas migajas de sus bienes mal adquiridos. Las mujeres, entre otras muchas razones, favorecen a los frailes porque suelen confiar a su seno las quejas que tienen contra sus maridos.

Comprendéis perfectamente cuánto me deben estos hombres que con sus ridículas ceremonias, sus gritos y sus necedades, ejercen una especie de despotismo entre los mortales y se creen unos san Pablo y san Antonio.

CAPÍTULO LV

Pero dejemos ya en buena hora a estos histriones; son tan ingratos disimulando los beneficios que de mí reciben como deshonestos al fingir devoción.

Hace ya rato que deseaba deciros algunas palabras sobre los reyes y los magnates cortesanos que me rinden sincero culto, y voy a exponeros este asunto con la libertad propia de toda persona libre. Si alguno de éstos tuviera sólo media onza de sentido común, ¿habría existencia más triste y más merecedora de ser rehuida que la suya? En verdad que no creerían que valiese la pena adquirir el poder por una traición o un parricidio, ya que es una carga inmensa la que se echa sobre los hombros quien quiere proceder como verdadero gobernante. El que toma el timón del gobierno no debe ocuparse en sus asuntos propios, sino en los públicos; debe únicamente meditar sobre el interés general, no apartarse ni lo ancho de un dedo de las leyes que él ha promulgado y de las que es ejecutor, y responder de la integridad de todos los funcionarios y magistrados. Expuesto a las miradas del pueblo, puede ser como un astro benéfico, con su pulcritud de costumbres, que procura la máxima dicha de sus súbditos, o como maléfico cometa que acumula los mayores descalabros. Los vicios de los demás ni se advierten ni se divulgan tan vastamente, pero él está en posición tal, que si se aparta de la honestidad, aunque sea levemente, ello se extiende a muchedumbre de personas como funesta peste. Los reyes están, además, tan expuestos por su sino a encontrar al paso

mil cosas que les suelen desviar de la rectitud, como son placeres, libertad, adulación y lujo, que han de agravar la vigilancia y redoblar el esfuerzo para mantenerse al margen de ellos y no dejar, engañados, de cumplir con el deber. En suma, para no hablar de asechanzas, odios y otros peligros y temores, sobre sus cabezas hay otro Rey verdadero que les pide estrecha cuenta de sus más pequeñas acciones con tanta mayor severidad cuanto más grande haya sido su poderío.

Si reflexionase sobre estas cosas, y muchas más del mismo orden, y reflexionaría, si fuese sensato, no tendría sueño ni banquete deleitable. Pero con mi ayuda dejan en manos de los dioses todos esos cuidados, no se ocupan sino en vivir muellemente y sólo dejan llegar a sus oídos a quienes saben hablar de cosas divertidas para que no sea turbado su ánimo. Se imaginan que cumplen intachables el deber real con cazar constantemente, tener hermosos caballos, vender en beneficio propio los cargos y las magistraturas y aplicarse a encontrar medios nuevos de apoderarse del dinero de los vasallos y llevarlo a su tesoro. Con tal propósito, para cubrir con la máscara de la justicia sus iniquidades, resucitan viejos títulos y de cuando en cuando añaden algún halago al pueblo para tenerlo en su favor.

Imaginaos un hombre como son a veces los reyes, desconocedor de las leyes, enemigo del bien público, o poco menos, atento a su provecho, dado a los placeres, hostil al saber, a la libertad y a la verdad; desinteresado por completo del bienestar de su Estado y que lo mide todo a tenor de sus caprichos y provechos. Si se le coloca collar de oro, emblema de la coherencia de todas las virtudes; enjoyada corona, que represente que debe sobrepasar a todo el mundo por el brillo de sus acciones; el cetro, símbolo de justicia y de rectitud de ánimo, y, en fin, el manto de púrpura, insignia de vivo amor a su pueblo y el monarca confronta lo que representan estas insignias con su verdadera conducta, yo os digo que habrían de abochornarle tales atributos y viviría en el temor

de que algún malicioso hiciese burla y risa de todo ese aparato teatral.

CAPÍTULO LVI

¿Qué he de recordaros de los cortesanos? Nada hay más servil, más rastrero, más necio y más despreciable que muchos de ellos y se tienen por los primeros en todo. Solamente en una cosa son modestos: se contentan con cubrirse de oro, de pedrería, de púrpura y las demás insignias de la virtud y la sabiduría, dejando a los otros poner en práctica estas cualidades. Son felices pudiendo llamar al rey «señor», saludar debidamente, saber usar los tratamientos de «Serenidad», «Majestad», o «Excelencia», tener siempre expresión imperturbable y jocosidad aduladora, pues éstas son artes convenientes a los cortesanos y a los nobles. Pero si nos fijamos de más cerca en su manera de vivir, no son sino unos verdaderos feacios y vanos pretendientes de Penélope, y… ya sabéis lo que falta del verso[115], puesto que Eco os lo podrá repetir mejor que yo. Duermen hasta mediodía; casi acostados aún, oyen la misa que de prisa y corriendo les dice el capellán que tienen a sueldo; enseguida desayunan y, apenas han terminado, ya piden la comida; luego se entretienen con los dados, el ajedrez, los juegos de azar, las bufonadas, sus cómicos, las mujeres galantes, las chocarrerías y los chistes y de cuando en cuando toman un tentempié. Llega luego la cena y tras ella la libaciones, y, ¡por Jove, que no son pocas! Y de esta manera, libres del menor cansancio de la vida, pasan las horas, los días, los meses, los años y los siglos. Yo misma, al contemplar en ciertas ocasiones a estos vanidosos, siento náuseas, principalmente cuando entre esos fanfarrones veo que cada una de

sus ninfas se cree más próxima a los dioses cuanto más larga es la cola que arrastra, o esos próceres que se abren paso a codazos, para situarse más cerca de Júpiter, y, en fin, esa serie de individuos cuyo engreimiento crece conforme al peso de la cadena que llevan al cuello, ostentando no sólo opulencia, sino vigor físico.

CAPÍTULO LVII

Los pontífices, cardenales y obispos imitan de tiempo inmemorial la conducta de los príncipes y casi les llevan ventaja. Pero si alguno reflexionase que su vestidura de lino de níveo blancor simboliza una vida inmaculada; que la mitra bicorne, cuyas puntas están unidas por un lazo, representa la ciencia absoluta del Antiguo y del Nuevo Testamento; que los guantes que cubren sus manos le indican que deben estar protegidas del contacto de las humanas cosas para administrar los Sacramentos con pureza; que el báculo es insignia de vigilancia diligentísima para con la grey que se le ha confiado; que el pectoral que pende de su pecho representa la victoria de las virtudes sobre las pasiones humanas; si uno de éstos, digo, meditase sobre todo ello, ¿no viviría lleno de tristeza e inquietud? Pero nuestros prelados de hoy tienen bastante con ser pastores de sí mismos y confían el cuidado de sus ovejas o al mismo Cristo, o a los frailes y vicarios. No recuerdan que la palabra «obispo» quiere decir, trabajo, vigilancia y solicitud. Sólo si se trata de coger dinero se sienten verdaderamente obispos y no se les embota la vista[116].

CAPÍTULO LVIII

De la misma manera si los cardenales reflexionasen que son sucesores de los Apóstoles y que deben guardar la misma conducta que éstos observaron; que no son dueños, sino administradores de los bienes espirituales, de todos los cuales han de dar pronto exacta cuenta; si filosofasen un poco sobre sus vestiduras y meditaran: «Este albo sobrepelliz, ¿no representa la pureza de costumbres? Este manto de púrpura, ¿no simboliza el ardentísimo amor a Dios? Esta capa tan amplia y ondulada que cubre completamente la mula de Su Reverencia y que bien pudiera tapar a un camello, ¿no significa extensísima caridad que debe llegar a ayudar a todos, es decir, a enseñar, exhortar, consolar, reprender, amonestar, evitar las guerras, resistir a los malos príncipes derramando para ello no sólo las riquezas, sino la propia sangre en beneficio del rebaño de Cristo? Además, ¿se precisan las riquezas para imitar a los Apóstoles en su existencia como pobres?». Si todo esto recordasen, no ambicionarían tal posición y dejándola de buen grado, llevarían vida laboriosa y prudente, como fue la de los Apóstoles.

CAPÍTULO LIX

Si los sumos Pontífices, que hacen las veces de Cristo se esforzaran en imitar su vida, su pobreza, trabajos, doctrina, su cruz y desprecio del mundo; si pensasen en que el nombre de «Papa» quiere decir «Padre» y en el título de «Santísimo», ¿quién habría tan desdichado como ellos? ¿Quién querría alcanzar este lugar a cualquier precio y conservarlo por medio de la espada, el veneno y todo género de violencias? ¡Cómo tendrían que privarse de sus placeres si alguna vez se adueñase de ellos la sensatez…! ¿He dicho la sensatez? Sería suficiente un granito de sal, como la que recuerda Cristo. ¡Tantas riquezas, honores, triunfos, poder, cargos, indulgencias, tributos, caballos, mulos, escoltas y comodidades! Ya veis cuánto mercado, cuánta cosecha y cuánta riqueza he resumido en pocas palabras. Todo esto habrían de trocarlo por vigilias, ayunos, lágrimas, preces, sermones, estudios, jadeos y otras mil pesadumbres.

Pero no hay que olvidar lo que sería entonces de tantos escribanos, copistas, notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, caballerizos, recaudadores, proxenetas, y alguno más vergonzoso agregaría, pero temo que resulte ofensivo para el oído. En suma, tan ingente muchedumbre onerosa, me he equivocado, he querido decir honrosa, para la sede romana, se vería reducida al hambre, y esto, verdaderamente, sería cruel y abominable; pero todavía sería más aborrecible que los supremos príncipes de la Iglesia y lumbreras del mundo volvieran al cayado y al zurrón.

En nuestros días todo lo que significa sacrificio se lo encomiendan a san Pedro y san Pablo, a los que les sobra tiempo para ello, pero si algo hay que signifique esplendor y regalo, lo guardan para sí. Y así, merced a mi cuidado, no hay hombres que lleven vida más voluptuosa y menos sobresaltada, a fuer de convencidos de que Cristo está satisfecho de su sagrada y casi escénica pompa, de esas ceremonias, de los títulos de «Beatitud, Reverencia y Santidad», y de cómo hacen de obispos repartiendo anatemas y bendiciones.

Hacer milagros es antiguo, pasado de moda e impropio de nuestro tiempo; enseñar al pueblo es penoso, interpretar las Sagradas Escrituras es cosa de escolásticos; rezar es ocioso; llorar es de pobres y de mujeres, la pobreza es sórdida y el obedecer es vergonzoso y poco digno de quienes apenas conceden a los reyes más poderosos el honor de besar sus santos pies; morir es espantoso y la crucifixión infamante.

Las únicas armas que les quedan hoy son esas dulces bendiciones de que habla san Pablo[117] y que ellos prodigan benignamente, y las interdicciones, suspensiones, agravaciones, anatemas, pinturas odiosas[118] y ese terrible rayo que con sólo su fulgor precipita las almas de los mortales más allá del Tártaro. Los Santísimos Padres en Cristo, vicarios suyos en la Tierra, a nadie apremian con más rigor que a quienes, tentados por Satanás, osan aminorar y menoscabar el patrimonio de san Pedro, pues aunque este Apóstol dijo en el Evangelio: «Todo lo he dejado para seguirte»[119], reúnen bajo el nombre de dicho santo, ciudades, tributos y señoríos. Encendidos de amor a Cristo, combaten con el fuego y con el hierro, no sin derramar sangre cristiana a mares, entendiendo que así defienden apostólicamente a la Iglesia, esposa de Cristo, cuando han exterminado sin piedad a los que llaman sus enemigos. ¡Cómo si hubiese peores enemigos de la Iglesia que esos pontífices impíos que coadyuvan a abolir a Cristo en el

silencio, que lo enmarañan en sus leyes rapaces, lo adulteran con caprichosas interpretaciones y lo degüellan con su conducta infame!

Pero aduciendo que la Iglesia cristiana fue fundada con sangre, cimentada con sangre y con sangre engrandecida, resuélvenlo todo a punta de espada, como si no estuviera Cristo para proteger a los suyos, según es propio de Él. Aunque la guerra es tan cruel, que más conviene a las fieras que a los hombres; tan insensata, que los poetas la representan como inspirada por las Furias; tan funesta, que trae consigo la ruina de las públicas costumbres; tan injusta, que los criminales más depravados son los que mejor la practican, y tan impía, que no guarda el menor nexo con Cristo, los Papas lo olvidan para practicarla[120]. Por eso vemos a ancianos decrépitos que demuestran un ardor juvenil y no les arredran los gastos, no les rinde la fatiga, ni nada les detiene para trastornar leyes, religión, paz y todas las cosas humanas. Además, no les faltan aduladores cultos que den a esta manifiesta insensatez el nombre de celo, piedad y valor, pensando que sea posible esgrimir el hierro homicida y hundirlo en las entrañas de sus hermanos sin perjuicio de aquella caridad perfecta, la cual, según el precepto de Cristo, debe todo cristiano a su prójimo.

CAPÍTULO LX

No sé si con estas cosas dieron ejemplo, o quizá lo tomaron, a ciertos obispos alemanes que, renunciando por completo al culto, bendiciones y ceremonias, viven como verdaderos sátrapas, creyendo que es una cobardía indigna de un obispo entregar el alma a Dios como no sea en un campo de batalla. Y la masa de los sacerdotes cree pecaminoso desdecir de la santidad de sus prelados, y así, ¡vive Dios!, con cuan belicoso ardor los vemos luchar defendiendo sus diezmos con espadas, dardos, piedras y toda clase de armas. ¡Qué vista tan aguda tienen para extraer de los viejos escritos algo que aterre a las gentes sencillas y las convenza de que deben pagar algo más que el diezmo! Pero, mientras tanto, no les viene a la mente lo mucho que por todas partes aparece escrito acerca de la obligación que tienen de proteger al pueblo. Su tonsura ni siquiera les recuerda que deben estar exentos de las ambiciones de este mundo y pensar sólo en las cosas del cielo. Pero a fuer de gente de buena condición, creen cumplir perfectamente con sus deberes rezongando las oraciones de cualquier modo, y hay que preguntarse, ¡por Hércules!, si Dios los oye o los entiende, ya que ellos mismos casi ni oyen ni comprenden, a pesar de que las braman a voz en cuello.

Una cosa tienen, empero, en común, los sacerdotes y los laicos, que es que todos vigilan la cosecha de sus ingresos y no ignoran ninguna de las leyes referentes a ellos, pero si se trata de alguna carga, la echan hábilmente sobre las espaldas ajenas y la vuelven a

otros como si fuera una pelota. Así como los príncipes delegan los asuntos de la administración en sus vicarios y éstos en los suyos, de la misma manera los sacerdotes, por modestia, dejan al pueblo las atenciones devotas. El pueblo las encomienda a los que llama eclesiásticos, como si él nada tuviera que ver con la Iglesia y como si nada significasen los votos bautismales; a su vez, los sacerdotes que se llaman seculares, como si estuviesen iniciados para el mundo y no para Cristo, descargan su obligación sobre los regulares; los regulares sobre los frailes; los frailes menos observantes sobre los que lo son más; todos ellos, a la vez, sobre las Órdenes mendicantes, y éstas sobre los cartujos, los únicos entre quienes se oculta la devoción, y tan oculta está, que apenas aparece.

De la misma manera, los pontífices, diligentísimos para amontonar dinero, delegan en los obispos los menesteres demasiado apostólicos; los obispos, en los párrocos; los párrocos, en los vicarios; los vicarios, en los monjes mendicantes y, por fin, éstos lo confían a quienes se ocupan de trasquilar la lana de las ovejas.

Conste que no está en mi ánimo el escudriñar la vida de los pontífices y de los sacerdotes, para que no crea alguien que en vez de estar recitando un elogio, urdo una sátira, ni suponga nadie que censuro a los príncipes buenos y, en cambio, alabo a los infames.

Lo que llevo tratado en pocas palabras tiene por objeto demostrar que ningún hombre puede vivir dichoso si no está iniciado en mis misterios y no le concedo protección.

CAPÍTULO LXI

¿Y cómo puede ser que esta Némesis que siembra la dicha entre los hombres, esté de acuerdo conmigo de tal modo que siempre ha sido irreconciliable enemiga de los sabios, y por el contrario, a los estultos les colma de beneficios hasta cuando duermen? Recordáis a Timoteo, que dio origen a este nombre y a la frase «Durmiendo llena la red»; también sabréis el refrán que dice: «la lechuza es funesta»[121]. Viene a propósito para los sabios lo que se dice de: «Tiene el caballo de Seyo y oro de Tolosa»[122]. Pero dejémonos de refranear para que no parezca que estoy entrando a saco en los comentarios de mi querido Erasmo, y volvamos a lo nuestro.

La Fortuna ama a las personas poco sensatas, a los audaces, a los que se complacen en decir: «El dado sea echado»[123]. La sabiduría hace a las personas tímidas, por lo cual veis fácilmente a los sabios en la pobreza, en la estrechez y en la oscuridad, despreciados, desconocidos y olvidados. En tanto a los estultos afluye el dinero, tienen en las manos la gobernación del Estado y, en fin, prosperan de todos modos. Pues si alguno cifra la felicidad en ser grato a los príncipes y en moverse en el trato de estos mil dioses enjoyados, ¿habrá cosa que le sea más inútil que la sabiduría y que más reprobada esté por tal género de personas? Si se trata de obtener riquezas, ¿qué lucro podrá hacer el comerciante que, siguiendo los dictados de la sabiduría, se encalle en un perjurio, se sonroje si le sorprenden en mentira y comparta en lo más pequeño los escrúpulos de los sabios ante los hurtos y la usura? Poco será,

sin duda. Por lo mismo, quienquiera que ambicione honores y riquezas eclesiásticos, llegará a ellos antes más bien como asno o como buey que como sabio. Si perseguís el placer, las muchachas protagonistas de esta comedia son enteramente devotas de los estultos y se horrorizan y huyen del sabio como del escorpión. En suma, quien se dispone a vivir con un poco de alegría y optimismo, empieza por excluir de su compañía al sabio y prefiere admitir a cualquier otro animal.

En resumen, adondequiera que vuelvas los ojos, entre pontífices, príncipes, jueces, magistrados, amigos, enemigos, mayores o menores, todos se desviven por los bienes materiales, los cuales, como el sabio los desprecia, es lógico que acostumbren con fijeza a huir de él.

Aunque mis alabanzas no tienen freno ni fin, es preciso que la declamación acabe alguna vez. Así, pues, voy a terminar, pero antes demostraré en pocas frases que no faltan graves autores que me han celebrado tanto de palabra como de obra, para que así no parezca que me envanezco estúpidamente y los leguleyos no me calumnien diciendo que no alego nada en mi apoyo. A ejemplo de éstos, traeré alegatos que no tengan nada que ver con el tema.

CAPÍTULO LXII

Todo el mundo sabe el popular proverbio de: «Dime lo que simulas y te diré de lo que careces»[124]. Por ello se enseña acertadamente a los niños que «Fingir estulticia oportunamente es el colmo de la sabiduría». Ya veis, pues, vosotros mismos cuan grande sea la virtud de la Estulticia, que hasta su engañosa imagen e imitación merecen tanta estima de los sabios. Aquel lustroso y orondo cerdo de la piara de Epicuro[125] aconseja con la mayor franqueza que se mezcle «la sandez con el buen juicio»[126], y añade, no con mucho acierto, que éste se haga sólo en pequeña proporción. En otro lugar dice: «Amable cosa es tontear en su momento», y agrega más adelante que «preferible es pasar por insensato y bobo a ser sabio y rechinar de dientes»[127]. Homero, que de tantas maneras elogió a Telémaco, le llama algunas veces «tontuelo», nombre con que los autores trágicos llamaban a los niños y a los jóvenes, por considerarlo de buen augurio. ¿Qué contiene el divino poema de la *Ilíada* sino las furias de reyes y pueblos estultos? Además, ¿qué elogio más rotundo que el de Cicerón cuando dijo: «El mundo está lleno de estultos»[128]? ¿Y quién ignora que es tanto mayor el bien cuanto más extenso?

CAPÍTULO LXIII

Como acaso éstos gocen de poca autoridad entre los cristianos, apoyemos si os parece nuestras alabanzas en los testimonios de las Escrituras o, como suelen decir los doctos, fundémonos en ellas. Solicitaremos primero el permiso de los teólogos, y luego entraremos en la ardua tarea. Quizá no sería discreto llamar a las Musas del Helicón por segunda vez para camino tan largo, siéndoles, además, la materia ajena. Así, como voy a hacer de teólogo y entrar en este laberinto, será tal vez mejor que el espíritu de Escoto abandone un instante la Sorbona y se traslade a mi pecho; luego este tal, más espinoso que un puerco espín y un erizo, podrá irse adonde se le antoje, aunque sea al cuerno. ¡Ojalá pudiese cambiar de rostro y vestir traje teológico! Porque estoy temiendo que alguien al verme tan profundo saber teológico me acuse de hurto, como si hubiera registrado a escondidas los papeles de nuestros maestros, aunque ello a nadie debe asombrar, pues para eso he vivido mucho tiempo con ellos en la intimidad y así he adquirido algo de su ciencia, al modo que Príapo, el dios de madera de higuera, llegó, en fuerza de escuchar a su dueño cuando leía, a observar y retener algunas palabras griegas; y el gallo de Luciano, tras largo trato con los hombres, pudo hablar el lenguaje humano con agilidad. En fin, vamos a entrar en materia, en buena hora.

Está escrito en el *Eclesiastés*, capítulo primero: «Infinito es el número de los tontos». Siendo este número infinito, ¿no indica el común de los hombres, exceptuando un pequeñísimo número de

ellos que no sé si nadie podrá ver? Jeremías lo declara de modo más explícito, cuando dice, en el capítulo X: «Estulto se ha vuelto el hombre a causa de su misma sabiduría». Atribuye este profeta la sabiduría a Dios y deja para los hombres la estulticia, pues poco antes había dicho también: «No se glorifique el hombre de su saber». ¿Por qué, excelente Jeremías, no quieres que el hombre se pague de sabiduría? «Pues —respondería él—, porque no tiene tal sabiduría».

Volvamos al *Eclesiastés*. Cuando allí se exclama: «Vanidad de vanidades y todo vanidad», ¿qué se entiende sino, según dijimos, que la vida humana no es otra cosa que la comedia de la Estulticia? Así se aprueba la frase de Cicerón, por la cual es justísimamente ensalzado y que poco ha mencionamos: «Todo está lleno de estúpidos». Y estas otras sabias palabras del *Eclesiastés*: «El estulto es variable como la Luna y el sabio permanece como el Sol», lo que indica que todos los hombres son estultos y sólo a Dios está reservado el nombre de sabio, porque la Luna representa la humana naturaleza, y el Sol, manantial de toda luz, a Dios.

Hay que añadir a esto que el mismo Cristo en el Evangelio dice que nadie puede ser llamado bueno más que Dios[129], y, por tanto, si, según testimonio de los estoicos, el que no es sabio es estulto, y el bueno es también sabio, es preciso deducir que la estulticia abraza a todos los mortales.

Afirma Salomón en el capítulo XV que «la estulticia es la alegría del estulto», o, lo que es lo mismo, manifiesta claramente que sin esta sandez nada hay grato en la existencia. A lo mismo se refiere el pensamiento siguiente: «Quien añade ciencia añade dolor y en el mucho entendimiento hay mucho sufrimiento». El mismo egregio predicador manifiesta lo propio en el capítulo VII: «En el corazón de lo sabios reside la tristeza y en el de los estultos la alegría». Y quizá por esto no se contentó con conocer la sabiduría, sino que quiso también tratarme a mí. Por si en ello no me dais crédito, ved sus

palabras en el capítulo primero: «Dediqué mi corazón a conocer la prudencia y la sabiduría, los errores y la estulticia». Fijándose en este pasaje se le ha de comprender como alabanza para la sandez, ya que el autor la puso en último lugar y el *Eclesiastés* dice, y ya sabéis que tal es el ceremonial de la Iglesia, que el primero por su mayor dignidad ha de ser el último, recordando fielmente el precepto evangélico.

Que la estulticia es superior a la sabiduría, el autor del *Eclesiastés*, sea el que fuere, lo demuestra claramente en el capítulo XLIV, cuyas palabras, ¡por Hércules!, no quiero citar sin antes preguntaros, para que con vuestra respuesta me ayudéis en la introducción, como hacen en Platón los que dialogan con Sócrates. ¿Qué es lo que debe guardarse mejor, las cosas raras y valiosas o las vulgares y viles? ¿Os calláis? Aunque disimuléis, responderá por vosotros el adagio griego que dice: «Dejad el cántaro a la puerta». Y nadie lo rechace temerariamente, porque lo cita Aristóteles[130], el dios de nuestros maestros. ¿Hay alguno de vosotros bastante estulto que deje en la calle las joyas y el dinero? Me parece que no, ¡por Hércules! Los escondéis en el sitio más recóndito, y más aún en el rincón más secreto de fortísimos cofres, en tanto que lo que no vale nada lo dejáis a la vista; luego si lo que tiene valor se guarda recóndito y lo vil se deja expuesto, es evidente que la sabiduría, que él prohíbe esconder, es inferior a la estulticia, que él aconseja ocultar. Observad el testimonio de sus palabras: «Más vale el hombre que oculta su estulticia que el que esconde su sabiduría»[131].

Además, las Sagradas Escrituras otorgan al estulto la pureza de alma y se la niegan al sabio, porque éste no considera a nadie igual a él. Así interpreto lo que el *Eclesiastés* dice, en su capítulo X: «El estulto, como es insensato, piensa que todos los que encuentra en el camino son estúpidos como él». ¿Y no es pureza eximia de alma igualar a todos los hombres consigo mismo y reconocer en ellos, a pesar de que cada individuo se tenga en gran opinión, que son de tu

mismo mérito? Por eso tan gran rey no se avergonzó nunca del dictado de estulto y dijo en el capítulo XXX: «Yo soy el más estulto de todos los hombres». Y san Pablo, el doctor de los gentiles, escribiendo a los corintios, acepta de buen grado el título de estulto: «Hablo a lo necio —exclama— porque lo soy más que nadie», como si fuese deshonroso que nadie le aventajase en tontería.

Pero salen a atajar lo que voy diciendo algunos de esos helenistas menudos que están siempre acechando como tantos teólogos de hoy y luego con sus anotaciones, como si fuesen humaredas, ofuscan a los demás, de cuyo gremio, mi querido Erasmo, a quien con frecuencia nombro para honrarle, si no es el alfa es la beta. «¡Donosa cita —exclamarán—, verdaderamente digna de la Estulticia! En nada se parece el pensamiento del Apóstol a lo que tú imaginas». Ni con esa frase quiso dar a entender que fuese más estulto que los demás, ya que lo que dijo fue: «Ministros de Cristo son ellos y yo también», como quien tiene a honra hacer notar que en esto era lo mismo que ellos; y todavía enmendó: «Y yo más», pues sabía que no sólo era igual a los demás Apóstoles en el ministerio evangélico, sino que en algo les superaba. Para que esta afirmación que él considera verdad no ofendiese por arrogante los oídos, se cubrió con el pretexto de la sandez, diciendo: «Hablo como el menos sabio», precisamente porque sabía que es privilegio de los estultos decir la verdad sin causar ofensa.

Les dejo que discutan lo que san Pablo quiso verdaderamente decir al escribir esto. En cuanto a mí, me atengo al parecer de nuestros famosos, grandes y crasos teólogos, prestigiosísimos a ojos del vulgo, con los cuales, ¡por Jove!, prefiere la mayoría de nuestros doctos engañarse, a estar en lo cierto con los sabios trilingüistas. Ninguno de tales teólogos estima a esos helenistillas más que a unos grajos, sobre todo un insigne teólogo cuyo nombre callo prudentemente para que mis grajos no lancen contra él el epigrama griego de «El asno tocando la lira»[132]; el cual ha explicado magistral y teologalmente el pasaje en cuestión y, al llegar

a la frase: «Hablo como estulto porque lo soy más que nadie», hace capítulo aparte, y además, no sin profunda dialéctica, añade un pedazo para interpretarla así. Transcribo sus propias palabras, así en forma como en esencia: «Hablo a lo estulto», o sea: «Si os parezco necio porque me comparo a los falsos apóstoles, más os lo he de parecer cuando veáis que me considero superior a ellos». Y poco después, como olvidándose de ello, pasa a otra cosa.

CAPÍTULO LXIV

Pero ¿por qué me esfuerzo en emplear sólo un ejemplo? En efecto, es derecho común de los teólogos que estiren como una piel las Sagradas Escrituras. En san Pablo, algunos pasajes de las Sagradas Escrituras ofrecen contradicciones que no existen en su lugar original y, si hemos de dar crédito a san Jerónimo, que hablaba cinco lenguas, cuando el Apóstol estuvo en Atenas vio por casualidad un ara votiva y violentó la inscripción para convertirla en argumento en favor de la fe cristiana; suprimió todo lo que le estorbaba y no conservó más que las palabras finales, aunque también un tanto alteradas: «Al Dios desconocido». En efecto, la inscripción original decía: «A los dioses de Asia, de Europa y de África; a los dioses desconocidos y extranjeros». Siguiendo su ejemplo, a lo que me parece, los hijos de los teólogos rebuscan en uno y otro lado cuatro o cinco fragmentos y, si les hace falta, los mixtifican a tenor de la conveniencia, sin tener en cuenta que lo anterior o lo que sigue guarde relación con el caso y a veces hasta lo contradice, método de tan afortunada desvergüenza que muy a menudo lo emulan los jurisconsultos.

¿Y qué será lo que no les salga bien después de que aquel gran… —casi se me escapa el nombre, pero le tengo temor al proverbio griego— dio un significado a las palabras de san Lucas que se acomoda al pensamiento de Cristo como el fuego al agua? Cuando un grave peligro amenaza, en tal momento los buenos vasallos suelen más estrechamente unirse a su señor, porque saben

cuánto vale la unión para luchar. Por eso Cristo quiso que los suyos no se acostumbraran a buscar auxilio, y les preguntó[133] si de alguna cosa habían carecido desde que les había enviado a anunciar el Evangelio, sin ayuda ninguna, sin calzado que defendiera sus pies de las espinas y de las piedras y sin alforjas contra el hambre; y como ellos le respondieron que nada les había faltado, dijo: «Pues ahora el que tenga un zurrón, lo abandone, y el que no lo tenga venda la túnica y compre una espada». Como quiera que la doctrina entera de Cristo no enseña otra cosa que la dulzura, la indulgencia y el desprecio de la vida, ¿a quién puede ocultarse el sentido de este pasaje? ¿Quiere, para más desarmar a sus enviados, que vayan exentos no sólo de zapatos y de alforjas, sino también que se despojen de su túnica, a fin de que, desnudos y libres, emprendan la predicación del Evangelio sin llevar sino su espada, espada no como aquella con que se lucran ladrones y parricidas, sino la espiritual que traspasa hasta el fondo del corazón y que de un solo tajo cercena todas las pasiones para no dejar en ellos más que la piedad? Pues ved ahora de qué manera nuestro célebre teólogo retorció este texto: La espada supone la defensa contra las persecuciones; la alforja, una adecuada cantidad de víveres para el camino; es decir, cual si Cristo, al darse cuenta de que había enviado a sus predicadores equipados poco suntuosamente, se retractara de sus instrucciones. Como si olvidara cuanto les había dicho de que serían bienaventurados sufriendo injurias, afrentas y suplicios; que les prohibía que se revolvieran contra la malevolencia; que habían de ser mansos pues éstos son bienaventurados y no los feroces; como si no les hubiera señalado que debían tomar ejemplo de los lirios y de los pajaritos, Cristo no había de querer ahora que partiesen sin espada, que vendiesen la túnica para comprarla, y prefería que fuesen desnudos que desarmados. Y así como bajo el nombre de espada comprendía todo lo pertinente a rechazar la violencia, la alforja resume todo aquello que concierne a las necesidades de la vida. Luego quiere el

intérprete del pensamiento divino enviar a los Apóstoles a predicar al Crucificado armados de lanzas, ballestas, hondas y bombardas; les carga de cajas, maletas y fardos, quizá para que no se expongan a salir de la posada sin comer. No impresiona al teólogo que acerca de esta espada que tanto recomienda comprar Jesucristo, había mandado poco antes que estuviese en la vaina y nunca se ha oído que los Apóstoles usasen espadas y escudos contra las violencias de los gentiles, como sin duda hubieran hecho si Cristo hubiera tenido la intención que se le atribuye.

Otro doctor que no quiero nombrar por respeto[134], y que no es de los últimos por su fama, al referirse a las tiendas que menciona Habacuc, «las pieles de la tierra de Madrán serán confundidas», las convierte en la piel de san Bartolomé desollado.

No hace mucho asistí a una disertación teológica, como lo hago a menudo, y uno preguntó en qué lugar de la Escritura se ordena castigar a los herejes por el fuego en vez de convencerlos por la persuasión. Un anciano grave, cuyo ceño declaraba francamente que era teólogo, respondió con gran indignación que ese pasaje era del apóstol san Pablo, el cual dijo: «Evita al hereje después de haber intentado repetidamente disuadirle de su error». Y como lo dijese reiteradamente y a grandes voces, muchos se preguntaron qué le sucedía a aquel hombre, y acabó por explicar que hay que apartar «de vita» (de la vida) al hereje. Unos se rieron, pero no faltaron quienes encontraron el argumento completamente teológico, y algunos de los demás protestaron con vehemencia. Entonces, un abogado tremendo y autor irrefragable dijo: «Atended una cosa: está escrito que “no dejéis que viva el malvado”; y como todo hereje es malvado, resulta…», etc. Maravillados se quedaron todos los presentes del ingenio del hombre y aprobaron esta opinión hasta con su calzado[135]. A nadie se le ocurrió que la palabra «malvado» en esta ley se refiere a los brujos, encantadores y hechiceros, a quienes los hebreos designaban con el nombre de

«mekaschephim», pues de otro modo, sería preciso también penar con la muerte la lascivia y la ebriedad.

CAPÍTULO LXV

Pero estoy persiguiendo tontamente casos tan innumerables, que no cabrían en los volúmenes que escribieron Crisipo y Dídimo[136]. Solamente voy a hacer constar que ya que a estos divinos maestros se les toleró, a mí, que soy una teóloga de pacotilla, también puede permitírseme igual derecho a no formular citas con entera exactitud. Vuelvo a san Pablo: «Soportad con paciencia a los sandios», ha dicho hablando de sí mismo, y añade luego: «Recibidme como a un ignorante», y «No hablo inspirado por Dios, sino sumido en el desconocimiento». Y todavía agrega: «Por Jesucristo somos estultos»[137]. Ya habéis visto qué elogio de la Estulticia y cuan gran autor lo pronuncia. Además la recomienda como la cosa más necesaria y útil: «El que de vosotros —dice— se crea sabio, vuélvase estulto para encontrar la verdadera sabiduría»[138]. Y san Lucas dice que Jesús llamó necios a dos de los discípulos cuando los encontró en el camino[139]. No sé si tener por admirable que san Pablo atribuya algo de estulticia al mismo Dios, porque ha dicho: «Lo estulto de Dios es más sabio que los hombres»[140], si bien Orígenes[141] en su comentario dice que no hay analogía entre el concepto humano y esta estulticia, pues es la misma a que se refiere este otro texto: «El misterio de la Cruz es una necedad para los que se condenan»[142].

Y, en fin, ¿para qué atormentarme en reunir tantos testimonios que apoyen mis convicciones cuando en los Sagrados Salmos vemos que Cristo dice claramente a su Padre: «Tú conoces mi

estulticia»[143]? Luego no es disonante que le complazcan en extremo los necios, al modo que los poderosos príncipes tienen por sospechosos y desagradables a los hombres demasiado sensatos —como Julio César, que desconfió de Bruto y Casio, y que, sin embargo, no tenía temor del beodo Antonio; Nerón de Séneca y Dionisio de Platón— y se deleiten, por el contrario, con los espíritus sencillos y rústicos. Así Cristo detesta a los sabios que se ufanan de su prudencia, y les condena, como atestigua san Pablo, claramente: «Dios escoge precisamente lo que el mundo tiene por estulto», y «Dios ha querido salvar al mundo por medio de la Estulticia»[144], ya que por la sabiduría no podría ser salvado. El mismo Dios abiertamente lo declara por boca del Profeta: «Confundiré la sabiduría de los sabios y condenaré la prudencia de los prudentes»[145], y cuando se gloría de haber ocultado a los sabios el misterio de la salvación y haberlo revelado francamente a los párvulos, esto es, a los estultos, y a los pobres de espíritu; porque en griego la palabra «párvulos, νηπίοι» significa lo contrario de «sabios, ςοοι». A esto corresponde el que en todo el Evangelio Cristo ataque insistentemente a los fariseos, a los escribas y a los doctores de la Ley, en tanto que protege a la multitud de indoctos. ¿Qué, si no, significa: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!»? Igual que si dijese: ¡Ay de vosotros, sabios! Y se le ve deleitarse con los niños, mujeres y pescadores, del mismo modo que entre todos los animales agradan más a Cristo los que más se apartan de la astucia de la zorra. Por eso quiso cabalgar en asno, cuando, si hubiera querido, habría podido hacerlo sin peligro en el lomo de un león; por eso descendió el Espíritu Santo tomando forma de paloma, y no de águila o milano; por eso las Sagradas Escrituras hablan constantemente de ciervos, corzos y corderos, y, además, Jesús llama ovejas a aquellos destinados a la vida eterna, pues ningún otro animal hay más simple que éste. Así lo prueba Aristóteles[146] cuando dice: «alma de cordero», frase que se dice por modo de insulto contra los estúpidos y torpes, fundándose en la estolidez de

la grey; y, sin embargo. Cristo se declara pastor de este rebaño; y ciertamente que el nombre de «cordero» le agradaba, como que san Juan le anunció: «Este es el cordero de Dios», lo cual aparece después muchas veces en el *Apocalipsis*.

¿Qué proclama todo esto sino que todos los hombres son estultos, incluso los piadosos? El mismo Cristo, que aun siendo «la sabiduría de su Padre», socorrió a la estulticia de los mortales, tuvo en cierto modo que hacerse estulto cuando se revistió de carne mortal, de la misma manera que se transformó en el pecado para redimir el pecado. Y quiso hacerlo por medio de la locura de la Cruz y de Apóstoles simples a quienes insiste en recomendar la sandez, apartando la sabiduría, y les da como ejemplo los niños, los lirios, el grano de mostaza y los pajarillos, seres sencillos, sin inteligencia, que viven según el instinto, exentos de preocupación y cuidado.

Además les prohíbe que se agobien por lo que vayan a responder delante de los tribunales y les veda que analicen las ocasiones y las circunstancias, es decir, que no se fíen de su prudencia, sino que descansen en él enteramente. Por la misma razón. Dios, eximio arquitecto del orbe, ordenó que no se degustase del árbol de la ciencia, como si ésta fuese el veneno de la dicha. San Pablo abiertamente la reprueba como vanidad y perdición; san Bernardo sigue esta opinión y pretende que el monte donde puso sus reales Lucifer se llame montaña de la sabiduría.

Quizá no parezca tampoco argumento para pasarlo por alto el de que la estulticia goce de los favores del cielo, ya que suele conceder a ésta el perdón de sus faltas, que al sabio niega rotundamente; y de aquí viene que los que han pecado con conocimiento busquen protección y pretexto en la estulticia. Si mal no recuerdo, Aarón, en el libro de los *Números*, implora el perdón para su esposa diciendo: «Te suplico, Señor, que no tomes en cuenta este pecado que hemos cometido estultamente». Saúl se excusa con David: «Está claro que he obrado como estulto»[147], y el mismo David apacigua así al Señor: «Te ruego, Señor, que no tomes en cuenta mi infamia,

porque obramos estultamente»[148], como si no pudiera alcanzar perdón sino pretextando estolidez e ignorancia. Pero lo impone de modo más terminante Cristo en la cruz misma al pedir por sus enemigos con estas palabras: «Padre, perdónalos», cuando sin ofrecer otra excusa que la ignorancia dijo: «porque no saben lo que hacen». De la misma manera escribe san Pablo a Timoteo: «Pero la misericordia de Dios me ha acogido, porque he obrado ignorante dentro de la incredulidad». ¿Y qué es obrar como ignorante sino dejarse conducir por la sandez más que por la maldad? ¿Y qué otra cosa significan las palabras «la misericordia de Dios me ha acogido» sino que no la habría alcanzado sin la sandez? Y viene también en nuestro favor un pasaje del Salmista, que no me he acordado de citar en su oportuno lugar: «Señor, no os acordéis de las faltas de mi juventud ni de mis ignorancias»[149]. Ya veis qué dos excusas da: la juventud, de la que soy inseparable compañera y las ignorancias, cuyo número denota la enorme fuerza de la estulticia.

CAPÍTULO LXVI

Pero para no continuar este tema inacabable y hablar concisamente, diré que parece que toda la Religión cristiana tenga algún parentesco con cierta especie de estulticia, y que, en cambio, no tiene la menor armonía con la sabiduría. Si deseáis pruebas de ello, advertid que los niños, los viejos, las mujeres y los necios gozan con las cosas de la religión mucho más que los demás y que están siempre rondando los altares, guiados solamente por un impulso natural. Además, veréis que aquellos primeros fundadores de la Religión fueron gente de extrema simplicidad y enemigos encarnizados de las letras. Por último, que no hay necios que disparaten más que aquellos a quienes arrebata por completo el ardor de la piedad cristiana, pues llegan a malversar sus bienes, pasar por alto las injurias, tolerar ser engañados, no distinguir entre amigos y enemigos, aborrecer la voluptuosidad, complacerse en el hambre, la vigilia, las lágrimas, los trabajos y las ofensas, aburrirse de la vida, desear únicamente la muerte y, en suma, parecer ciegos para el sentido común, como si tuvieran el alma enante y no dentro del cuerpo. ¿Qué otra cosa es esto sino la locura? Por ello no parece cosa de admirarse que los Apóstoles fuesen tomados por beodos y que san Pablo le pareciese loco al juez Festo.

Pero ya que me vestí con la piel del león, quiero continuar mostrándoos que la felicidad de los cristianos, que buscan a costa de tanto esfuerzo, no es sino una especie de locura y de estulticia, y

no se vea animadversión en mis palabras, sino búsquese su esencia.

Primeramente, los cristianos convienen poco más o menos con los platónicos en que el alma está oculta y ligada por los vínculos corporales y que esta grosería le impide contemplar y gozar las cosas verdaderas. Por ello se define la filosofía como meditación de la muerte, porque, merced a ella, la mente se separa de las cosas visibles y corpóreas, que es lo mismo que hace la muerte. De este modo, en tanto en cuanto el espíritu hace uso discreto de los órganos del cuerpo, se llama sensato, pero cuando, rotos estos vínculos, trata de procurarse la libertad, como si proyectase la fuga de la cárcel, se le califica de loco. Si ello acontece por enfermedad o deficiencia del organismo, no hay quien discrepe de que es locura. Y, sin embargo, vemos a tal especie de hombres predecir las cosas futuras, y saber lenguas y letras que hasta entonces nunca habían aprendido, y presentar en sí algo que es absolutamente divino. No cabe dudar de que esto procede de que la mente, al estar algo más libre del contacto del cuerpo, empieza a poner por obra su facultad natural. La misma causa, según creo, debe de tener el que a los moribundos les ocurra algo parecido, como si dijesen ciertas cosas prodigiosas por inspiración. Aunque esto ocurra también en el celo piadoso, acaso no es el mismo género de demencia, pero sí tan parecido, que la mayor parte de los hombres lo consideran vulgar locura, sobre todo en el caso de unos pocos hombrecillos que viven en pugna con la vida toda de los mortales.

Así suele ocurrirles lo propio de la fábula de Platón acerca de aquellos que vivían encadenados en el fondo de una caverna contemplando las sombras de las cosas, y si uno de ellos salía, a su regreso al antro aseguraba haber visto los objetos tales como eran de veras y que están muy equivocados los que creen que no existe nada más que las miserables sombras. El sabio les compadece y deplora su estulticia que les hace víctimas de tan grosero error, pero ellos a su vez se burlan de él como delirante y le rechazan.

El común de los mortales se siente especialmente atraído por las cosas que sean más corpóreas y cree que son las únicas que pueden existir; pero los devotos, por el contrario, desprecian tanto más lo que mayor vínculo tiene con el cuerpo y se dan por entero a la contemplación de las cosas invisibles. Aquéllos colocan en primer lugar las riquezas, en el segundo las satisfacciones del cuerpo y relegan el espíritu al último puesto, y aun hay muchos que niegan su existencia por ser invisible. Los devotos viven primero para Dios, el ser más sencillo entre todos, y después para el alma, que es lo que más se le acerca; desdeñan los cuidados corporales, repugnan el dinero como inmundo, lo rehuyen, y si se ven obligados a manejarlo, lo hacen con disgusto y asco, y lo tienen como si no lo tuvieran, y lo poseen como si no lo poseyeran.

Existe profunda diferencia entre éstos en todas las cosas. Las facultades humanas tienen todas relación con el cuerpo, y, sin embargo, hay algunas más groseras, cual el tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto. Otras, como la memoria, el entendimiento y la voluntad, parecen más independientes del cuerpo. Predominará aquella donde se concentre el espíritu. Los devotos, al dirigir la fuerza del espíritu a las cosas más extrañas a los sentidos, terminan por quedarse como entorpecidos y atónitos, en tanto que el vulgo, usando sólo de éstas, prevalece en ellas y no sirve para las primeras. Esta es la causa de que algunos santos varones bebiesen aceite creyéndolo vino, según se dice[150].

Además, entre las pasiones hay algunas que tienen más afinidad con el cuerpo, como la lujuria, la gula, la gana de dormir, la ira, la soberbia y la envidia, a las que los devotos hacen implacable guerra, en tanto que el vulgo no sabe vivir sin ellas. Hay también movimientos del espíritu comunes y naturales, como el amor a la patria, el cariño a los hijos, a los padres, a los amigos, a los que el vulgo concede cierta importancia, pero los devotos se esfuerzan por desarraigarlos de su corazón o más bien por elevarlos a la región más alta del espíritu, y así, cuando aman al padre, no lo aman como

padre que sólo les dio su parte física, y aun esto se lo deben a Dios, sino como varón justo, en el que ven brillar una imagen de la divina mente que llaman Sumo Bien, fuera del cual nada hay para ellos digno de ser amado o anhelado. Este mismo criterio aplican a todos los sentimientos en la vida, de suerte que si no desprecian absolutamente todo lo visible, lo postergan a lo invisible.

Establecen en los Sacramentos y aun en los deberes de piedad un aspecto espiritual y otro corporal. Así, en el ayuno, conceden poca importancia a4a abstinencia de carne y de cena, que es lo que el vulgo considera absoluto ayuno, a no ser que al mismo tiempo repriman lo más posible las pasiones refrenando cólera y orgullo, a fin de que el alma, más aliviada de su carga corporal, pueda elevarse al goce y fruición de los bienes celestiales. De manera semejante razonan respecto de la Misa y, aunque no desdeñan la liturgia, le conceden poco interés y la consideran perjudicial incluso, si no se le añade lo espiritual, que es lo representado con aquellos signos visibles. Se representa allí la muerte de Cristo, la cual deben imitar los mortales domando, extinguiendo, y sepultando, por decirlo así, las pasiones del cuerpo para resucitar como Él a una nueva vida y unirse con Cristo y con todos los hermanos. Así piensa y se conduce el creyente.

En contra, el vulgo cree que el sacrificio de la Misa consiste sólo en plantarse ante el altar lo más próximo posible al sacerdote, escuchar el estruendo de las voces y contemplar ceremonias de ese estilo menor. No sólo en los ejemplos dichos, sino en todas las demás ocasiones de la vida, el devoto evita todo lo concerniente al cuerpo para elevarse hacia lo eterno, lo espiritual y lo invisible. Por lo cual, como tan enorme diferencia separa a unos y otros, se tachan de locos mutuamente. Esta palabra, a mi ver, mejor encaja en los devotos que en el vulgo.

CAPÍTULO LXVII

Ello se verá más claro si, según os lo he prometido, demuestro brevemente que esa suprema felicidad a que aspiran los creyentes no es sino una especie de locura.

Observad que Platón vislumbró algo de esto cuando escribió que el delirio de los amantes era el más feliz de todos[151]. En efecto, el que ama ardientemente no vive en sí, sino en el objeto amado, y cuando más se aparta de su propio ser para acercarse a ese objeto, su gozo crece más y más. Cuando el espíritu procura separarse del cuerpo de modo que ya no usa apropiadamente de sus órganos, sin duda a esto lo definirías como furor. ¿Qué otro sentido tienen si no las expresiones vulgares de «está fuera de sí», «vuelve en ti» y «ya ha vuelto en sí»? Ahora bien: cuanto más intenso es el amor, más profundo y feliz es el delirio que produce. Por tanto, ¿qué puede ser esa vida celestial a la que las almas piadosas tan fervientemente aspiran?

El espíritu, como más fuerte y poderoso, absorberá al cuerpo más fácilmente cuanto que éste ha sido ya preparado para tal transformación por el ayuno y la penitencia. A su vez el espíritu será después absorbido por la esencia divina, que es más potente por mil motivos, y así, cuando el hombre esté por completo fuera de sí mismo, podrá alcanzar la felicidad, porque estará despojado de su materialidad y sentirá algo inefable emanado de aquel Sumo Bien que atrae hacia sí a todas las cosas.

Es verdad que esta dicha no puede ser perfecta hasta que el alma haya recuperado su antiguo cuerpo y le dé la inmortalidad, pero como la vida devota no es más que una meditación de esta existencia y como una sombra de ella, son algunas veces recompensados como con una especie de goce y aroma de ella.

Aunque es solamente una gota en comparación con la fuente de la divina felicidad, vale más que todas las delicias humanas juntas. ¡Tanto aventajan los deleites espirituales a los corporales y los invisibles a los visibles! No es de extrañar que anunciase el profeta: «No ha visto el ojo, ni oído el oído, ni sentido el corazón jamás lo que Dios guarda para los que le aman»[152]. Y esto es una parte de la necedad, a la que no destruye el hecho de pasar a mejor vida sino que la perfecciona. Los pocos a quienes les es dado gustar estos placeres experimentan algo muy parecido a la locura; dicen cosas poco coherentes y diversas de la costumbre humana; hablan sin sentido y cambian súbitamente de cara; tan pronto están alegres como tristes; lloran, ríen o sollozan; y, en fin, están verdaderamente fuera de sí mismos. Luego, cuando recobran el conocimiento, no saben si estuvieron dentro del cuerpo o no, ni si están dormidos o despiertos; ni recuerdan más que como a través de una niebla y un sueño lo que han oído, visto, dicho y hecho; de lo único que están seguros es de que han sido profundamente dichosos durante este desvarío, por lo cual lamentan el haber recobrado la razón, tanto que nada desean más que gozar sin interrupción de su especial locura. Tal es una ligera degustancioncilla de la futura felicidad.

CAPÍTULO LXVIII

Pero noto que me he olvidado de que estoy traspasando los límites convenientes. Si alguien considera que he hablado con demasiada pedantería o locuacidad, pensad que lo he hecho no sólo como Estulticia, sino como mujer. Recordad, además, el proverbio griego que dice: «Los locos a veces dicen la verdad», a menos que penséis que este refrán no reza con las mujeres.

Veo que estáis aguardando el epílogo; pero os erráis si imagináis que me acuerdo de una sola palabra de todo este fárrago que acabo de soltar… Vaya este adagio antiguo: «No me gusta el convidado que tiene buena memoria». Y yo invento éste: «Detesto al oyente que se acuerda de todo». Por todo ello, ¡salud, celebérrimos devotos de la Sandez, aplaudid, vivid y bebed! Fin.

GLOSARIO

Afortunadas, islas: expresión homérica en la *Odisea*, IX, 109. Las islas Afortunadas son escenario de diversas leyendas paradisíacas de la Antigüedad, que las sitúan más allá del estrecho de Gibraltar o columnas de Hércules, por lo que se las ha identificado a menudo con las Canarias.

Aldo Manucio: se refiere a Aldo Manucio o Manucci (h. 1450-1515), impresor y estudioso veneciano, fundador de la famoso imprenta Aldina, que se distinguió por dispensar las primeras ediciones de diversos autores griegos, romanos e italianos, además del propio Erasmo. Fue el primero en imprimir con caracteres griegos y usó también nuevos tipos que encargó. Imprimió cerca de un millar de libros y su obra fue continuada por su hijo y nieto.

Alfa y omega: locución tomada del *Apocalipsis*, I, 8: *Ego sum Alpha et Omega, principium et finis, etc.* En griego, la letra alfa se usa para designar el número 1.

Anquises: padre de Eneas, el cual fue fruto de sus amores con Venus.

Apeles: fue el más célebre pintor de la Antigüedad y vivió en el siglo IV a. C. Probablemente nació en Colofón, patria de Jenófanes y una de las cultas ciudades de la costa del Asia Menor. Fue un protegido de Alejandro Magno.

Apolo: Apolo, o Febo Apolo, identificado con el Sol, era hijo de Júpiter y Latona y hermano gemelo de Diana. Es el dios de la medicina, la poesía, la música y los oráculos.

Aquiles: hijo de Peleo y de la diosa Tetis, fue el guerrero más famoso del bando griego en la guerra de Troya.

Argos: símbolo por antonomasia de la agudeza de visión. En Ovidio, *Metamorfosis*, I, 625: *Centum luminibus cinctum caput Argus habebat* («La cabeza de Argos tenía cien ojos en ruedo»).

Arquíloco: poeta griego (h. 714-676 a. C.), nacido en Paros. Ha sido estimado como el primero de los líricos, aun cuando son renombradas sus poesías satíricas.

Arturo: rey semilegendario (¿siglo VI?) de los britanos, considerado como héroe nacional de la primitiva Britania, a la cual parece haber defendido contra los sajones, si es que se admite que fue un caudillo romano-britano. Se le consideró como uno de los puntos de arranque de la caballería y la nobleza medievales y centró una copiosa literatura.

Até: era la diosa del castigo y la venganza fatales. Cfr. *Ilíada*, XIX, 91.

Atelanas: farsas groseras que se representaban en los albores del teatro romano.

Atenea: véase **Palas Atenea**.

Ayax: guerrero del bando griego en la guerra de Troya, famoso por su fuerza y corpulencia.

Baco: refiere Ovidio (*Metamorfosis*, III, 310; IV, 12) que Baco era hijo de Júpiter y la ninfa Sémele y nació prematuramente, por lo cual el dios lo salvó teniéndolo insertado en su muslo hasta el momento oportuno. El sitio donde lo conservó Júpiter contrasta con el hecho de que Palas Atenea, o Minerva, naciera directamente de su cabeza.

Basílides: contemporáneo del emperador Adriano, enseñaba que existían 365 cielos, figurados por la palabra mágica «Abraxas», el valor de cada una de cuyas letras, al sumarse según la numeración griega, daba aquella cantidad. Así: A´, 1; B´, 2; P´, 100; A´, 1; Ξ’, 60; A´, 1; Σ´, 200.

Bruto: Marco Junio Bruto (85-42 a. C.), político romano, se alineó con Pompeyo en la guerra contra Julio César y participó en la conspiración que le dio muerte. Se suicidó tras ser derrotadas sus tropas en Farsalia por las de Octavio. Quevedo escribió una biografía de él que le presenta como modelo de las virtudes de un tribuno republicano.

Cadmo: fue metamorfoseado en serpiente, en Ovidio, IV, 571-603.

Caos: según Hesíodo, el caos era hijo de la oscuridad. Ovidio, recogiendo las tradiciones griegas de su tiempo, presenta al dios supremo que crea el cielo y la tierra rasgando el caos.

Casio: Cayo Casio Longino (m. 42 a. C.) fue cuestor y tribuno y se adhirió al bando de Pompeyo. Después de la batalla de Farsalia, fue hecho prisionero por Julio César y amnistiado. Conspiró con el grupo aristocrático enemigo de éste, preparando su asesinato. Perseguido por la reacción favorable al recuerdo de César, huyó junto con Bruto y se suicidó después de ser derrotados en Filipos.

Catón: en esta familia romana fueron más célebres Marco Porcio Catón el Viejo (234-149 a. C.), también conocido por el Censor, que mandó tropas en la segunda guerra púnica y dirigió una severa represión en Hispania. Defendió la austeridad de costumbres y gastos y advirtió insistentemente a los romanos contra el peligro cartaginés. Su biznieto Marco Porcio Catón el Joven (95-46 a. C.), llamado de Útica, fue cuestor y tribuno, se enfrentó con Julio César, luchó en el lado de Pompeyo en la batalla de Farsalia, escapó a Útica, en la costa africana, y se suicidó allí, tras la victoria de César en Thapso.

Caverna de Platón: en su *República* (I, 7), Platón expone su concepto del conocimiento que el hombre tiene de las cosas presentando la conocida parábola de una caverna donde hubiera diversas personas sentadas de espaldas a la entrada, y que sólo vieran del exterior las sombras que se proyectaban sobre la pared.

Ceyx: fue metamorfoseada en ave, según Ovidio (1, XI, 410-742).

Cicerón: Marco Tulio Cicerón (106-43 a. C.) fue uno de los más famosos políticos y literatos romanos y el más descollante de los oradores. Nacido en Arpinum, de familia ilustre, estudió en Grecia y Asia Menor y fue luego cuestor y pretor, y cónsul en el año 63 a. C., en que denunció y desbarató la conspiración de Catilina, haciéndole matar, exceso que le fue reprochado y lo obligó a exiliarse. Más tarde, de regreso, se adhirió a Pompeyo en el enfrentamiento contra César. Después del asesinato de éste, clamó y actuó contra Marco Antonio, Octavio y Lépido, los triunviros, hasta ser perseguido por su poder y muerto. Sus fracasos e infortunios como político activo contrastan con la brillantez de su obra literaria y sus discursos.

Cinamomo: el cinamomo actual, *Cinnamomum zeylanicum*, es diferente del antiguo, que se supone fue la casia, empleada en los embalsamamientos egipcios, en la liturgia hebrea y más tarde como perfume medieval, que era una de las especias traídas de Oriente.

Circe: hija del Sol, dedicada a la hechicería, habitaba en la isla de Ea y embrujaba a sus huéspedes convirtiéndolos en animales. Algunos de éstos eran compañeros de Ulises.

Cómodo: el emperador Lucio Aurelio Cómodo (180-192) era hijo de Marco Aurelio. Aunque había sido educado con esmero, mostró una inclinación a la violencia y el libertinaje que convirtieron su reinado en uno de los más escandalosos. Su amante Marcia encargó al atleta Narciso que lo matase, y con su muerte se extinguió la familia Antonina.

Córdax: danza lasciva y descompuesta.

Creso: rey de Lidia (h. 560-h. 546 a. C.). Tras usurpar el trono, sometió a las ciudades de la costa griega del Asia Menor y promovió su riqueza, acopiando un tesoro que se hizo famoso. La prosperidad de esta región se debió en parte a haber comenzado a utilizar la moneda en el comercio. Fue derrotado y desposeído por los persas.

Crisipo: Crisipo de Cilicia, el más sutil e ingenioso de los estoicos (h. 281-208 a. C.), dirigió la escuela estoica, sucediendo a su maestro Cleantes. Autor prolífico, redactó centenares de tratados.

Cronos: según algunas versiones, la creación del cosmos fue efectuada por Cronos, divinidad primigenia a quien llamaban Saturno los latinos. Hijo de Urano, el cielo, y Gea, la tierra, tomó por esposa a su hermana Rea y, avisado de que un hijo suyo lo destronaría, fue devorándolos a medida que nacían, escena representada por Goya. Cuando nació Zeus, o Júpiter, su hijo, su madre lo escondió y más tarde éste luchó contra Cronos y lo destronó.

Cupido: niño dios del amor, hijo de Venus.

Dafne: la ninfa Dafne fue metamorfoseada en árbol, según refiere Ovidio, *Metamorfosis*, I, 452-567.

Decios: tres individuos de la familia de los Decios se ofrecieron en sacrificio a los dioses por amor a la patria, en los siglos IV y III a. C.; en Cicerón, *De finibus*, II, 19, 61.

Delos: Ovidio, en *Metamorfosis*, VI, 333-334, habla de la que había sido flotante y errabunda isla de Delos, asilo de Latona, amante de Júpiter. *Errática Delos – orantem accepit tum cum levis insula natat* («La errática Delos acoge a la suplicante mientras flota la leve isla»).

Demócrito: famoso filósofo griego, nacido en Abdera hacia el año 480 a. C., a quien algunos tienen por precursor del concepto del átomo. De él se dice que el espectáculo de la vida humana le producía constante risa.

Demóstenes: el famoso orador Demóstenes (384-322 a. C.) nació en Atenas y quedó huérfano a los siete años. Sus tutores malbarataron la herencia de su padre y el joven Demóstenes los llevó a juicio y ganó el pleito. Más tarde profundizó en el estudio de las leyes y su práctica. Hasta alrededor de los treinta años su trabajo consistía en hacer estudios y discursos para otros, pero

hacia el año 354 empezó a interesarse por la política y se centró en denostar el imperialismo de Filipo II de Macedonia y la desunión de las ciudades griegas.

Diana: hija de Júpiter y Latona y hermana gemela de Apolo, era una divinidad itálica que fue luego refundida con la Artemis griega. Señoreaba sobre los bosques, los animales y la fertilidad. Según otras significaciones, se la considera también diosa de la Luna y de los infiernos y los hechizos. Frazer, en su *Rama dorada*, analiza los mitos telúricos relacionados con su culto. Abundaron las leyendas de favores y también de crueles castigos determinados por esta diosa.

Dídimo: nació en Alejandría en 63 a. C. y fue gramático y retórico.

Ecceidad: entre los escolásticos, es lo que indica que está presente una cualidad en una cosa.

Eléboro: planta ranunculácea cuyo rizoma contiene glucósidos venenosos que producen graves alteraciones, a veces mortales. En contra de la opinión clásica, que estimó que servía para curar trastornos nerviosos, hoy se la considera peligrosamente perjudicial.

Empíreo: a los siete cielos tradicionales los filósofos griegos añadieron otros tres, de los cuales el décimo, o Empíreo, se destinaba a los bienaventurados.

Entimema: es una forma clásica de silogismo donde una de las dos premisas está sobreentendida por obvia dentro del razonamiento.

Erix: hijo de Venus y hermano de Eneas, fue rey de Sicilia y murió a manos de Hércules.

Esculapio: nombre latino del dios griego Asclepio, posible abstracción de una o varias figuras reales de la medicina y la filosofía. Tenía un templo en Epidauro y fueron famosas las serpientes que se veneraban en él y siguen presentes en los emblemas actuales de la medicina y la farmacia. Las menciona Aristófanes en el *Pluto*, vv. 690 y 733.

Estentor: combatiente griego en la guerra de Troya, donde sirvió como heraldo por su poderosa voz, según la *Ilíada*, V, 785.

Estoicos: la escuela de los estoicos deriva su nombre de la *Stoá*, o pórtico, donde se reunían los primeros miembros de esta agrupación.

Euclides: matemático griego (h. 300 a. C.) que enseñó en Alejandría y compuso sus *Elementos* en trece libros, que constituyen el primer tratado matemático griego llegado hasta nosotros.

Eurípides: dramaturgo griego (480 o 484-406 a. C.) Compuso unos ochenta dramas, de los que se han conservado completos dieciocho. Se distinguió por su notable habilidad en el montaje y desarrollo de las situaciones escénicas así como por su destreza en procurarse popularidad y amparo oficial.

Faón: fue un viejo barquero de Mitilene que transportó a Venus sin querer cobrarle nada, y recibió de ésta el obsequio de ser devuelto a la juventud.

Furias: son tres divinidades maléficas que torturan y enloquecen a sus víctimas. Sus nombres son Alecto, Tisífone y Megera.

«Gesta romanorum»: las *Gesta romanorum* parecen haberse escrito en Inglaterra a finales del siglo XIII y principios del siguiente.

Gorgonas: seres maléficos, hijas de Forcis y Ceto, de figura monstruosa y mirada que transformaba en piedra a aquellos a quienes se dirigiese. Eran tres, Esteno, Euríale y Medusa, de las que eran inmortales las dos primeras. La última fue muerta por Perseo con la ayuda de Palas Atenea.

Gymnopaidía: danza de origen espartano.

Harpócrates: las imágenes de este dios, vinculado con el Horus egipcio, lo representaban frecuentemente con ademán de indicar silencio.

Héctor: príncipe troyano, hijo del rey Príamo y Hécuba, casado con Andrómaca. Lo mató Aquiles en el curso de la guerra cantada por

Homero.

Hércules: hijo de Júpiter y Alcmena, llamado también Alcides, es la representación de la fuerza en la mitología griega.

Hermógenes: Marco Tigelio Hermógenes fue un popular cantante protegido por Augusto y mencionado por Horacio.

Hesíodo: poeta griego, del siglo VIII a. C., que describió la vida rural en *Los trabajos y los días*, dando consejos sobre las tareas más convenientes, y la creación del mundo en la *Teogonía*.

Isócrates: orador y literato ateniense (436-338 a. C.) que se integró de joven en el grupo de Sócrates y se dedicó luego a la enseñanza de la oratoria, sobre la que escribió varios tratados. Se pronunció contra el imperialismo de Filipo de Macedonia, propugnando por la unidad de los griegos.

Jacobinos: aunque a este vocablo se ha superpuesto la significación política más moderna del mismo, designaba originariamente el convento dominico de París, en la calle Saint-Jacques, donde se instaló un grupo extremista en la Revolución Francesa.

Japeto: fue un titán, padre de otros con los que se enfrentó Zeus en la lucha de éste por dominar el mundo, de donde expulsó a los titanes.

Jerónimo, san: padre de la Iglesia, nacido en Stridon (Italia) (h. 342-420). Estudió las humanidades clásicas y viajó por el Próximo Oriente. Fue luego secretario del papa Dámaso. De regreso a Tierra Santa, se estableció en Belén en 386 y preparó allí su versión al latín, la *Vulgata*, de las Sagradas Escrituras.

Julio II: el papa Julio II (1503-1510, n. 1443) fue un descollante mecenas y ordenó a Bramante diseñar la basílica de San Pedro, cuyas obras comenzaron en 1506. Encargó a Rafael y Miguel Ángel grandes trabajos para la misma. Mantuvo una guerra para defenderse de los franceses con la ayuda de las armas españolas del Gran Capitán. Erasmo satirizó su presunto belicismo con la obra *Julius exclusus*.

Juno: hija de Saturno y Cibeles, hermana y esposa de Júpiter; es la protectora de los matrimonios.

Júpiter: hijo de Saturno o Cronos y de Cibeles o Rea, se salvó gracias a su madre de ser devorado por su padre como había ocurrido antes con sus hermanos. Júpiter le obligó a vomitarlos y con su ayuda destronó a su padre y se entronizó en el Olimpo.

Latona: amante de Júpiter, de quien tuvo a Apolo y Diana. Por temor a Juno, esposa del dios, ningún lugar de la Tierra la admitía para que diese a luz. Sólo la acogió la isla de Ortigia, que era flotante y errante, pero fue parada por Apolo, el cual la llamó Delos (véase **Delos**).

Leteo: río del olvido, en los infiernos. Virgilio habla de él en *Eneida*, VI, 715: *Lethaei ad fluminis undam… securos latices et longa oblivia potant* («En las ondas del río Leteo beben aguas tranquilas y unos largos olvidos»).

Licurgo: legislador legendario de Esparta situado vagamente en el siglo X a. C., a quien se atribuye el código de costumbres austeras y disciplinadas de aquella ciudad. Quiso mostrar a su pueblo la importancia de la educación, valiéndose de la exhibición de dos perros, uno cazador y otro casero, según recuerda Horacio (*Epístolas*, I, 2, 65).

Linceo: uno de los argonautas, cuya clara vista se exageró proverbialmente, quizá por haber emparentado su nombre con el lince.

Luciano: satírico griego(h. 117-180 d. C.), que nació en Samosata y viajó ampliamente por el imperio pronunciando discursos pagados, con los que se enriqueció. Se estableció en Atenas y se dedicó a un nuevo género literario, el diálogo humorístico, dentro del cual sobresalieron sus *Diálogos de los dioses* y los *Diálogos de los muertos*. También escribió narraciones de entretenimiento, sin dejar de buscar moralejas.

Malea: en la actualidad este cabo es el Matapán, famoso por sus tempestades, escenario de diversos episodios de la historia naval.

En 1941 se desarrolló en sus inmediaciones una importante batalla entre la flota británica mandada por lord Cunningham, y la italiana del almirante Riccardi.

Marco Curcio: el caballero romano Marco Curcio, también llamado Meto o Metio Curcio, se arrojó a un abismo que se había abierto en el Foro en el año 362 a. C., y que sólo se cerraría si se lanzaba a él voluntariamente lo más valioso de la ciudad, según había anunciado un oráculo. Erasmo confunde su nombre con el de Quinto Curcio Rufo, el cual escribió hacia los años 41-54 d. C. una historia de Alejandro Magno.

Memnón: el rey etíope Memnón era hijo de Titón y Eo, la Aurora. Era sobrino del rey troyano Príamo y combatió contra los griegos hasta perder la vida a manos de Aquiles. Zeus, conmovido por las lágrimas de Eo, se la restituyó y le hizo inmortal. Estas lágrimas fueron tenidas por el origen del rocío matutino. El nombre de Memnón se relacionó en Egipto con las estatuas de Amenhotep III, cerca de Tebas. Una de ellas tenía fama de emitir unos sonidos armoniosos a la salida del Sol, saludando a la aurora, fenómeno causado probablemente por el cambio de temperatura de las piedras.

Menenio Agripa: cónsul romano en 503 a. C. Logró apaciguar una revuelta del populacho romano, en el año 494, contra las clases altas, gracias a las concesiones que obtuvo de éstas. La leyenda añade que aquietó el tumulto con un discurso en que defendió que todos los sectores de la colectividad eran convenientes entre sí, valiéndose del símil de la cooperación entre las distintas partes del cuerpo (Tito Livio, II, 16, 7; 32, 8).

Mercurio: hijo de Júpiter y Maya, es el mensajero del Olimpo y protector de los viajeros y comerciantes, así como custodio de los muertos en su camino hacia ultratumba.

Midas: rey de Frigia, discípulo de Orfeo. Dioniso le concedió el don de transformar en oro todo lo que tocase y luego se lo quitó a petición del propio Midas. Arbitro de los desafíos musicales entre

Apolo y Pan y Apolo y Marsias, el dios castigó el que Midas lo desaprobara haciendo que sus orejas creciesen como las de un asno.

Mileto: ciudad jónica de la costa de Asia Menor cuya prosperidad comercial empezó hacia el siglo IX a. C. Su esplendor cultural está simbolizado por la figura de Tales que encabezó la escuela de pensadores allí radicada en el siglo VI a. C. Aulo Gelio (*Noches áticas,* XV, 10), refiere que unas jóvenes de Mileto, enamoradas hasta la locura, quisieron ahorcarse.

Minos: hijo de Zeus y de la ninfa Europa, fue rey de Creta e hizo construir en ella el laberinto. Este relato poetiza la cultura minoica de la isla cuyo monumento principal es el palacio de Cnossos. Según la leyenda, Minos hacía creer a los cretenses que recibía instrucciones de Júpiter en una gruta.

Moly: la planta llamada moly en la actualidad es una especie bulbosa *(Allium moly)*, que no tiene relación con la mencionada en la *Odisea* (X, 302-306). Se describe allí que Hermes se la proporciona a Ulises como protección contra la magia de Circe. En la misma época clásica no estaba claro si la planta en cuestión era real o fantasiosa, acaso como vestigio de religiones orientales.

Momo: divinidad menor, hijo de la noche, según Hesíodo (*Teogonía*, 214), que solía criticar satíricamente a los demás dioses, por lo cual más tarde se le ha emparentado con el teatro cómico.

Morosofos: Μωροσόφος, en el original, palabra creada por Luciano (*Alex.*, 40), para designar a los sabios que desbarran. La palabra griega ha resucitado curiosamente en el mundo estudiantil norteamericano, donde se llama *sophomores* a los estudiantes de segundo curso, como si fuesen aprendices de sabios.

Némesis: divinidad griega que personifica la venganza celestial contra la soberbia y la ambición.

Neotete: parece un nombre inventado por Erasmo y con el significado de «instauración de la juventud» lo aplica a una ninfa.

Nepente: era una bebida que los dioses usaban para aliviar las heridas o dolores y que producía olvido, como las aguas del río Leteo. Existe una planta con este nombre, la *Nepenthes distillatoria*, que es carnívora y exige un ambiente cálido y húmedo.

Neptuno: llamado Poseidón en la mitología griega, es hijo de Saturno y Cibeles y reina sobre los mares y las aguas.

Néstor: rey de Pilos, consejero prudente de Menelao en la guerra de Troya. Fue proverbial su longevidad.

Nireo: personaje de fealdad proverbial, como fue la de Picio. Es mencionado por Juvenal, III, 90-91.

Nominalismo: en la Edad Media las ideas realistas de origen platónico y aristotélico derivaron hacia ciertas posturas de reconocimiento de que tienen realidad las ideas universales, las cuales existen aparte de las cosas concretas, actitud que anduvo paralela a la ortodoxia religiosa. Como reacción contra el realismo, los nominalistas negaron la existencia de los universales, pretendiendo que la existencia de un vocablo generalista no implica la existencia real de una cosa general designada por éste. Guillermo de Ockham (h. 1290-1349) intentó conciliar ambas posiciones.

Numa Pompilio: fue el segundo monarca de la primitiva Roma (715-673 a. C.). Organizó las costumbres y devociones y pretendía estar aconsejado por los dioses a través de la ninfa Egeria.

Oráculo de Delfos: el templo de Apolo en Delfos estaba centrado por el trípode colocado sobre una fuente de emanaciones tóxicas, y en éste se sentaba la pitonisa del oráculo.

Orco: es concepto similar al de infierno, alusivo a un primitivo cosmos amorfo y desordenado, anterior a la creación divina.

Órdenes religiosas: muchas de las órdenes que vemos caricaturizar en el texto habían sido fundadas en tiempo de Erasmo, o poco antes, por lo cual se hallaban todavía en plena

discusión: así santa Coleta había fundado la orden de Santa Clara en 1425; san Francisco de Paula, los mínimos, en 1436; los observantes habían sido aprobados en 1446, y los agustinos recoletos, en 1526. Aparte de los seguidores de santo Tomás de Aquino (1225-1274), se hace alusión en la obra de Erasmo a los de san Alberto Magno (h. 1200-1280) y de Duns Scoto (h. 1265-1308), dominicos los dos primeros y franciscano el último. Estas órdenes hicieron causa común con los autores respectivos en sus tesis filosófico-teológicas.

Orfeo: en Horacio (*Epístola a los Pisones*, vv. 392 y sigs.): «El sagrado Orfeo, oráculo de los dioses, apartó de la vida y de las costumbres sanguinarias a los hombres salvajes. Así dijeron que amansaba tigres y leones corajudos. Y así se dijo del fundador de la Acrópolis de Tebas, Anfión, que movía las piedras al son de su laúd» (traducción de Lorenzo Riber).

Orígenes de Alejandría: Orígenes de Alejandría (h. 185-254) fue uno de los teólogos más sobresalientes de la Iglesia primitiva y dirigió en su ciudad una escuela neoplatónica y estoica aplicada al análisis de las Sagradas Escrituras. Tras un viaje a Palestina en 216, en que fue ordenado presbítero, el obispo de Alejandría le reprochó su indisciplina y lo secularizó. Orígenes se estableció en Cesárea, donde fundó una escuela de literatura y teología; defendía que todos los textos admiten tres interpretaciones: la literal, la psicoética y la alegórica. Murió en el curso de la persecución de Decio contra los cristianos, en Tiro.

Palas Atenea: denominada Minerva en la mitología latina, era hija de Júpiter y Metis. Es la diosa de la inteligencia, las artes y las letras, nacida de la cabeza de Zeus.

Pan: divinidad de la fertilidad, hijo de Mercurio-Hermes. Se le sitúa en la vida silvestre, dedicado al pastoreo y los cultivos, y abundan las fábulas que le describen persiguiendo ninfas.

Paris: hijo del rey troyano Príamo y de Hécuba, raptó a Elena, esposa del rey espartano Menelao, hecho que desató la guerra de

Troya. La conquista de Elena le había sido preparada por Venus a cambio de que Paris eligiera a ésta como la más bella, en un juicio donde ella compitió con Juno y Atenea.

Penélope: esposa de Ulises, que esperó largos años su retorno mientras tejía y destejía una labor para entretener a sus pretendientes. Dice Horacio (*Epístolas*, I, 2): «Holgazanes como los pretendientes de Penélope o la corte juvenil de Alcinoo, cuidadosa de pulirse el cutis más de lo que sería de razón».

Platón: filósofo ateniense (428 o 427-348 o 347 a. C.). Nacido en familia patricia, sus parientes estuvieron conectados con el poder en tiempos de Pericles. Fue discípulo de Sócrates y, al ser éste ejecutado en 399, parece que se exilió junto con Euclides en Megara, y que luego viajó por Egipto e Italia, donde pasó dos largas temporadas en Siracusa. De regreso a Atenas fundó la Academia y, basándose en las enseñanzas de Sócrates, plasmó sus propias ideas filosóficas en los *Diálogos* y *La República*.

Pluto: es el dios de la riqueza, al cual caricaturizó Aristófanes en una comedia de este nombre donde, presentándolo como un ciego alelado, censura la injusticia con que aquél reparte los bienes.

Polícrates: tirano de Samos (h. 535-522 a. C.), usurpó el poder en su isla y creó una flota pirática con la que se adueñó del Egeo. Se alió con el faraón Amasis II y luego lo traicionó, uniéndose al monarca persa Cambises, invasor de Egipto. Murió crucificado por los persas. Fue un mecenas de la cultura y el poeta Anacreonte vivió en su Corte.

Príapo: divinidad originaria de Oriente, dedicada a la fertilidad animal y vegetal, que solía ser representado de modo caricaturesco y con un falo desproporcionado. Se le adoraba especialmente en Lámpsaco.

Prometeo: titán que, en su rebelión contra los dioses, robó el fuego del Olimpo para proporcionárselo a los hombres y fue castigado

por Júpiter, quien lo encadenó en el Cáucaso a merced de un águila que le devoraba sin cesar el hígado.

Quididad: término escolástico que designa «lo que es» un ser, y se suele emplear como sinónimo de «esencia». Los tomistas la consideran como objeto formal del conocimiento.

Quintiliano: nacido en Calahorra, Marco Fabio Quintiliano (h. 35-100 d. C.) fue jurista y el principal retórico latino y tuvo a Plinio entre sus discípulos. Hacia el año 95 dio a conocer su *Institutio oratoria*.

Quirón: el sabio centauro Quirón, maestro de Aquiles e inmortal, prefirió morir al ser herido por Hércules.

Rea: conocida también por Cibeles, es una divinidad conectada con la idea oriental de la Gran Madre. Fue la esposa de Saturno o Cronos y madre de Júpiter y de los demás grandes dioses.

Safo: (n. h. 650 a. C.) en la isla de Lesbos, fue la poeta más célebre de la Antigüedad y dirigió una escuela de letras dedicada a las mujeres.

Sertorio: Quinto Sertorio (123-72 a. C.), fue pretor de Hispania en el año 83 y capitaneó una rebelión de los iberos contra el régimen de Sila, que dominaba en Roma. Según Plutarco, Sertorio tenía maravillados a sus auxiliares iberos porque les hacía creer que recibía inspiraciones de los dioses por medio de una cierva blanca.

«Speculum historiale»: recopilación compuesta por el dominico Vicente de Beauvais († 1264).

Tales: Tales de Mileto (h. 624-h. 545 a. C.) es considerado como el fundador de la filosofía griega, que cultivó en la costa occidental del Asia Menor. Se supone que visitó Egipto, donde aprendió astronomía, matemáticas y topografía. Estimaba que el agua era la sustancia originaria del universo. Se le consideró uno de los siete sabios de Grecia.

Tántalo: hijo de Zeus, fue rey del monte Sípilo en el Asia Menor. Para probar la sagacidad de los dioses que le distinguían con su

predilección, les sirvió guisado a su propio hijo Pélope. Fue castigado por ellos a padecer hambre y sed, a pesar de hallarse rodeado de comida y bebida, puestas fuera de su alcance.

Temístocles: caudillo y estadista ateniense (h. 523-458 a. C.), dirigió a las fuerzas de su ciudad en la segunda guerra médica y obtuvo la victoria de Salamina sobre las naves del rey persa Jerjes, en 480. Más tarde, fue víctima del ostracismo y se refugió en la corte persa, que lo colmó de honores. La leyenda refiere que en un debate en que se enfrentaban los motivos para la defensiva y la ofensiva, usó la metáfora de las actitudes que adoptan el erizo y la zorra, según refiere Plutarco en la biografía del mismo.

Ténedos: en las culturas de la antigua Hélade abunda el hacha de dos hojas. En la isla de Ténedos un guardia alzaba una de ellas sobre la cabeza de quienes hacían una acusación en los tribunales, como símbolo de que serían castigados si cometían falsedad.

Teofrasto: filósofo y literato ateniense (h. 372-287 a. C.), fue discípulo de Aristóteles y le sucedió en la dirección del Liceo. Se han perdido sus trabajos científicos, pero sus *Caracteres*, colección de treinta perfiles psicológicos, han sido repetidamente imitados.

Timón: personaje ateniense descrito por Luciano, ejemplo de misantropía. Fue inmortalizado por Molière, en *Le misanthrope*, y por Shakespeare en la comedia de su nombre.

Timoteo: general y estadista ateniense, de proverbial buena suerte, hijo de Conon y discípulo de Isócrates. Tras haber dirigido las guerras de 378-356 entre Atenas y Esparta, fue uno de los dirigentes de las campañas de 356-355 sostenidas por Atenas contra sus aliados, que se habían sublevado contra ella. Fue procesado por una acción naval desgraciada en el Helesponto y murió en el exilio, en Calcis, en 354 a. C.

Titón: fue metamorfoseado en cigarra, según Ovidio (III, 98).

Tomás Moro: canonizado en 1935, nació en Londres en 1478. Era hijo de un juez y se educó en Oxford. Siguió estudios de derecho y más tarde impartió enseñanzas jurídicas y ejerció la profesión. En los últimos años del reinado de Enrique VII empezó a desempeñar cargos públicos e ingresó en el Parlamento. El cardenal Wolsey lo presentó a Enrique VIII, el cual le confió funciones oficiales cada vez más elevadas, como la de tesorero del Exchequer, en 1521, y canciller del ducado de Lancaster, en 1525, así como misiones ante el rey de Francia y el emperador Carlos V. Al caer Wolsey en 1529, fue nombrado lord canciller y empezó a distanciarse del rey a medida que Enrique VIII acentuaba su rebelión ante el Papa. En 1532 dimitió de su cargo. En 1534, cuando el rey se declaró cabeza de la Iglesia inglesa, Tomás Moro se enfrentó con él y al año siguiente fue ejecutado por orden suya. En 1516 había escrito la *Utopía*.

Toth: el sabio dios egipcio Toth era tenido por inventor de los números y las letras dentro de la veneración global de los griegos por la sabiduría egipcia.

Trofonio: en el oráculo de Trofonio en Lebadea, el devoto recibía los mensajes del más allá durante su inmersión en una corriente que recorría rápidamente un antro subterráneo. Dice Pausanias que de allí se salía «helado de miedo, sin conciencia de lo que os pasa ni de quienes os rodean» (IX, 39). Bouché-Leclerq (*Histoire de la divination*, t. III, págs. 323-327) afirma que, como vemos en Erasmo, eran proverbiales la melancolía y la conmoción nerviosa de quienes habían visitado al oráculo mencionado.

Ulises: héroe griego en la guerra de Troya, de proverbial astucia, protegido por Palas Atenea. Era rey de Ítaca, estaba casado con Penélope y padeció numerosas adversidades en el retorno desde Troya, como refiere Homero.

Vejoves: genios infernales etruscos que se integraron en las supersticiones romanas como espíritus maléficos. Los menciona Ovidio (*Fastos*, III, 429).

Venus: Lucrecio da comienzo a su *De rerum natura* con la invocación de Venus, a la que considera origen de todo bien. Diosa del amor y de la belleza, fue esposa de Vulcano y tuvo numerosos amantes e hijos.

Vulcano: hijo de Júpiter y Juno, estaba casado con Venus. Virgilio sitúa sus fraguas en el fondo del Etna, donde trabajaba con los cíclopes. Era el dios del hierro y del fuego y andaba cojo por haber sido lanzado desde lo alto del Olimpo por sus padres. Diversos autores lo describen como una figura risible en el conjunto de los dioses.

Zeus: era hijo de Saturno o Cronos, que había tomado por esposa a su hermana Rea y, avisado de que un hijo suyo lo destronaría, fue devorándolos a medida que nacían, escena representada por Goya. Cuando nació Zeus, o Júpiter, su madre escondió al niño y más tarde éste luchó contra Cronos y lo destronó (véase también Júpiter).

Zeuxis: el pintor Zeuxis vivió en el siglo V a. C. y había nacido en Heraclea, en la península Itálica. Era famoso por lo realista de sus bodegones.



ERASMO DE ROTTERDAM. Rotterdam (Países Bajos), 1466 - Basilea (Suiza), 1536. Humanista neerlandés de expresión latina. Clérigo regular de san Agustín (1488) y sacerdote (1492), pero incómodo en la vida religiosa (que veía llena de barbarie y de ignorancia), se dedicó a las letras clásicas y, por su fama de latinista, consiguió dejar el monasterio como secretario del obispo de Cambrai (1493). Cursó estudios en París (1495) y, tras dos

breves estancias en Países Bajos (1496 y 1498), decidió llevar vida independiente. En tres ocasiones (1499, 1505-1506 y 1509-1514) visitó Inglaterra, donde trabó amistad con J. Colet y con T. Moro, en cuya casa escribió su desenfadado e irónico *Elogio de la locura* (1511), antes de enseñar teología y griego en Cambridge.

Para unos hereje (que preparó el terreno a la Reforma), para otros racionalista solapado u hombre de letras ajeno a la religiosidad (un Voltaire humanista) y para otros gran moralista y lúcido renovador cristiano, Erasmo quiso unir humanismo clásico y dimensión espiritual, equilibrio pacificador y fidelidad a la Iglesia; condenó toda guerra, reclamó el conocimiento directo de la Escritura, exaltó al laicado y rehusó la pretensión del clero y de las órdenes religiosas de ostentar el monopolio de la virtud.

Notas

[1] Conviene repetir las reiteradas salvedades que ha inspirado a los traductores españoles la versión del título original. Bonilla y San Martín indicó a tal respecto: «Debe traducirse *Stultitia* por “Estulticia” y no por “Locura”. Si Erasmo hubiese querido expresar esto último, habría escrito *Insania*, en vez de *Stultitia*». Lebrija había traducido *Stultitia* por «aquella bobería y poco saber». El hecho de que hayamos optado por seguir el parecer de Bonilla no significa que lo hagamos cuestión de gabinete y que repudiemos otras traducciones aceptables. El lector advertirá en el curso de nuestro trabajo que, en cuanto ello ha sido posible, hemos traducido cada vocablo latino por el castellano más próximo y semejante. <<

[2] Expresión homérica. Cfr. *Odisea*, XXI, 1. <<

[3] «Estulticia», en griego. Tomás Moro, canonizado en 1935, nació en Londres en 1478. Era hijo de un juez y se educó en Oxford. Siguió estudios de derecho y más tarde impartió enseñanzas jurídicas y practicó la profesión. En los últimos años del reinado de Enrique VII empezó a ejercer cargos públicos y entró en el Parlamento. El cardenal Wolsey lo presentó a Enrique VIII, el cual le confió funciones oficiales cada vez más elevadas, como la de tesorero del Exchequer, en 1521, y canciller del ducado de Lancaster, en 1525, así como misiones ante el rey de Francia y el emperador Carlos V. Al caer Wolsey en 1529, fue nombrado lord canciller y empezó a distanciarse del rey al poco tiempo, a medida que Enrique VIII acentuó su rebelión ante el Papa. En 1532 dimitió de su cargo. En 1534, cuando el rey se declaró cabeza de la Iglesia inglesa, Tomás Moro se enfrentó con él y al año siguiente fue ejecutado por orden suya. En 1516 había escrito la *Utopía* que fue traducida por nosotros para esta Colección Austral, en 1952. <<

[4] Famoso filósofo griego, nacido en Abdera hacia el año 480 a. C., a quien algunos tienen por precursor del concepto de átomo. De él se dice que el espectáculo de la vida humana le producía constante risa. <<

[5] La crítica moderna duda de la paternidad de estos autores en todas las obras citadas. Es cierta, entre otras mencionadas en este párrafo, la de Séneca sobre la *Apokolokyntosis*, sátira contra el emperador Claudio (10 a. C.-54 d. C.), del cual dice que se transformó en cala baza; Grilo era un compañero de navegación de Ulises, que fue convertido en cerdo por la maga Circe y quería convencer a Ulises de que es preferible la vida de los animales a la de los humanos. <<

[6] Expresión horaciana. Cfr. *Sátiras*, II, 3, 248. <<

[7] Acerca del oráculo de *Trofonio* en Lebadea, en el cual el devoto recibía los mensajes del más allá durante su inmersión en una corriente que recorría rápidamente un antro subterráneo, dice Pausanias que de él se salía «helado de miedo, sin conciencia de lo que os pasa ni de quienes os rodean» (IX, 39). Bouché-Leclerq, *Histoire de la divination*, t. III, págs. 323-327, afirma que, como vemos en Erasmo, eran proverbiales la melancolía y la conmoción nerviosa de quienes habían visitado al oráculo. El *nepente* era una bebida que los dioses usaban para aliviar las heridas o dolores y que producía olvido, como las aguas del río Leteo. Existe una planta de este nombre, la *Nepenthes distillatoria*, que es carnívora y exige un ambiente cálido y húmedo.

<<

[8] Μωροσόφους, en el original, palabra creada por Luciano (*Alex.*, 40), para designar a los sabios que desbarran. La palabra griega ha resucitado curiosamente en el mundo estudiantil norteamericano donde se llama *sophomores* a los estudiantes de segundo curso. *Tales de Mileto* (h. 624-h. 545 a. C.) es considerado como fundador de la filosofía griega que cultivó en la costa occidental del Asia Menor. Se supone que visitó Egipto y aprendió allí astronomía, matemáticas y topografía. Estimaba que el agua era la sustancia originaria del universo. Se le contó entre los siete sabios de Grecia. <<

[9] Según Hesíodo, el *Caos* era hijo de la Oscuridad. Ovidio, recogiendo las tradiciones griegas de su tiempo, presenta al dios supremo que crea el cielo y la tierra rasgando el caos. El *Orco* es concepto similar al de infierno, alusivo a un primitivo cosmos amorfo y desordenado, anterior a la creación divina. Ésta fue practicada, según algunas de las versiones, por Cronos, divinidad primigenia denominada *Saturno* por los latinos, hijo de Urano, el cielo, y Gea, la tierra. Tomó por esposa a su hermana Rea y, avisado de que un hijo suyo lo destronaría, fue devorándolos a medida que nacían, escena representada por Goya. Cuando nació su hijo Zeus, o *Júpiter*, su madre lo escondió y más tarde éste luchó contra Cronos y lo destronó.

Japeto fue un titán, padre de otros con los que se enfrentó Zeus en la lucha de éste por dominar el mundo, de donde expulsó a los titanes. *Pluto* es el dios de la riqueza, al cual caricaturizó Aristófanes en una comedia de este nombre donde, presentándolo como un ciego alelado, censura la injusticia con que aquél reparte los bienes. *Palas Atenea*, o Minerva, era la diosa de la sabiduría, nacida de la cabeza de Zeus. *Neotete* parece un nombre inventado por Erasmo y, con el significado de la instauración de la juventud, lo aplica a una ninfa. *Vulcano* era el dios del hierro y del fuego y andaba cojo por haber sido lanzado desde lo alto del Olimpo por sus padres, Júpiter y Juno. Diversos autores lo describen como una figura risible en el conjunto de los dioses. <<

[10] Ovidio, en *Metamorfosis*, VI, 333-334, habla de la flotante y errabunda isla de Delos, asilo de Latona, amante de Júpiter: *Erratica Delos —orantem accepit tum cum levis insula nabat* («La errática Delos acoge a la suplicante en el tiempo en que esta isla flotaba ligera»). <<

[11] Expresión homérica en la *Odisea*, IX, 109. Las islas Afortunadas son escenario de diversas leyendas paradisíacas de la Antigüedad. Se las situaba más allá del estrecho de Gibraltar o columnas de Hércules, por lo que se las ha identificado a menudo con las Canarias.

La planta llamada *moly* en la actualidad es una especie bulbosa *(Allium moly)*, que no tiene relación con la mencionada en la *Odisea*, X, 302-306. Se describe allí que Hermes la proporciona a Ulises como protección contra la magia de Circe. En la misma época clásica no estaría claro si la planta en cuestión era real o fantasiosa, acaso como vestigio de religiones orientales. <<

[12] Plinio, en *Historia Natural*, II, 5. <<

[13] Locución tomada del *Apocalipsis*, I, 8: *Ego sum Alpha et Omega, principium et finis, etc.* En griego, la letra *alfa* se usa para de signar el número 1. <<

[14] Este poeta latino da comienzo a su *De rerum natura* con la invocación de Venus, a la que considera origen de todo bien. <<

[15] Lo insensato para el mundo es sensato para la Estulticia. <<

[16] En el *Ayax*, v. 554. <<

[17] Expresión virgiliana. Cfr. *Eneida*, VI, 715: *Lethaei ad fluminis undam… securos latices et longa oblivia potant* («En las orillas del río Leteo beben sus aguas tranquilas y unos largos olvidos»). <<

[18] Cfr. *Mercator*, II, 2, 33. Son las letras *a, m, o,* que forman la palabra «amo». <<

[19] Cfr. *Ilíada*, I, 249; III, 152. <<

[20] Expresión homérica. Cfr. *Odisea*, XVII, 218. <<

[21] Dafne fue metamorfoseada en árbol, según refiere Ovidio, en las *Metamorfosis*, I, 452-567; Ceyx, en ave, según XI, 410-742; Titón, en cigarra, en III, 98, y Cadmo, en serpiente, en IV, 571-603. <<

[22] Expresión horaciana. Cfr. *Epístolas*, 1, 4, 15. <<

[23] *Hoe ouder, hoe botter Hollander* («Cuanto más viejo es el holandés, más tonto»). <<

[24] El rey etíope *Memnón* era hijo de Titón y Eo. la Aurora. Sobrino del rey troyano Príamo, combatió contra los griegos hasta perder la vida a manos de Aquiles. Zeus, conmovido por las lágrimas de Eo, se la restituyó y le hizo inmortal. Estas lágrimas fueron tenidas por el origen del rocío matutino. El nombre de Memnón se relacionó en Egipto con las estatuas de Amenhotep III, cerca de Tebas. Una de ellas tenía fama de emitir unos sonidos armoniosos a la salida del Sol, saludando a la aurora, fenómeno causado probablemente por el cambio de temperatura de las piedras. *Faón* fue un viejo barquero de Mitilene que transportó a Venus sin querer cobrarle nada y recibió de ésta el obsequio de ser devuelto a la juventud. <<

[25] Refiere Ovidio (*Metamorfosis*, III, 310; IV, 12) que *Baco* era hijo de Júpiter y de la ninfa Sémele, y que nació prematuramente. El dios lo salvó teniéndolo insertado en su muslo hasta el momento oportuno. El sitio donde lo conservó Júpiter contrasta con que Palas Atenea, o Minerva, naciera directamente de su cabeza. <<

[26] *Diana* era una divinidad itálica que fue luego refundida con la Artemis griega y señoreaba sobre los bosques, los animales y la fertilidad. Frazer, en su *Rama dorada*, analiza los mitos telúricos relaciona dos con su culto. Abundaron las leyendas de favores y también de crueles castigos impuestos por ella. El cazador Endimión fue situado en un eterno sueño por ella para poder seguir amándolo siempre, según Cicerón (*Tusculanas*, I, 38, § 92), Juvenal (*Sátiras*, X) y Propercio (*Elegías*, II, 15). <<

[27] Divinidad menor, hijo de la noche, según Hesíodo (*Teogonía*, 214), que solía criticar satíricamente a los demás dioses, por lo cual más tarde se le ha emparentado con el teatro cómico. <<

[28] *Até* era la diosa del castigo y la venganza fatales. Cfr. *Ilíada*, XIX, 91. <<

[29] El *córdax* era una danza lasciva y descompuesta; la *gymnopaidía* era de origen espartano. Las *atelanas* eran unas farsas groseras que se representaban en los albores del teatro romano. <<

[30] Las imágenes de este dios, vinculado con el Horus egipcio, le representaban frecuentemente con ademán de recomendar silencio. <<

[31] Platón afirma en el libro V de la *República* que son diversas las aptitudes de los sexos y que por lo general se advierte cierta inferioridad de la mujer respecto del hombre. <<

[32] En su traducción de Horacio, Lorenzo Riber anota la oda IV del libro I indicando: «En los banquetes el *simposiarca* o maestro y rey de la mesa era designado por la suerte. Era él quien señalaba el número de copas que cada uno había de beber: designaba a los que habían de cantar y dirigía las conversaciones». <<

[33] Se trata de las famosas serpientes del templo de Esculapio en Epidauro, a las que menciona Aristófanes en el *Pluto*, v. 690 y 733. Todo el espíritu de estos párrafos de Erasmo, la alusión que acabamos de comentar y otras muchas expresiones, proceden de la tercera sátira del libro primero de Horacio. <<

[34] Símbolo por antonomasia de agudeza de visión. En Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 625: *Centum luminibus cinctum caput Argus habebat*, («La cabeza de Argos tenía cien ojos en ruedo»). <<

[35] *Putiditas*, en el original, palabra al parecer inventada por Erasmo, ya que no consta en otra parte. Nuestra versión es, por ende, pura conjetura. <<

[36] Locución proverbial. <<

[37] En Virgilio, *Eneida*, VIII, 2. <<

[38] El famoso orador Demóstenes (384-322 a. C.) nació en Atenas y quedó huérfano a los siete años. Sus tutores malbarataron la herencia de su padre y el joven Demóstenes los llevó a juicio y ganó el pleito. Más tarde profundizó en el estudio de las leyes y su práctica. Hasta alrededor de los treinta años trabajó en preparar estudios y discursos para otros, pero hacia el año 354 empezó a interesarse por la política y se centró en denostar el imperialismo de Filipo II de Macedonia. En la Colección Austral está publicada nuestra *Antología de discursos de Demóstenes*. <<

[39] Cfr. Platón, *Apología, Gorgias* y *Fedón*, y Jenofonte, *Memorias*.
<<

[40] El original dice *miratur*, por lo cual los traductores han solido verter «se asombraba», pero lo que hizo Sócrates, según ridiculiza Aristófanes (*Nubes*, v. 157), fue investigar y estudiar *(rimatur)* este sonido. Se trata, pues, indudablemente de un error perpetuado por la posteridad. <<

[41] No consta este incidente en biografía alguna del célebre orador y sí en diversos lugares su elocuente facilidad a la que alude su nombre, «el que habla divinamente». <<

[42] *República*, V, 473. <<

[43] El emperador Cómodo (180-192), hijo de Marco Aurelio. <<

[44] Personaje de Luciano, ejemplo de misantropía inmortalizado por Molière en *Le Misanthrope* y por Shakespeare en su comedia de este nombre. <<

[45] Estos calificativos inusitados pertenecen a Estado, *Tebaida*, IV, 340. <<

[46] En Horacio, *Epístola a los Pisones*, v. 392 y sigs.: «El sagrado Orfeo, oráculo de los dioses, apartó de la vida y de las costumbres sanguinarias a los hombres salvajes. Así dijeron que amansaba tigres y leones corajudos. Y así se dijo del fundador de la Acrópolis de Tebas, Anfión, que movía las piedras al son de su laúd». (Traducción de Lorenzo Riber). <<

[47] En ocasión de una revuelta del populacho romano contra las clases altas. Menenio Agripa aquietó el tumulto con un discurso en que defendió que todos los sectores de la colectividad eran convenientes, valiéndose del símil de la hermandad entre las distintas partes del cuerpo (Tito Livio. II, 16, 7; 32, 8). Temístocles usó otra metáfora en un debate en que se enfrentaban los impulsos a la defensiva o a la ofensiva, ponderando las ventajas respectivas de las actitudes que adoptan la zorra y el erizo, según refiere Plutarco en la biografía del mismo. Según este mismo historiador, Sertorio tenía maravillados a sus auxiliares iberos porque les hacía creer que recibía inspiraciones de los dioses por medio de una cierva blanca. En otra ocasión Sertorio explicó a los lusitanos que así como una cola de caballo ha de ser aligerada pelo a pelo y no de un solo golpe, convenía debilitar paulatinamente al ejército romano (Valerio Máximo, VII, 3, 6). Licurgo, el legislador espartano, quiso mostrar a su pueblo la importancia de la educación valiéndose de dos perros, uno cazador y otro casero, según recuerda Horacio, *Epístolas*, I, 2, 65. <<

[48] *Minos* hacía creer a los cretenses que recibía instrucciones de Júpiter en una gruta, y el rey *Numa Pompilio* de la primitiva Roma pretendía estar aconsejado por los dioses a través de la ninfa Egeria. <<

[49] Tres individuos de la familia de los Decios se ofrecieron en sacrificio a los dioses por amor a la patria, en los siglos IV y III a. C., según Cicerón (*De finibus*, II, 19, 61). <<

[50] El caballero romano Marco Curcio, también llamado Meto o Metió Curcio, se echó a un abismo que se había abierto en el Foro en el año 362 a. C., y que sólo se cerraría si se lanzaba a él voluntariamente lo más valioso de la ciudad, según había anunciado un oráculo. Erasmo confunde su nombre con el de Quinto Curcio Rufo, el cual escribió hacia los años 41-54 d. C. una historia de Alejandro Magno. <<

[51] Homero, *Ilíada*, XVII, 32. <<

[52] Virgilio, *Eneida*, I, 471. <<

[53] Uno de los argonautas, cuya clara vista se exageró proverbialmente, quizá por haberse emparentado su nombre con el del lince. <<

[54] Aulo Gelio (*Noches áticas*, XV, 10) refiere que las jóvenes de Mileto, enamoradas hasta la locura, quisieron ahorcarse. <<

[55] El sabio centauro *Quirón*, maestro de Aquiles e inmortal, prefirió morir al ser herido por Hércules. <<

[56] La fábula mitológica suponía que había hecho al hombre de barro. <<

[57] *Pluto*, vv. 266-267. <<

[58] Se refiere al sabio dios egipcio Toth, tenido por inventor de los números y las letras dentro de la veneración general de los griegos por la sabiduría egipcia. <<

[59] No es preciso indicar la resonancia de estas ideas en conocidos pasajes de Cervantes. Quevedo y otros autores españoles que florecieron en la mejor época del erasmismo en nuestra Península. <<

[60] *Homero, Ilíada*, XI, 514. <<

[61] La traducción exacta del *scrinium* original sería «escriño» o caja cilíndrica destinada a guardar papeles. En alguna versión española se ha traducido por tintero. <<

[62] Tema desarrollado en un diálogo de Luciano. <<

[63] *Entimema* es una forma clásica de silogismo donde una de las dos premisas está sobreentendida por obvia dentro del razonamiento. <<

[64] En el *Banquete*, 217 e. <<

[65] *Baquis*, v. 369. <<

[66] En el *Reso*, comedia seudoeuripídea, v. 394. <<

[67] Alusión a la fábula de un sátiro, acogido en casa de un labrador, que vio asombrado como éste se soplaba las puntas de los dedos pues hacía frío y luego soplaba la sopa porque estaba caliente. <<

[68] La escuela de los estoicos deriva su nombre de la *Stoá*, o pórtico, donde se reunían los primeros miembros de esta agrupación. Acaso fue Platón de los primeros en llamarlos así, en el *Teeteto*. <<

[69] En el *Banquete*, 180, d. <<

[70] *Odas*, III, 4, 5. <<

[71] En el *Fedro*. <<

[72] Dice la sibila de Cumas a Eneas, en la *Eneida*, VI, 133-135: *Quod si tantus amor menti, si tanta cupido est, bis Stygios innare lacus, bis nigra videre — Tartara et insano juvat indulgere labori* («Si tan gran amor te impulsa, si tanto afán tienes de cruzar dos veces el lago Estigio y de ver dos veces el negro Tártaro y estás decidido a la insensata empresa»). <<

[73] *Epístolas*, II, 13, 2. El mal a que se refiere es la instauración del triunvirato. <<

[74] Horacio, *Epístolas*, II, 2, 133 y 138. <<

[75] El *eléboro* es una planta ranunculácea cuyo rizoma contiene glucósidos venenosos que producen graves alteraciones, a veces mortales. En contra de la opinión clásica que estimó que la planta servía para curar trastornos nerviosos, hoy se la considera peligrosamente perjudicial. <<

[76] El *cinamomo* actual, *Cinnamomum zeylanicum*, es diferente del antiguo, que se supone fue la casia empleada en los embalsamamientos egipcios, en la liturgia hebrea y más tarde como perfume medieval, que constituía una de las especias traídas de Oriente. <<

[77] Propercio, II, 10,6. <<

[78] En la actualidad este cabo es el Matapán, famoso por sus tempestades, escenario de diversos episodios de la historia naval. En 1941 se desarrolló en sus inmediaciones una importante batalla entre la flota británica mandada por lord Cunningham y la italiana del almirante Riccardi. <<

[79] El demonio se jactaba ante san Bernardo de conocer siete versículos de los *Salmos* que tenían la virtud de asegurar la salvación eterna si se recitaban diariamente. Como no quiso indicar al santo cuáles eran, éste le manifestó que a partir de entonces leería a diario todo el salterio. <<

[80] Paráfrasis de Virgilio en *Eneida*, VI, 625-627. <<

[81] Personaje de fealdad proverbial, como la de Picio, mencionado por Juvenal, III, 90-91. <<

[82] Marco Tigelio Hermógenes fue un popular cantante protegido por Augusto, al que menciona Horacio en *Sátiras*, I, 3, 129. <<

[83] *Epístolas*, XVII, 5. <<

[84] *Epístolas*, I, 18, 6. <<

[85] Son los dos pintores más célebres de la antigua Grecia. *Apeles*, del siglo IV a. C., probablemente nacido en Colofón, patria de Jenófanes y una de las cultas ciudades de la costa del Asia Menor, fue un protegido de Alejandro Magno. *Zeuxis* vivió en el siglo V a. C. y había nacido en Heraclea, en la península Itálica. Era famoso por lo realista de sus bodegones. <<

[86] Alusión a Tomás Moro. <<

[87] En la *República*, I, 7, Platón expone su concepto del conocimiento que el hombre tiene de las cosas, presentando la conocida parábola de una caverna donde hubiera diversas personas sentadas de espaldas a la entrada que sólo vieran del exterior las sombras que se proyectaban sobre la pared. <<

[88] Se refiere al trípode colocado sobre una fuente de emanaciones tóxicas, donde se sentaba la pitonisa del oráculo de Delfos. <<

[89] Se trata de unos genios infernales etruscos que se integraron en las supersticiones romanas como espíritus maléficos. Los menciona Ovidio, *Fastos*, III, 429. <<

[90] Expresión proverbial. <<

[91] Es interesante comparar con este testimonio de aversión al mar aquello de nuestra *Epístola moral a Fabio*:

> Piensas acaso tú que fue criado
> el varón para el rayo de la guerra
> para surcar el piélago salado.

Y también con la frase de Gracián, en el *Criticón*: «Una nave no es otro que un ataúd anticipado». La *Vida de Estebanillo González* (Clásicos Castellanos, II, pág. 242) dice a propósito de lo mismo: «Acabé de confirmar por insensatos a los hombres que pueden caminar por tierra… y se ponen a la inclemencia de los vientos, al rigor de las ondas, a la fiereza de los piratas, y finalmente ponen sus vidas en la confianza de una débil tabla». <<

[92] El epigrama de Paladas, que está en su *Antología*, IX, 173, parodia el inicio de la *Ilíada* y declara al comenzar que el principio de la gramática consiste en cinco penas. <<

[93] Erasmo usa la palabra φροντιστήριον, creada humorísticamente por Aristófanes en *Las nubes*, v. 94. para burlarse de la escuela de Sócrates. Orillando las fantasías a que ha dado lugar la versión de esta palabra, optamos por seguir la de Federico Baráibar en su traducción de las obras de aquel autor. <<

[94] Se trata de Aldo Manucio o Manucci (h. 1450-1515), impresor y estudioso veneciano, fundador de la famosa imprenta Aldina, que se distinguió por dispensar las primeras ediciones de diversos autores griegos, romanos e italianos, además del propio Erasmo. Fue el primero en imprimir con caracteres griegos y usó también nuevos tipos que encargó. Imprimió cerca de un millar de libros y su trabajo fue continuado por su hijo y nieto. <<

[95] Alusión a un pasaje del *Orador*, de Cicerón (II, 6, 25). <<

[96] Frase tomada de Homero, *Ilíada*, XI, 654. <<

[97] En el templo de Júpiter, en este lugar del Epiro, había varios cuencos de bronce dispuestos de modo que al golpear uno de ellos sonaban todos sucesivamente. <<

[98] Literalmente, «por el pelo de la cabra», expresión usada antes en la carta introductoria a Tomás Moro. <<

[99] Combatiente griego en la guerra de Troya, donde sirvió como heraldo por su poderosa voz, según la *Ilíada*, v, 785. <<

[100] En las culturas de la antigua Hélade abunda el hacha de dos hojas. En la isla de Ténedos se alzaba una de ellas sobre la cabeza de quienes hacían una acusación en los tribunales como símbolo de que serían castigados si cometían falsedad. <<

[101] En la Edad Media las ideas realistas de origen platónico y aristotélico derivaron hacia unas posturas de reconocimiento de la realidad de las ideas universales, las cuales existían aparte de las cosas concretas que generalizaban, actitud que anduvo paralela a la ortodoxia religiosa. Como reacción contra el realismo, los nominalistas negaron la existencia de los universales, pretendiendo que la existencia de un vocablo generalista no implica la existencia real de una cosa general designada por éste. Guillermo de Ockham (h. 1290-1349) intentó una armonía entre ambas posiciones. Aparte de los seguidores de santo Tomás de Aquino (1225-1274), se hace alusión aquí a los de san Alberto Magno (h. 1200-1280) y de Duns Scoto (h. 1265-1308), dominicos los dos primeros y franciscano el último. Estas órdenes hicieron causa común con los autores respectivos. <<

[102] *Epístola a los hebreos*, XI, 1. <<

[103] Los escotistas lo explicaban diciendo que basta con la autoridad y la facultad de discernir, que son compatibles con la ignorancia. <<

[104] *Evangelio de Juan*, IV, 24. *Epístola a Timoteo*, II, 2, 23; I, 6, 20; II, 2, 16; I, 1, 4; I, 6, 4. *Epístola a Tito*, III, 9. <<

[105] De Crisipo de Cilicia, el más sutil e ingenioso de los estoicos. <<

[106] Cuestiones debatidas antaño en Oxford, cuya sustancia no se acaba de ver clara hoy. La primera frase es, sin duda, una parodia de la trascendencia que se daba al orden de las palabras en determinadas frases. La segunda ha sido diversamente interpretada y traducida y nuestra versión, muy meditada, no es sino otra hipótesis. Rodríguez Bachiller traduce el original *Ollae fervere et ollam fervere* por «La marmita hierve» y «hierve la marmita». <<

[107] A los siete cielos tradicionales añadieron otros tres, de los cuales el décimo, o Empíreo, se destinaba a los bienaventurados. <<

[108] La palabra «monje» deriva de μοναχὀς, que significa «solitario». Al analizar la actitud de Erasmo ame las órdenes religiosas, tema de este larguísimo capítulo del *Elogio*, conviene reparar en que muchas de las órdenes que veremos enseguida caricaturizar, habían sido fundadas en tiempo de Erasmo, o poco antes, por lo cual se hallaban todavía en plena discusión, como ha solido ocurrir con las congregaciones nuevas: así santa Coleta había fundado la orden de Santa Clara en 1425; san Francisco de Paula, los mínimos, en 1436; los observantes habían sido aprobados en 1446 y los agustinos recoletos, en 1526. Conservamos el nombre originario de jacobinos —aunque se ha impuesto la significación política más moderna del mismo—, porque designaba originariamente el convento dominico de París, en la calle Saint-Jacques, donde se instaló un grupo extremista en la Revolución Francesa. <<

[109] Basílides, contemporáneo del emperador Adriano, enseñaba que existían 365 cielos, figurados por la palabra mágica *Abraxas*, el valor de cada una de cuyas letras, al sumarse según la numeración griega, daba aquella cantidad. Así: A´, 1; B´, 2; P´, 100; A´, 1; Ξ', 60; A´, 1; Σ´, 200. <<

[110] Horacio, *Sátiras*, II, 7, 21. <<

[111] Horacio, *Sátiras*, I, 8. <<

[112] Virgilio, *Bucólicas*, III, 19. <<

[113] El *Speculum historiale* es una recopilación compuesta por el dominico Vicente de Beauvais († 1264). Las *Gesta romanorum* parecen haberse escrito en Inglaterra a finales del siglo XIII y principios del siglo siguiente. <<

[114] Conocido verso inicial de la *Epístola a los Pisones*, donde se reprende, entre otros defectos, que sean incongruentes los elementos que pueden entrar en una obra literaria. <<

[115] Dice Horacio, *Epístolas*, I, 2: «Holgazanes como los pretendientes de Penélope o la corte juvenil de Alcinoo, cuidadosa de pulirse el cutis más de lo que sería de razón». <<

[116] Juego de palabras entre επισκοπος y αλαυσκοπιη, vocablo homérico (*Ilìada*, X, 515; XIII, 10, pass.). que significa «vigilancia vana». <<

[117] *Epístola a los romanos*, XVI, 18. <<

[118] Alusión a las figuras y símbolos infernales que se pintaban en las hopas y corozas de los condenados por herejes. <<

[119] *Evangelio de Mateo*, XIX, 27. <<

[120] Posible alusión a la guerra en la que participó el papa Julio II (1503-1510) para defenderse de los franceses, con la ayuda de las armas españolas del Gran Capitán. <<

[121] Fue proverbial la buena suerte de Timoteo, militar y político ateniense, hijo de Conon y discípulo de Isócrates. Entre 379 y 356 a. C. ejerció diversas funciones de mando en la guerra entre Atenas y Esparta, entre las cuales se contó una demostración naval en la costa del Peloponeso y la victoria de Alyzia. Fue procesado en 373 por el mal éxito de una flota que dirigió para socorrer a Córcira. Pasó unos años al servicio del rey de Persia y, de vuelta a Atenas, ejerció otros cometidos militares desde 366, y en 356 dirigió la guerra de Atenas contra sus antiguos aliados. Responsabilizado de una acción naval desgraciada, fue procesado de nuevo y murió en el exilio, en Calcis, en 354. Su nombre significa «devoto, o temeroso, de los dioses».

La lechuza era símbolo de sabiduría. <<

[122] En el original, «Equum habet Sejanum», frase alusiva al caballo de Seno, del que se decía que no traía suerte a sus sucesivos propietarios, que iban muriendo de mala muerte, y «Aurum tolosanum», que parece designar unos bienes efímeros y vanos. <<

[123] Tal es la frase que pronunció en realidad Julio César al franquear el Rubicón, según Suetonio y Plutarco, y, aun más literalmente: «Que sea echado el dado». Obsérvese que con ello se indica que sea tentada la fortuna, no que esté ya decidido lo que viene. <<

[124] Literalmente dice: «Cuando falta una cosa, lo mejor es fingirla».
<<

[125] De esta forma se califica a sí mismo Horacio en *Epístolas*, I, 4, 16. <<

[126] *Odas*, IV, 12, 27-28. <<

[127] Horacio, *Epístolas*, II, 2, 126. <<

[128] *Epistolae familiares*, IX, 22, 4. <<

[129] *Evangelio de Mateo*, XIX, 17. <<

[130] *Retórica*, I, 6. <<

[131] Esta sentencia está en el *Eclesiastés*, XX, 33, y no en el XLIV como dice Erasmo. <<

[132] Se refiere a Nicolás de Lira († 1340), anotador de las Sagradas Escrituras. <<

[133] *Evangelio de Lucas*, XXII, 35 y 36. <<

[134] Parece que se trata del agustino Jordanes de Sajonia († 1380). La confusión padecida en la frase viene de que la palabra *pellis* equivale a tienda de campaña de cierto tipo y a la piel. <<

[135] Erasmo alude a los pies de los votantes porque en el Senado romano éstos se dirigían a diferentes puntos de la sala agrupándose según sus pareceres. En la actual Cámara de los Comunes británica los diputados expresan un voto afirmativo o negativo saliendo por una puerta de la sala o por otra para ser contados. <<

[136] Crisipo llamado de Cilicia (h. 281-208 a. C.) dirigió la escuela estoica, sucediendo a su maestro Cleantes. Autor prolífico, redactó centenares de tratados. Dídimo nació en Alejandría en 63 a. C. y fue gramático y retórico. <<

[137] *Corintios*, I, 4, 10; II, 11, 19 y 16, 17. <<

[138] *Ibíd.*, III, 18. <<

[139] *Evangelio de Lucas*, XXIV, 26. <<

[140] *Corintios*, I, 1, 25. <<

[141] Orígenes de Alejandría (h. 185-254) fue uno de los autores más sobresalientes de la Iglesia primitiva y dirigió en su ciudad natal una escuela neoplatónica y estoica aplicada al análisis de las Sagradas Escrituras. Tras un viaje a Palestina en 216, en que fue ordenado presbítero, el obispo de Alejandría le reprochó su indisciplina y lo secularizó. Orígenes se estableció en Cesárea, donde fundó una escuela de literatura y teología que defendía que todos los textos admiten tres interpretaciones: la literal, la psicoética y la alegórica. Murió en el transcurso de la persecución de Decio contra los cristianos, en Tiro. <<

[142] San Pablo, *Corintios*, I, 1, 18. <<

[143] LXVIII, 6. En el texto bíblico es el pueblo el que habla a Dios en esta forma. <<

[144] *Corintios*, I, 21-27. <<

[145] *Ibíd.*, I, 1, 19, citando a Isaías. <<

[146] *Historia animalium*, IX, 4. <<

[147] *Reyes*, I, 26, 21 <<

[148] *Ibíd.*, II, 24, 10. <<

[149] *Ibíd.*, XXIV, 7. <<

[150] Se atribuye esta equivocación a san Bernardo. <<

[151] En el *Fedro*, 245, b. <<

[152] *Corintios*, I, 2, 9. <<